

UNA JUVENTUD EN ALEMANIA

Ernst Toller

© Ernst Toller
Junio 2019

Descarga gratis éste y otros libros en formato digital en:
www.brigadaparaleerenlibertad.com

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez.
Diseño de interiores y portada: Daniela Campero.

@BRIGADACULTURAL

A la memoria de mi sobrino Harry, quien en 1928, a los 18 años de edad, se suicidó disparándose un tiro de revólver en la sien derecha.

INFANCIA

Federico el Grande autorizó a mi bisabuelo materno a residir, como único judío, en Samotschin, un pequeño pueblo de Netzbruch. Mi bisabuelo pagó una suma de dinero a cambio de la cual le fue entregado el salvoconducto. El bisnieto veía en esto una concesión especial, casi como elevación a la nobleza, se sentía orgulloso de poder vanagloriarse entre los compañeros de escuela.

Mi bisabuelo por parte de padre, de quien se decía que había venido de España, poseía una finca en Prusia occidental. De este bisabuelo contaban las tías, que le servían la comida en vajilla de oro y sus caballos comían en pesebres de plata. Los hijos comenzaron por sustituir la plata de los pesebres por oro y el oro de la vajilla por plata. El nieto soñaba con la riqueza legendaria del bisabuelo. Los caballos comieron al viejo y él lo observaba sin asco y sin compasión, más bien con un inexplicable sentimiento de satisfacción.

En la buhardilla de la casa amarilleaban entre el polvo, enormes pergaminos. El abuelo los estudiaba de día y a menudo también de noche, mientras la abuela, en el negocio, atendía a los clientes, las tareas del hogar y la cocina. De este negocio se hizo cargo mi padre después de haber fracasado en sus estudios de farmacéutico.

Samotschin era una ciudad alemana. De ello sentían el mismo orgullo protestantes y judíos. Hablaban con manifiesto desprecio de aquellas ciudades de la provincia de Posen en las cuales los polacos y los católicos, que eran medidos con la misma vara, predominaban. Recién en la segunda desmembración de Polonia correspondió Ostmark a Prusia. Pero los alemanes se consideraban como los primitivos habitantes y los verdaderos dueños del país y a los polacos los toleraban. Colonizadores alemanes se asentaban en las aldeas que como fuertes de avanzada se introducían al igual que cuñas entre las granjas y propiedades de los polacos. Alemanes y polacos luchaban encarnizadamente por cada metro de terreno. El alemán que vendía terreno a un polaco era considerado traidor a la Patria.

Nosotros los muchachos hablábamos despectivamente de los polacos y los considerábamos descendientes de Caín, el que mató a Abel, y por esa causa fue señalado por Dios.

En todas las luchas contra los polacos, los alemanes y los judíos formaban un frente único. Los judíos se consideraban los pioneros de la cultura alemana. En todas las pequeñas ciudades, fundaban centros intelectuales. La literatura alemana, la filosofía y las artes eran conservadas

y cultivadas con un orgullo que rayaba en lo ridículo. A los polacos, cuyos hijos no podían hablar el idioma paterno en las escuelas, a los que el gobierno les expropiaba sus tierras, se les reprochaba no ser patriotas. Los judíos festejaban en las sociedades militares y de tiro el cumpleaños del Kaiser con los oficiales de reserva, bebían cerveza y licores y vito-reaban al emperador Guillermo.

Nací el primero de diciembre de 1893. Una mira retrospectiva hacia mi infancia, me hace ver los siguientes cuadros:

Visto un faldón. Estoy parado en el patio de nuestra casa, apoyado en un carro. Un carro grande, más grande que María, grande como una casa. María es la niñera. Usa corales rojos alrededor del cuello, corales rojos y redondos. María está sentada sobre la lanza del carro, hamacándose. Por el portón de entrada llega Ilse con su niñera. Ilse se acerca y me da la mano. Permanecemos un momento parados, mirándonos con curiosidad. La niñera de Ilse se entretiene con María. Ahora llama a la niña y le dice:

— No te quedes ahí, es un judío.

Ilse me suelta la mano y se va corriendo. No comprendo el sentido de las palabras, pero empiezo a llorar en forma incontenible.

Hace ya rato que Ilse y su niñera se han ido. María me levanta en sus brazos, me habla dulcemente, me muestra los corales. No los quiero, rompo el collar.

El hijo del sereno es mi amigo. Cuando los otros chicos le gritan “polaco”, yo también le grito “polaco”. A pesar de eso es mi amigo.

Los polacos odian a los alemanes. Lo sé por Estanislao. En la plaza del mercado han abierto el pavimento, cavan zanjas. Es el atardecer, los obreros guardaron picos y palas en un pequeño cobertizo hecho de madera rústica, fueron a la taberna a tomar un trago. Estanislao y yo estamos sentados al borde de la zanja.

Estanislao toma puntería y escupe.

—Esta noche —dice— va a morir un obrero, como castigo. Aquí no deben remover ni cavar, es tierra polaca, los alemanes la han robado. Pero déjalos. Aquí mismo, donde cavan, a 100 metros de profundidad, espera el rey de Polonia. En el corral está su caballo blanco. A lado de este caballo, el del capitán no es más que un macho cabrío. Cuando llegue el momento el rey montará a caballo, y los echará a todos ustedes. A ti también.

Quisiera preguntarle a Estanislao cuándo será “el momento”. Estanislao sabe muchas cosas, sabe más que yo. Su padre es velador, pero los labios de Estanislao se cierran, su boca se pone tiesa y altiva:

—Escupe ahora. ¡Una canica, si pierdes!

Escupo. Pierdo, y pago la canica. Por la noche sueño, Estanislao está en el mercado. Hace sonar el cuerno de su padre, de la zanja sale al galope un caballo blanco, sobre la montura marrón, a la derecha, a la izquierda, arriba, abajo, en todos lados hay figuras del Kaiser. Ahora es “el momento” pienso. Junto figuritas del Kaiser. En el comercio de mis padres hay muchas cosas tentadoras, cuerdas y chocolates, limonadas y pasas, clavos chicos y grandes, pero lo más bonito son las figuritas del Kaiser, es también

lo más difícil para robar. En cada tableta de chocolate hay una. El armario de los chocolates está cerrado con llave, la llave, juntamente con otras, la lleva mi madre en un llavero. Trabaja en el negocio, trabaja en el depósito de cereales, trabaja en la casa, manda comida a los pobres, invita a los pordioseros para el mediodía y cuando el peón va al campo para arar el acre y sembrar el grano, ella es la que se lo pesa. De noche lee hasta altas horas, a menudo se duerme sobre el libro y cuando la despierto me dice:

– Déjame leer, criatura, es mi única alegría.

– ¿Por qué trabajas tanto, madre?

– Porque quieres comer, hijo.

Cuando mi madre está distraída, le quito las llaves y saco las figuritas de las tabletas de chocolate. Sólo de vez en cuando tomo tabletas de chocolate. ¡Qué lindas son las figuritas de los viejos germanos! Usan pieles y grandes mazas. Sus mujeres acurrucadas en tierra friegan los escudos. Estanislao opina que para ello utilizan sus rubias trenzas que semejan cortinas de paja alrededor de sus cabezas. En la mayoría de las tabletas de chocolate hay figuras de nuestro Kaiser, con un manto de terciopelo rojo sobre sus hombros. En una mano tiene una bola y en la otra un gancho de oro.

De mañana, acostado en mi cama, cuando miro las figuritas del Kaiser me pregunto: ¿También el Kaiser irá al baño? La pregunta me preocupa y corro a consultar a mi madre.

– Tú irás a parar a la cárcel – me contesta.

Por lo tanto no va al baño.

La calle que va de la plaza del mercado al cementerio, se llama Calle de los muertos. La gente que vive en ella no se preocupa que se llame Calle de los muertos. Están parados frente a las puertas de sus casas y charlan. Protestan porque el pavimento, del que toda la ciudad está orgullosa, termina en mitad de la calle.

– Como afeitado – dice el comerciante Fischer.

Yo no quisiera vivir en la Calle de los muertos. No he visto todavía un muerto. Solamente calaveras y huesos. Los encontraron los obreros cuando cavaron un pozo a lado del molino. Estanislao y yo jugamos con las calaveras y los huesos. Estanislao pega con el pie a las calaveras.

– ¿Por qué haces eso?

– Abuelita dice que no ha sido gente buena, los buenos no quedan en la tumba; los ángeles los buscan y los llevan volando junto a Dios.

– ¿Qué hacen allí?

– Seguro que no comen patatas con cáscara.

Yo como con mucho gusto patatas con cáscara, pero no en casa. Las prefiero en la de Estanislao. Su abuela, su madre, su padre, tres hermanas y cuatro hermanos viven en la Calle del pueblo, en una pequeña casa de barro con techo de paja. Duermen todos en una habitación en la que también cocinan. La Calle del pueblo no tiene pavimento, pero no por eso insultan al burgomaestre. Siempre que visito a Estanislao al mediodía, están comiendo patatas con cáscara y sopa de sémola o patatas con cáscara y arenques. Me quedo parado en un rincón y se me hace agua la boca.

—Sírrete — me dice al fin la madre de Estanislao — si once quedan satisfechos, alcanzará también para doce.

Estanislao me da un golpe en el costado y me dice:

— La carne y los pasteles tienes que imaginártelos.

— Tampoco nosotros comemos todos los días carne y pasteles.

— Podrían hacerlo, si quisieran.

Tomo mi gorra y corro a casa.

— ¿Por qué te quedas siempre allá al medio día? — me dice mi madre—. Le comes a esa pobre gente el poco pan que tiene.

— ¿Por qué tienen tan poco?

— Porque Dios así lo quiere.

La Calle de los muertos es muy larga. Creo que ello se debe a que los muertos quieren pasear mucho antes de ser enterrados, esperando que se decida su suerte, es decir si deben quedar allí o ir al cielo.

Hace poco murió mi tío M. ¿Habría sido un hombre bueno? Estoy parado contra el muro que rodea el cementerio. De un sauce corto una rama y le saco punta. Escalo el muro, me dirijo a la tumba y hundo la varita en la tierra. El guardián del cementerio me sorprende y escapo corriendo.

En el camino a casa me pregunto: ¿qué es una buena persona?

Golpean las puertas. La habitación está a oscuras. Allí duerme mi padre, allá mi madre. Ya no es tan oscuro. Las camas de mis padres están vacías. ¿Fueron asaltados por bandidos? De afuera penetra un resplandor rojizo. Un cuerno suena,

siempre el mismo tono quejumbroso. Salto de la cama, abro la puerta y corro a la calle. Enfrente, del otro lado del mercado, arde una casa. Rojo, verde, negro; bomberos con cascos relucientes corren precipitadamente; la gente se empuja sobre la punta de los pies. Julia, nuestra cocinera, me ve y me regresa a la cama.

— ¿Por qué arde la casa, Julia?

— Porque Dios castiga.

— ¿Por qué castiga Dios?

— Porque los chicos preguntan demasiado.

Estoy atemorizado; ya no puedo dormir. Huele a humo, huele a destrucción, huele a Dios.

A la mañana siguiente contemplo los hierros retorcidos. Los ladrillos todavía están calientes.

— Ni un hueso se encontró, la pobre mujer se quemó en su cama.

Me doy vuelta. El hombre que pronunció esas palabras ya se aleja.

Corro a casa, me siento en un rincón. Tengo la impresión de que el palo con que removía las cenizas se adhiere a mis manos.

Llega el señor Levy. Ríe.

— Lindas cosas haces.

No me muevo ni contesto.

— Todos en la ciudad lo saben, has incendiado la casa de los Eichstaedt.

El señor Levy enciende un cigarro y se va.

Primero fue Julia la que opinó que yo era el culpable, ahora también lo dice el señor Levy.

Me escondo en la buhardilla y me quedo allí hasta la noche. ¿Fue distinto ayer? Me había desnudado, lavado, acostado y dormido. En realidad no me había lavado; le menté a mi madre. ¿Por eso el incendio? ¿Es tan severo Dios? Pienso en las patatas con cáscara, en la señora de Eichstaedt carbonizada.

La habitación está a oscuras. Estoy acostado y escucho. A la derecha de la puerta pende un tubo alargado, de vidrio, se me ha prohibido tocarlo.

Ana, la mucama, se santigua antes de quitarle el polvo.

— Ahí dentro vive el dios de los judíos — murmura.

Mi corazón late. Todavía no me animo. Si “Él” saltara repentinamente del tubo y gritara: “Yo soy Dios, en castigo de que has mentido...” No permito que me asuste por más tiempo, tampoco me asustan las patatas con cáscara. De un salto llego a la puerta, trepo sobre la cómoda y arranco a Dios. Destrozo el tubito de vidrio: “Él” no se mueve; arrojo el tubo al suelo: “Él” no se mueve; lo escupo, tomo mis zapatos y lo golpeo: “Él” no se mueve. Tal vez “Él” ya está muerto. Siento mi ánimo aliviado. Recojo del suelo los restos de vidrio y papel, los escondo en un pliegue del sofá. Mañana enterraré a Dios. Satisfecho, me acuesto. Ya pueden todos saber que he matado a Dios.

Creía que todos los niños y niñas iban a una misma escuela. Ilse y Pablo van a la evangelista, Estanislao a la católica y yo a la judía. Y sin embargo, ellos aprenden a leer y escribir como yo, y los edificios escolares son idénticos.

El maestro se llama señor Senger. Cuando de mañana abre las puertas de la clase, todos gritamos: “Buenos días, señor Senger”. Se sienta al escritorio y coloca a su lado el puntero. El que no ha aprendido la lección tiene que extender sus manos y el señor Senger le pega sobre ellas con el puntero. “Como castigo”, dice. Al que ha aprendido la lección lo sienta el señor Senger sobre sus rodillas y tiene que apoyar sus mejillas contra las de él, las que a causa de la barba pinchan como espinas. “Como premio”, dice.

En los recreos nos mostramos nuestro pan con mantequilla.

– Yo tengo carne.

– Yo tengo queso.

– ¿Qué tienes tú?

– Él no tiene nada.

Kurt quiere esconder su pan, no lo dejamos, nos bur-lamos de él. Kurt dice:

– Se lo contaré a mi madre.

Le gritamos “pobre”, Kurt tira su pan al suelo y rompe a llorar.

Cuando de regreso de la escuela vamos a casa me dice Max:

– Mis padres no me permiten jugar con Kurt, su madre viene cada semana a casa a lavar, todos los pobres son sucios y tienen pulgas.

Me han regalado un ferrocarril. Juego con Estanislao. Yo soy el maquinista. Estanislao es el guarda-agujas. En medio de la marcha freno.

– Continúa – grita Estanislao y luego mete los dedos en la boca y silba fuerte.

– ¿Tienes pulgas? – le pregunto.

– Continúa la marcha.

– ¿Eres sucio?

Estanislao aplasta con su pie el ferrocarril y convierte el lindo juguete en un montón de lata.

– Max dice que todos los pobres son sucios y tienen pulgas. Ahora me has roto el ferrocarril ¿y dices que eres mi amigo?

– No soy tu amigo, te odio.

En la calle todos los chicos gritan: “judío jo-jo-jo”.

Nunca lo había oído antes. Únicamente Estanislao no grita, le pregunto:

– ¿Por qué gritan así?

– Los judíos mataron a un niño cristiano en Konitz y con la sangre hicieron salchichas.

– Eso no es cierto.

– Pero que nosotros somos sucios y tenemos pulgas ¿es cierto?

El señor Senger, el maestro, cruza la plaza del mercado, un muchacho lo sigue y le grita: “judío jo-jo-jo, Konitz jo-jo-jo”.

El maestro continúa su camino sin volverse.

– ¿Crees realmente que los judíos mataron un niño cristiano en Konitz? No comeré nunca más salchichas.

– Cuentos, dámelas a mí.

– Entonces ¿por qué los chicos gritan “judío jo-jo-jo”.

– ¿No gritas tú también “polaco”?

– Eso es otra cosa.

– Tonterías. Para que lo sepas, abuelita dice que los judíos crucificaron a nuestro redentor.

Corro al granero, me escondo entre la paja y sufro amargamente.

Conozco al redentor, está colgado en la habitación de la casa de Estanislao, de los ojos le caen lágrimas rojas, el corazón se le ve por el pecho abierto y sangra. “Dejad que los niños vengan a mí” dice debajo. Cuando estoy en la casa de Estanislao y nadie me ve, me acerco al redentor y rezo: “Por favor, querido redentor, perdóname que los judíos te hayan matado”.

Por la noche en mi casa pregunto a mi madre:

– ¿Por qué somos judíos?

– Duerme criatura y no preguntes tales desatinos.

No duermo. No quisiera ser judío. No quisiera que los chicos me sigan por las calles gritando “judío”.

En casa del carpintero Schmidt hay un cobertizo.

En él se reúnen los “verdaderos cristianos”. Hacen sonar trompetas, cantan “aleluyas”, se arrodillan y rezan. Se abrazan, se besan y vuelven a hacer sonar las trompetas. Yo también quiero ser un “verdadero cristiano” por eso voy al cobertizo. El preceptor me acaricia, me da azúcar, me dice que voy por “buen camino”.

– Festejaremos todos juntos con amor y armonía la fiesta de navidad – dice.

– Sí – le contesto.

– Y tú, niño, recitarás esta poesía alusiva.

Soy feliz, ya no soy judío, recitaré una poesía de navidad, nadie podrá gritarme ya “judío jo-jo-jo”. Tomo una trompeta y la hago sonar, enfáticamente. En voz alta ensayo la recitación. Al día siguiente me dice el preceptor que lo siente mucho, pero que al señor redentor le agradaría más que sea Franz quien recite la poesía.

Todas las personas mayores son malas; todas son más fuertes que nosotros pero se las puede engañar siendo listo. Nuestra cuadrilla de bandidos es lista. Yo soy su capitán. Cada bandido usa una pequeña espada de madera; solamente yo uso una larga que me hizo el viejo Hordig.

—Pareces un oficial — me dijo mientras escondía los cigarros que yo había robado para él.

Forzamos el armario en el que mi madre guarda la fruta en conserva; probamos de cada tarro y cuando la fruta es muy agria le echamos vinagre. De noche nos deslizamos hasta las puertas de los negocios, las abrimos y suenan las campanillas de alarma, escapamos divirtiéndonos al ver protestar a los comerciantes. Tendemos cordeles cruzando la calle y gritamos de alegría cuando alguien tropieza y cae. Robamos monedas en nuestras casas para comprar cigarrillos, los fumamos y ninguno de la banda va a reconocer que le hace daño fumar. Hemos declarado la guerra a toda persona mayor. Las peleas entre nosotros han sido olvidadas, hemos hecho el gran juramento de los pieles rojas: “esta guerra no tendrá fin”.

Mi padre me regaló un perrito que no tiene aún dos meses de edad; tiene pelo blanco con manchas marrones; un

moritoncito de piel y carne que puedo tomar en mi regazo, hacerlo rodar sobre el piso o arrojarlo al aire. Yo soy el maestro Senger y al perro lo llamo Puck. Le ordeno que se siente, me dé la patita y obedezca. No me obedece y lo meto en agua fría. “Como castigo” le digo. A la mañana siguiente el perro muere. Invito a los amigos, cavo una fosa y con gran solemnidad enterramos al perro. Yo soy el pastor, hablo como el maestro Senger y digo:

–El perro no necesitaba morir, no ha obedecido; ahora tiene su castigo.

Mi padre me llama a su cuarto.

–Ha llegado una carta de la policía. Has maltratado hasta dar muerte a un animal, te llevarán al calabozo.

El calabozo es una choza en los fondos de la casa del burgomaestre.

No tiene ventanas. Solamente una puerta con dos cerrojos y dos pasadores. En él encierran a los vagos que merodean por la ciudad.

No sé qué contestar. Veo detrás mío al gendarme que me toma del brazo, me lleva por las calles delante de todos los conocidos, delante del maestro Senger, delante de Dios que ya vive otra vez, me mete en el calabozo, cierra la puerta y se va.

Estoy solo, la oscuridad me rodea. Tengo mucho miedo, me escondo y grito.

–Me escaparé al bosque y no volveré nunca más.

–¿Por qué no juegas más con nosotros? –me pregunta Frieda.

— Porque no quiero.

— Ven, juega conmigo.

Frieda me toma de la mano. Estamos en verano. Tenemos vacaciones.

Vamos hasta las afueras de la ciudad y robamos manzanas en el jardín de Mannheim; corremos al campo. El centeno huele a pan fresco, nos escondemos. Frieda se acerca a mí. La tomo en mis brazos como hacen los mayores y la beso en la boca.

— Oh, me has besado en la boca, ahora tendré un hijo — dice Frieda.

Al día siguiente me visita.

— Oye, tengo un hijo — me dice.

— ¿Ya llegó? — le pregunto.

— Eres tonto, cómo lo voy a ver si lo tengo en la barriga. Ya es así de grande. Y con sus brazos traza un semicírculo en el aire.

— Entonces es más grande que tú misma, — digo asustado.

Frieda escapa corriendo. Al día siguiente la voy a ver.

— ¿Ya llegó? — le pregunto.

— No; creo que llega mañana.

— ¿Ya lo sabe tu padre?

— A mi padre no se lo digo. A Ana, la sirvienta, la echó de la casa. Ella también tuvo un hijo.

Al día siguiente, temprano, estoy ante la casa de Frieda. Silbo.

Ella se asoma, me ve, me saca la lengua y se va. Espero, Frieda sale de su casa, pasa a mi lado, no me mira. El hijo ha sido olvidado.

Tengo nueve años de edad cuando me sacan de la escuela popular y me mandan a la de varones del pastor Kusch. Estanislao ya no me visita.

–Eres algo mejor, además tu padre fue nombrado delegado al Consejo de la ciudad, eso viene enseguida después del Kaiser. Adiós.

Hasta ahora jugábamos con todos los muchachos. Ahora miramos de arriba abajo a los hijos de la gente pobre que siguen en la escuela popular y no aprenden latín.

El pastor Kusch interrumpe cada diez minutos la clase.

–Tengo problemas en el corazón – dice y toma un trago de una botellita de medicina.

En la botellita no hay medicina sino aguardiente. Lo comprobamos bien pronto. En una ocasión que el pastor Kusch olvidó la botellita, le vaciamos el aguardiente y la llenamos con agua. “Tengo problemas en el corazón”, dice el pastor Kusch. Lleva una mano al pecho y otra al frasco, pero en cuanto bebe hace una mueca, da un salto y toma el puntero. Ya no tiene problemas en el corazón. Todos tenemos que extender las manos, todos reciben los golpes menos Helmut, a ése le dice:

–Tú nada tienes que ver con esto, con toda seguridad.

Helmut había llevado ese día una gallina al pastor Kusch.

Detrás de la escuela hay una laguna que en invierno se hie-la. Antes de empezar las clases patinamos, en un lugar el hielo es más delgado, un palo sirve de advertencia.

—No vayas en esa dirección, —le grito a Max.

Pero ya Max está hundido hasta el pecho en el agua helada. Corro en su ayuda, me arrastra consigo. Con un último esfuerzo consigo sacarlo. El pastor Kusch me manda a casa a cambiarme de ropa y después debo ir a casa del señor Sel, el padre de Max.

—¿Dónde está la vara?— grita enojado el señor Sel. Al día siguiente, cumpleaños del Kaiser, no tenemos clase. Max en castigo permanece en cama. Lo visito. Su tía dejó una caja de chocolates sobre la que escribió: “para el héroe que salvó una vida”. Max mira enojado primero a la caja de chocolates y después a mí.

—Hubiera salido también sin tu ayuda— dice—, únicamente la mitad te corresponde.

Por la tarde me envía mi madre al salón donde el burgomaestre, los delegados al Consejo de la ciudad y la sociedad de guerreros festejan el cumpleaños del Kaiser. Mi padre está muy orgulloso. Me presentan al burgomaestre, el cual me dice: “Eres un pequeño héroe” y me estrecha la mano.

Yo digo: “Max afirma que también hubiera salido solo”. Y cuando abandono el salón, arrojo los chocolates a la calle.

Los mayores son nuestros enemigos. Únicamente Julia, nuestra vieja cocinera, me comprende. A ella le recito mis primeros versos. Los compuse durante un paseo, en la primavera. Estoy sentado en el pescante, a lado del cochero. En el coche, los demás niños están alegres y cantan; yo no

canto, no estoy alegre, no pido como otras veces las riendas para guiar. No me alegran ni el sol, ni la primavera. Me invade una tristeza dulcemente dolorosa y mientras el cielo, radiante y azul nos cobija, pienso en cuervos, en niebla, en la muerte.

Esa poesía es la que le leo a Julia.

Julia se emociona y llora.

—¿Quieres una tortilla de huevos o una chuleta?

—Escribiré una leyenda que será representada en Berlín y tú, Julia, estarás en el palco del emperador.

Julia no revela a nadie su edad, cuando le preguntan contesta: “Mi edad no ha molestado a nadie todavía” y se santigua. Julia tiene un novio que trabaja de sastre, en Magonin. Pero solamente vive en su fantasía: amigos de mi padre lo crearon. El corazón humano es más grande que la mentira. Julia ama a su novio a pesar de no haberlo visto jamás. El desconocido que ha sido designado para representar este papel, sin sospecharlo, no sabe del amor que despertó, pero Julia tiene fe. Los mayores olvidan la burla de una hora, yo le doy vida y duración. Escribo bellas cartas de amor y se las llevo a Julia; se las leo, enaltezco la fidelidad de su novio, lloro con ella por el cruel destino que los mantiene alejados y odio con ella a las personas que envidiosas se oponen a su felicidad. Julia es dichosa y yo lo soy con ella. Tenemos un secreto que guardamos celosamente. La gente ríe, yo hace mucho que no río, me enojo cuando se burlan de Julia.

—No contestes cuando te preguntan —le digo— o cuéntales una historia, diles que tu novio se fue a América.

Recibo más comida que antes, pero no es por ella que sigo haciendo de mensajero del amor. Pronto ya no me satisface que este novio sea un vulgar sastre que toma medidas y viste a la gente. Hago ingresar al novio de Julia en el ejército, en pocas semanas asciende a teniente, a mayor, a general. Julia, a quien ningún carnicero le hubiera vendido gato por liebre, la que con mirada escrutadora separaba en el gallinero las gallinas ponedoras de las otras, lo creía todo. El general entra en la nobleza, es barón, al poco tiempo ya es duque y finalmente un lejano país al que bautizo con el nombre de Mariko, lo nombra su soberano con el título de emperador. Nombro a Julia emperatriz y a mí mismo ministro de ese exótico país. Un ferrocarril subterráneo, al que llego por una escalera secreta que sólo yo conozco, pone en comunicación a nuestra casa con la capital de Mariko. El emperador es un buen creyente, combate a los infieles, los vence y los bautiza. La guerra nunca dura mucho. Su duración depende de mis deseos de comer. Llego a la cocina, cierro la puerta y digo a Julia: “Majestad, llegó un telegrama”.

—Léelo —me dice Julia y se seca las manos en el delantal.

—Querida Julia —leo—, derroté a los infieles en sangriento combate, cansado de la cruenta lucha siento vehementes deseos de comer uno de tus ricos pasteles; haz uno de inmediato y entrégaselo a mi ministro Ernst. Silenciosamente Julia pone manos a la obra. Nada, ni los retos de mi madre impiden que al momento me entregue un pastel que yo recibo con gran reverencia. En mi cuarto esperan

mis amigos, todos ellos ciudadanos de Mariko, para dar cuenta del pastel.

Una emperatriz debe usar condecoraciones. Le quito a mi hermana las condecoraciones de papel que lleva en las fiestas. Con alfileres las fijo sobre un almohadón del sofá, saludo a Julia con palabras ceremoniosas, la invito a arrodillarse y le entrego las condecoraciones otorgadas por el papa y por el emperador, su novio.

Un día enfermó Julia. Ella, que en toda su vida jamás estuvo enferma, que solamente cuidaba enfermos, sin temor a contagios, que veló noches enteras a la cabecera de nuestras camas. El médico se declaró impotente para salvarla y Julia, que afiebrada no sabe que la muerte la acecha, trabaja como trabajó toda su vida, y así muere.

Después de su muerte encontramos en cajas y cajones todo su haber. Dinero nunca ahorró pero docenas de pares de medias, camisas, blusas, faldas, etc. que había adquirido para su ajuar.

Había deseado ser enterrada como virgen, en traje de novia, con su corona de azahares en los cabellos. El pastor debía encabezar el cortejo y sobre su lápida debía grabarse la siguiente inscripción: "Aquí yace la señorita Julia Jungermann".

Solamente mamá sabía que Julia no era virgen, que tenía un hijo, al cual hizo conocer la muerte de su madre. Grande y arrogante caminó este último detrás del féretro en el que descansaba Julia sin la corona de azahares. El pastor, que conocía su fidelidad, encabezaba el cortejo; bendijo a la muerta y enalteció sus virtudes. Después de la

ceremonia, el hijo de Julia vino a casa, contó las medias, las camisas, etc., metió todo en un gran cajón y se fue con él.

La escuela de varones a la que yo asistía se fue desintegrando poco a poco, hasta quedar yo como único alumno. El pastor Kusch me da lecciones en su casa particular. Siempre tiene problemas en el corazón, pero la botellita de medicina desapareció; ahora toma el aguardiente directamente de una botella de litro.

Concurro ahora a un instituto de enseñanza secundaria, el Real Gimnasio de Bromberg, capital del distrito. Al principio vivo en casa de un maestro: el señor Freundlich; más tarde con la señora del doctor Ley. Está divorciada de su esposo, pero cuando éste fue ascendido a consejero de sanidad pensó mucho si debía cambiar la placa de la puerta y participar del ascenso. Es de buen tono tocar el piano. Tomo lecciones con el pianista Spielmann, el cual se muestra satisfecho, pero como me permite practicar solamente de 5 a 6 de la tarde, me rebelo por esa limitación y dejo de estudiar. Continúo escribiendo poesías que tienen ya un sentido más rebelde, una de ellas comienza así:

Arriba, despertad
Llamáis a esto vida libre
Estando siempre con espaldas agachadas
Por si os conceden una mirada
Habéis nacido acaso para eso
Defendéos, tomad el látigo

No toleréis tan dura esclavitud
Pisoteadla
Libertad será vuestro premio.

Recibo cincuenta centavos semanales para gastos menudos. Un pastel de manzanas con crema cuesta veinte centavos, y quiero comer uno cada día. Envío al diario *Ostdeutsche Rundschau* colaboraciones que se relacionan con noticias de mi ciudad natal. Me pagan dos centavos por centímetro. No es difícil alargar los textos de las noticias. El material original lo saco del diario de Samotschin, lo adorno, alargo con adjetivos y altero las cifras. Cuando un rayo mató un buey en la granja del campesino Nowak, relaté la horrible muerte de media docena de bueyes. Escribir me gusta, es lindo alinear palabras, pulir frases, alterar verbos y adjetivos. Paso horas enteras escribiendo.

El calderero Grun vendió su finca a un polaco. Indignado por ello, lo tildo de antipatriota; exijo la intervención de las autoridades del gobierno prusiano, escribo sobre la calamidad de la época, el derrumbe de las costumbres y de la moral: los alemanes ya no están alerta. ¿Qué será de la Patria?

Las vacaciones las paso en casa. Abandono el tren en Weissenhohe, nuestro coche me espera en la estación. A la entrada de Samotschin me aguarda Julio, se niega a subir al coche, corre a lado, me pone al tanto de lo ocurrido durante mi ausencia, informa a gritos a todo el que encontramos, que estoy de vuelta.

Cuántas veces he nombrado a Julio, cuántas veces junto con los otros muchachos lo seguíamos por las calles

gritándole “lame platos Rawitsch”. Julio es un pobre hombre, medio trastornado, al que cada día le da de comer una familia distinta y Rawitsch es la ciudad cercana donde está la cárcel, ningún insulto más grave podría recibir Julio que el de “lame platos Rawitsch”. A pesar de eso continuó siendo mi amigo, siguió siendo amigo de todos a pesar de que todos lo hacían objeto de sus crueles burlas. Cuando en Samotschin se creó la estación ferroviaria, Julio se hacía presente al arribo de los trenes. Si llegaba un sacerdote católico, Julio le hacía una reverencia y para dedicarle una fineza, señalaba la ciudad y le decía: “Todo católico”.

Una noche Julio fue invitado por unos campesinos a beber. Les agradaba ver cómo se emborrachaba. Cuando con la boca espumosa, dominado por temblores epilépticos cayó al suelo, lo abandonaron. Julio murió. La noticia de su muerte miserable se extendió por la noche en la ciudad. No puedo dormir. Por primera vez me veo enfrentado a la crueldad del mundo. No concibo la obra de la humanidad. Puede sin ningún esfuerzo hacer el bien y se solaza causando el mal. A la mañana del día siguiente escribí este artículo para el diario de Samotschin: “Murió el obrero Julio. Permaneció más de seis horas tirado en la estación del ferrocarril, presa de dolorosos ataques sin que se le prestara ayuda o se llamara a un médico. ¿Debía llegar a ese extremo, un moribundo apedreado por muchachos de la calle? Cuando la policía tuvo conocimiento del hecho, se dijo que no le correspondía intervenir puesto que Julio estaba en jurisdicción del real ferrocarril prusiano. ¿Podía en este caso, en el que se trataba de una

vida humana, aferrarse la policía a lo escrito en las leyes y en el código? ¿Era el caso de contemplar con indiferencia si el hombre estaba en jurisdicción de la ciudad o no? Se dice que Julio no merecía que se preocuparan de él. Con seguridad que si el accidentado hubiera sido un animal, el auxilio no se hubiera hecho esperar”.

El redactor señor Knaute dio su conformidad al artículo.

El burgomaestre creyó que el ataque partía de sus enemigos en la ciudad y se consideró amenazado y ofendido. En el mismo diario, y por cuenta de la comuna, hizo publicar lo que sigue: “Advertencia: Si el autor anónimo del artículo aparecido, no se presenta en el plazo de tres días, iniciaré proceso”.

— Ya le adelanté que el anónimo siempre surte efecto. No se presente usted — me dice el redactor señor Knaute.

Transcurridos los tres días, el burgomaestre inicia el proceso, el señor Knaute tiene que declarar como testigo.

— Soy periodista — dice —, y nunca delataré a mis colaboradores.

Puedo únicamente manifestar, que el autor del artículo es un judío. El señor Knaute es condenado a pagar treinta marcos de multa por negarse a revelar el nombre del autor.

— No lo he traicionado, soy un hombre de honor, puede confiar en mí — me dice —, pero los treinta marcos me los traerá usted, los necesito mañana sin falta.

“Treinta marcos.” ¿De dónde saco yo treinta marcos? Si no los consigo, el señor Knaute me delatará como autor del artículo, seré expulsado en forma vergonzosa del cole-

gio. Los ánimos de la pequeña ciudad están alterados, se sigue con creciente interés la marcha del proceso. El temeroso burgomaestre se hace acompañar por policías cuando cruza las calles de la ciudad. Por una casualidad se entera mi padre de que soy el autor del artículo. Yo nunca se lo hubiera revelado. No habla conmigo sobre eso, va a ver al burgomaestre y éste retira en el mismo día la acusación.

La anulación del proceso me alegra y me indigna al mismo tiempo, porque pienso que el burgomaestre se achica porque su atacante es hijo de un delegado al Consejo de la ciudad. Comprendo que también la valentía de los funcionarios tiene su límite.

Pocos son los que acompañan a Julio hasta su última morada, en su mayor parte niños e indigentes. Uno de estos se llama Luis. Luis es barrendero en la ciudad y otro de los elegidos para servir de blanco a las burlas de chicos y grandes. Su gran dolor fue que para cargar las basuras tenía una carretilla de dos ruedas y que a pesar de sus múltiples pedidos al municipio para que se le proveyese de un carro, no lo consiguió. A cambio del carro le fue entregada una carretilla nueva con tres ruedas, él la llamaba carro, pero los chicos seguían gritándole: "Luis y su carrindanga".

Al oír estos gritos Luis suspende su trabajo, protesta y con voz velada por el dolor trata de hacer comprender a sus pequeños verdugos que su vida ha tenido una gran evolución desde que obtuvo la nueva carretilla con tres ruedas, que Dios no pasó en vano por su lado y que ya era hora de que ellos lo comprendieran.

Un amigo de mi padre, propietario de una finca rural me invitó a cazar. En su compañía cazo perdices, becasinas y liebres.

— ¿Tiró usted ayer sobre un corzo? — me preguntó al día siguiente.

Me asustó. Había enfrentado un corzo; al apuntarle pensé que mi rifle no tenía balas sino cartuchos de munición, para caza menor. A pesar de eso, impulsado por la pasión, disparé el tiro. El animal huyó.

— ¿Disparó usted ayer sobre un corzo? — vuelve a preguntarme.

— Sí — contesto en voz baja.

— ¿Con bala?

— No, munición.

— Vaya a ver al animal. Está tirado en el prado del bosque, no debe disparar nunca más con munición sobre un corzo.

Me dirijo al prado del bosque. Cuando me acerco, el animal se levanta, se arrastra unos pasos y se vuelve a caer. Veo sus grandes ojos marrones velados por la humedad, fijos en mí. Me emociona la muda acusación del indefenso animal, lo veo claro, nunca más tocaré un fusil.

Los maestros del Gimnasio no saludan nunca en primer término a los maestros del Gimnasio real. Las niñas coquetean preferentemente con los alumnos del Gimnasio. Eso ocurre porque los del Gimnasio se consideran superiores a los del real Gimnasio, porque estudian dos lenguas muer-

tas: el latín y el griego. En cambio, en el Gimnasio real se estudia una solamente: el latín. El Gimnasio es considerado como la innegable cuna del idealismo clásico; del Gimnasio real se afirma que prepara a la juventud para la vida práctica.

La preparación para la vida práctica se llama "matemáticas". Estudiamos fórmulas que no comprendemos y que pronto olvidamos. La historia existe por los números. No tiene importancia que comprendamos los acontecimientos que con ella se relacionan. Es muy importante que dominemos las fechas y datos de batallas y coronación de soberanos. Napoleón fue un ladrón, robó tesoros alemanes; hasta las tejas de los techos de las iglesias se llevó. El que no conteste con este espíritu las preguntas del maestro, es un marcado que ha de terminar sus días en la cárcel. Maestros amargados nos plantean los mismos temas de composición que les plantearon a ellos siendo alumnos, frases rimbombantes que de puro viejas ya están oxidadas. Pobre del alumno que se atreva a analizar esas frases con sus propios pensamientos. Ese hecho lo señala como rebelde, sospechoso, hasta anarquista. Temor a Dios, vasallaje y obediencia, es lo que debemos aprender.

Hoy soy un buen alumno, mañana malo. Si quiero a mi maestro soy un estudioso, si no lo quiero soy un haragán.

Continúa mi inquietud por comprender a Dios. El niño lo destrozó, el adolescente lo busca con las crecientes fuerzas de su razonamiento.

Al maestro lo confundo con preguntas para que me aclare los misterios de las leyendas bíblicas.

—Si cuando Dios creó el mundo —le pregunto—, había solamente dos personas, Adán y Eva, los descendientes, hermanas y hermanos ¿se han casado entre sí?

Como no quiere o no puede contestarme, me castiga y eleva quejas sobre el alumno obcecado e inmoral.

Escribir sobre los temas preparados que dan los maestros me aburre. Me dirijo por lo tanto a un instituto creado para ese fin en Leipzig, el cual envía a los alumnos composiciones mediante el pago de veinte centavos por página.

Leo con especial agrado los autores que la escuela prohíbe: Hauptmann, Ibsen, Strindberg y Wedekind.

El círculo literario alumnado se llama *Clio*. El profesor Thíeme, director del instituto, llega a saber que yo recité en el círculo una escena de Rose Bernd. Me cita a su despacho y me dice: “Gerhard Hauptmann es un ultramoderno y ultrademocrático, un cabeza hueca; le prohíbo terminantemente la lectura de sus obras. Estudie usted matemáticas, que es más importante para la vida”. Yo tengo otra concepción de la vida, escribo poesías, leyendas y dramas. Los dramas los envió al teatro municipal de Bromberg, como no me contestan, me considero postergado. Quiero ser actor teatral, en representaciones escolares me corresponden siempre los principales papeles; en la *Muerte de Tiberio*, de Geibel, hago de Tiberio y muero en forma patética.

Durante las vacaciones me envían a Rügen, donde no permanezco mucho tiempo. Tomo el vapor y voy hasta Dinamarca, recorro el país, visito la falsa tumba de Hamlet, vacilo entre ansias de acción y deseos de muerte, y cuando

nuevamente estoy en el banco de la clase, me siento sujeto y prisionero.

Sueño con ser agricultor, me encanta la vida natural al aire libre. Me olvido de ese sueño y resuelvo probar un año más en el instituto. Me mortifica no saber qué quiero ser. Todos los otros lo saben menos yo.

Muere mi padre. En la hora de su muerte estoy a solas con él. Sus manos se mueven sobre la colcha como buscando algo, sus ojos arden sin ver, su respiración es entrecortada, quiere levantarse pero con suave presión lo vuelvo a recostar.

– Vosotros tenéis la culpa – murmura –, tú eres el culpable.

– ¡Padre! – grito horrorizado.

Mi madre entra corriendo en la habitación.

– Busca al médico – me dice.

Mi padre comienza a morir en estertores. Salgo corriendo. Cuando regreso veo a mi madre que llora sin lágrimas y une las manos en gesto de desesperación.

– Hijos, el padre – dice y calla.

Toma un paño, se lo anuda al muerto por el mentón y la cabeza, le cierra los ojos, se sienta a lado de la cama y observándolo fijamente, rompe a llorar.

Estoy acostado en mi cama y siento frío, me suben escalofríos de los pies a la cabeza. No puedo olvidar las últimas palabras de mi padre. Nunca las olvidaré, a pesar de comprender que fue la fiebre la que habló. Quisiera que

mi padre me escuchara una vez más, quisiera decirle que realmente no llevo ninguna culpa de su muerte, que la culpa es del cáncer, mi padre no me oirá ni me contestará ya. Está frío, su nariz se afila, pronto no lo veré más. Ésa es la muerte.

Un barco de guerra alemán apareció en Agadir. Todos hablan de guerra entre Francia y Alemania. Los profesores en la escuela nos advierten confidencialmente que desconfiemos del profesor de francés, que es de esa nacionalidad. Nos inculcan que todos los franceses son espías, los de apariencia más inofensiva son los peores, no les debemos contestar sus preguntas, todo informe lo mandan a París.

Los jóvenes deseamos la guerra. La época de paz es apática, en cambio la de guerra es grandiosa y sublime, dicen los profesores. Nosotros ansiamos las aventuras. Si mañana nos ponen el uniforme tal vez nos perdonen los últimos años de clase.

Pero la paz se mantiene, los maestros olvidan su porte guerrero y a nosotros no nos es perdonada ninguna hora de clase.

La puerta se cierra, oigo el ruido metálico de la llave en la cerradura. Salgo del portal en el que me ocultaba y cruzo la calle; miro a una ventana conocida, del segundo piso. Pienso. Ahora ella debe haber llegado al rellano de la escalera, en el primer piso. Su pie tantea en la oscuridad el gastado escalón de la escalera que conduce al segundo piso. En el frente oscuro del edificio brilla amarillenta una mancha de luz. Es la ventana que yo observo, se corren cortinas claras,

espero, y cuando la luz se apaga confundiendo la ventana con todo el frente de la casa, me voy.

Desde hace un mes ella trabaja en el teatro municipal de Bromberg. Representaron un drama, salió ella al escenario con un amplio vestido blanco, el joven de dieciocho años que estaba en el paraíso, no tuvo desde ese momento más que ojos para ella, oídos para sus palabras. Siente solamente su presencia.

Todas las noches me ubico en el pequeño café, frente al teatro, esperando que salga. La sigo silenciosamente hasta que entra en su casa.

Dos meses más tarde me dice la señora Moller, con la que vivo:

—María Gross acaba de estar aquí, alquilará la habitación a lado de la suya.

No alquiló la habitación, no sé por qué, pero ahora, cuando la veo, la saludo. Cierta mediodía me dirige la palabra. Me cuenta que es la hija ilegítima de una artista. Dice que eso es un estigma. Le digo que no es ningún estigma, que, al contrario, más de un hijo legítimo es un estigma. Ella dice que quiero consolarla. Le contesto bajo juramento que es la verdad. Nos encontramos todos los días. Le cuento que escribo versos y no me resisto a leerle algunos.

—Son magníficos — dice —, su cadencia me hace recordar a Schiller.

Recitaré uno de ellos en la fiesta de beneficio de los granaderos a caballo... a pesar de que mi padre no sirvió en la caballería.

Estoy sentado en su cuarto y no consigo hablar una sola palabra.

Ella tampoco habla, parece esperar algo, no sé qué es lo que puede esperar.

– Tengo novio – dice al fin.

– ¿Lo quiere usted?

– Me explota, también es artista.

– Es un canalla – le digo – . Lo mataré.

María se levanta, se sienta a mi lado en el sofá y reclina su cabeza en mi pecho.

La quisiera besar, pero es una santa y a las santas no se las debe besar.

Si la llegase a besar pensaría que también yo quiero explotarla, como su novio el canalla y juro no besarla nunca. La salvaré.

Escribo a la madre de María la siguiente carta: “Estimada señora, confíe en mí. Su hija ha caído en manos de un canalla. Amo a su hija. A pesar de eso no debe pensar nada malo de mí. Soy joven todavía. Dentro de algunas semanas rendiré examen de bachiller. Entonces salvaré a su hija de las manos del seductor”.

La madre de María me contesta: “Joven, es simpático que usted ame a mi hija. Pero mi hija cuidará de sí misma. Rinda usted su examen en forma sobresaliente y olvídese de mi hija. Esto se lo ruega la desgraciada madre de María”.

Debo aburrir a María. Cuando la visito en la pensión donde vive, me dice la patrona que ella está estudiando y desea no ser molestada. El segundo día de examen encuentro a lado del desayuno una carta del tribunal. La abro y leo. He llamado canalla al artista X ofendiéndolo con eso, como testigo está la artista María Gross. Debo concurrir

ante el tribunal. Vuelvo a mi habitación, tomo el cuchillo con el que había pensado matar al artista, ella debe saber cuánto la he querido. Con el hecho de tener que comparecer ante el tribunal, está de más pensar en el examen. Mi tío, el abogado, se ríe.

— Al artista le ofreceré cincuenta marcos y ya no se sentirá ofendido.

El examen lo pasé bien, pese a los inconvenientes del segundo día.

El honor del artista valía veinticinco marcos menos de lo que había calculado mi tío.

En las paredes del instituto están fijados los atrayentes carteles de la Universidad de Grenoble, en Francia. Fuera de Alemania, en Francia, estudiaré y despreciaré a María.

ESTUDIANTE EN FRANCIA

Soy estudiante en Grenoble. Cuando me dicen *monsieur* me da la impresión de ser un aventurero que cruzando lejanos mares, desembarca en una isla habitada por razas extrañas. Cada *mademoiselle* es una princesa exótica, misteriosa e insondable. Paso el tiempo en los bares, bebo ajenjo, que no me gusta, y tengo la impresión de ser muy vicioso. Estoy sentado en el café. Me impresiona enormemente que aquí nadie se quite el sombrero. Ahora tampoco yo lo hago, y pienso: “*Voilà, ésta es la malvada grande nation*”.

A lado mío, en la pensión vive una rusa, hija de un ministro. Es muy fea, pero ¿qué importa? Es rusa, probablemente una nihilista. Sabe cómo se arrojan bombas y cuando regrese, se unirá al pueblo y un día leeré de ella en los diarios: “*mató a un Gran Duque tirano*”. A mi izquierda vive un ex oficial austriaco, tiene una amiguita, una modistilla francesa. De él aprendo el abecé del hombre de mundo. Cuídese de las estudiantes — dice — son capaces hasta de

hacer filosofía en la cama y tampoco son vírgenes. Si quiere aprender algo vaya al burdel. La propietaria es una dama de gran mundo, tiene un par de caballos de pura sangre para arrastrar su coche y una cuenta corriente en el *Credit Lyonnais*. Entiende la vida, es psicóloga y si usted le cae en gracia le dará crédito.

Prefiero ir al círculo de estudiantes alemanes. Comentamos a Nietzsche y a Kant. Tiesos en nuestras sillas, los pechos henchidos, bebemos grandes vasos de mala cerveza, “para sentirnos en casa”, protestamos por la “inmundicia francesa”, nos consideramos pioneros de una cultura superior y resolvemos terminar la noche abriendo las ventanas y entonando a voz en cuello el “*Deutschland, Deutschland über alles, über alles in der Welt*”. Los franceses en la calle escuchan nuestras canciones, mueven sus cabezas y ríen. Nunca nos retiramos solos a nuestras casas. De a dos o de a tres; no debemos olvidar que estamos en casa de nuestro enemigo secular, al que vencimos en la guerra del 70, al que le conquistamos Alsacia y Lorena y que cualquier noche nos exigirá la revancha.

Hay también mujeres en nuestro círculo. Maestras que en su mayoría ya no son jóvenes y que son enviadas a Francia para aprender a hablar el francés como lo hablan las francesas. No lo aprenden nunca, su soberbia no se los permite; usan vestidos reformistas y calzan anchos zapatos de taco bajo, nos previenen sobre las costumbres licenciosas de este pueblo degenerado y nos exhortan a tener siempre presente que tenemos una misión que cumplir.

Concurro poco a la universidad; me aburren las conferencias de poca envergadura que dictan los profesores

que en su gran mayoría semejan a jefes de departamento de una gran tienda. Alaban los distintos artículos de una cultura oficial, sus frases parecen ser leídas de los renglones de avisos de propaganda. Grenoble es la universidad francesa para la propaganda en el extranjero.

Vivo en Francia y me parece no haber abandonado Alemania. En la universidad, durante el almuerzo, en el café, durante la noche, siempre estoy con alemanes, olvido el poco francés que aprendí en la escuela. Resuelvo evitar el círculo. El ex-oficial austriaco me pregunta si juego a las cartas; no conozco ninguna baraja pero voy con él, tal vez aprenda francés al aprender a jugar.

Todas las noches se reúnen en el café estudiantes de los más remotos, países, juegan a la *banca polaca*. Es un juego que nada tiene de banca y menos de Polonia. Monedas de oro y plata cambian de mano, se bebe café negro y es muy entretenido. Miro jugar. La modistilla francesa está a mi lado, el oficial austriaco pierde una pieza de veinte francos, luego otra y otra. La modistilla me sonrío, mi rodilla roza la suya, se levanta, la sigo, me pregunta dónde vivo, lo sabe pero lo habrá olvidado, quiere ver mi cuarto y me dice *mon petit*, me doy vuelta para mirar al oficial, quien sigue perdiendo. Ella me toma del brazo; soy feliz. Aprenderé francés.

Al día siguiente vuelve a perder mi vecino de cuarto. Tengo que prestarle dinero. La chica tiene que sentarse detrás de él y apoyarle la mano sobre el hombro izquierdo. A pesar de eso sigue perdiendo, se enoja y dice que pierde porque yo no juego. Juego cinco francos y gano. La chica

pone en silencio su otra mano sobre mi hombro derecho. Juego diez francos y gano, el hombro derecho trae más suerte que el izquierdo por lo visto; juego veinte francos, juego y juego. Ante mí tengo un montón de dinero. El oficial no nota que la chica retira la mano de su hombro, tampoco ve que me la acerca con la palma extendida. La lleno de monedas sin mirar a la dueña. El juego me domina. Los mozos mueven las mesas y las sillas. Son las doce de la noche y el dueño quiere cerrar. Pierdo el dinero con el que debía pagar mi pensión y la universidad. Me quedan solamente veinte francos. Ya hace rato que la mano de la chica abandonó mi hombro. Ahora está apoyada sobre la de un polaco del que se dice que invierte sus ganancias de juego en acciones del Estado francés. Vamos a un bar y seguimos jugando. Vuelvo a ganar; ya no veo a nadie. El paño verde de la mesa de juego se borra en la niebla verde que todo lo cubre, hago las más altas apuestas, debo haber ganado mucho, la chica está otra vez detrás mío. A las tres de la mañana se cierra el bar, alguien dice:

—Vamos a lo de *madame* Aline.

Yo preguntó:

—¿Quién es *madame* Aline?

—Es la dama del gran mundo de la que ya le hablé
—me dice el oficial austriaco.

El aire frío de la noche me despeja, quiero ir a casa.

—Eso no lo puede hacer —me dice el oficial—
después de haber ganado tanto. Además en las últimas
horas jugó usted con mujeres de vida airada y de mujeres
de la vida nunca toma dinero un hombre de mundo. Venga

con nosotros al burdel, si allí sigue ganando entonces el destino lo quiso y tendrá que sobrellevarlo con entereza.

En el salón de *madame* Aline hay sentados varios sargentos franceses. El enemigo secular, pienso yo. A pesar de eso beben cerveza, harían buena figura en nuestro círculo, habría que proponerlos para que fueran aceptados. Sobre sus rodillas están sentadas maestras de edad madura. Son las damas profesionales del salón, que se han quitado los vestidos reformistas y las anchas sandalias. Están desnudas.

Madame Aline nos saluda. Ni la reina de Inglaterra podría saludarnos con mayor elegancia. Se informa de nuestros deseos, se lamenta por las damitas jóvenes que tendrán que pasar sin nosotros. Nos invita a tomar una botella de *champagne*. Quiere beber a nuestra salud y a la suerte de cada jugador. Estoy sentado a la mesa con la cabeza pesada, disgustado, gozo con placer mortificante cuanto pierdo, primero lo ganado, después mi capital. A las siete de la mañana, sin un céntimo en el bolsillo vuelvo a casa; a mi lado camina el oficial austriaco. Ganó trescientos francos; hace filosofía sobre la frivolidad del mundo y sus bienes terrenales. Yo, en cambio, he tenido que dar al polaco mi reloj como garantía. Es mediodía, el estómago me regaña, llamo a la patrona y le digo que estoy enfermo y que para los próximos días no me traiga más que té y pan. En un florero encuentro unos cuantos francos, medito en qué forma debo telegrafiar a casa, siempre escribo nuevas fórmulas que no me satisfacen y las rompo. Al final me decido por ésta: "Presté todo el dinero a un turco, el turco desapareció repentinamente".

La aventura del juego me preocupó mucho tiempo. En estado normal no concebía al hombre que sin freno cae durante la noche en los abismos caóticos. No es ningún extraño, soy yo mismo, debo ajustar cuentas con esta nueva figura de cuya existencia ni sospechaba. La mesa de juego no me volverá a ver. Concurro asiduamente a la universidad, escucho conferencias jurídicas, filosóficas y literarias; leo a Dostoievski, a Nietzsche y a Tolstoi.

A fines de junio, un grupo de estudiantes alemanes hicimos una excursión por la Provence.

—Disfrutaremos juntos del mediodía —dice una de las maestras que toma parte, y esgrime en su mano el Baedeker.*

Goza en cada ciudad visitando los museos con cuadros de dudoso buen gusto, restos de antiguas ruinas, monumentos que el Baedeker resalta. En cuanto ve una fuente vieja y pintoresca, nos da una conferencia ilustrándonos sobre los adelantos de la humanidad a través de los siglos, la forma en que la obra de los hombres se desarrolló superándose, y termina diciendo que ahora estamos en la época del agua corriente; es la lucha del hombre contra la naturaleza. Quién sabe dónde llegaremos dentro de cincuenta años. Es una delicia la vida. En Nimes, huyo del grupo de excursionistas. Me alojo en un viejo hotel y me enamoro de la patrona. Los provenzales hablan un francés propio, apenas los entiendo. Lo mismo les pasa a ellos, que me toman por parisién. La patrona, al tanto de mis sentimientos me pre-

gunta al segundo día si no quiero tomar una habitación en el segundo piso. Pienso, tal vez viva ella en el mismo piso y debe tomar precauciones; el personal, la murmuración, los vecinos, la ciudad pequeña en que todo se sabe, se comenta y nunca falta el envidioso que va corriendo a la policía. Concesión y amor, la dura realidad y el bello sueño.

—Si a usted le parece —le digo en voz baja.

—Si bien es cierto que la nueva habitación no tiene ventana —me dice suavemente— recibe aire por el corredor. De otra forma, negándose usted me vería obligada a rechazar a un matrimonio inglés. ¿A quién otro debía dirigirme sino al parisién, al viejo amigo de la casa?

En Marsella vivo en un pequeño hotel cercano al puerto. En el comedor encuentro a un joven alemán que está por enrolarse en la Legión Extranjera. ¿Por qué no? Legión Extranjera es una aventura más peligrosa aun que la noche del juego: África, leones, desiertos, beduinos, vida audaz, muerte temeraria y sobre todo un detalle atrayente: recientemente me encontré a mí mismo como jugador, ¿a quién encontraré en este camino?

A mediodía le cuento mis planes a un cabo que almuerza en nuestra mesa. Me escucha con atención, vacía su vaso y golpeándome en el hombro, me dice:

—Quítatelo de la cabeza muchacho, la Legión Extranjera no es ninguna broma.

Cuando parado en el puerto veo embarcar soldados para África, cada uno con su número y su bolsa al hombro que lo sacude de un lado a otro, me abandona el deseo de

ser legionario. Cosa espléndida es la libertad. Puedo hacer y dejar de hacer lo que quiero. Mañana iré a Tolón, si no me gusta volveré a Grenoble.

Aquí me reconcentro. Soy un hombre joven de origen burgués, que vivo en Francia, que estudio, que viajo, que estoy acomodado. Todo esto me parecía muy natural. Nunca pensé mayormente sobre el concepto de libertad, salvo durante las lecturas filosóficas. Que mi amigo Estanislao es jornalero desde los catorce años de edad y con su escaso jornal ayuda a sus padres a mantener el hogar, no es más que justo y equitativo; así como mi derecho a disfrutar de la vida. Ahora repentinamente este derecho me resulta problemático, reconozco que lo que me condiciona y limita la libertad es el dinero. El dinero me lo da mi madre. ¿Por qué ella tiene dinero y el padre de Estanislao no? Pienso en la pregunta que cuando niño dirigí a mi madre. ¿Por qué comen todos los días patatas con cáscara y arenques en lo de Estanislao y nosotros, carne y pasteles? Y pienso también en la contestación de mi madre: “porque Dios lo quiere así”. Ya no me satisface esa contestación. Comienzo a dudar de la legitimidad del orden establecido, de acuerdo al cual, unos derrochan sin sentido su dinero, ya sea jugando o en otra forma, y otros sufren necesidades. Pero yo amo el dinero, a él le debo la satisfacción de poder pasear en esta luminosa mañana, entre glicinas y mimosas, de poder sentarme sobre esta piedra y escuchar el rítmico rumor de las olas del mar Mediterráneo al romperse contra los acantilados de la costa. Sí, con malvada conciencia debo

reconocer que amo el dinero. El día se me amargó, el mundo se me amargó, los valores que hasta ayer conocí como eternos e inmutables, hoy son dudosos, yo mismo me considero dudoso. Estoy sentado ante una iglesia solitaria en las cercanías del cabo Martín. Voy hasta la iglesia y entro en ella, me rodea la suave luz crepuscular de un mundo en el que la gente se siente afortunada tan sólo por creer. Hace pocos días quería ser legionario, ahora si viniera un sacerdote y le hablara al adolescente, llegándole al corazón, lo encontraría dispuesto a renunciar al mundo. Sueño que un lejano convento me acoge, renuncio a mi nombre y a toda relación con el ayer, he hecho voto de silencio; en los muros que rodean al convento termina el mundo, vivo sin nombre, desaparecido.

El sacerdote no ha venido. Afuera me roza el fresco aire de la noche. Siento hambre, camino hasta la próxima aldea y sin escrúpulos de conciencia como un trozo de queso de cabra y bebo un vaso de vino tinto. Ante la taberna juegan los hombres a las cartas, las muchachas desfilan, ríen y coquetean, la pianola deja oír el último éxito de París; solemnemente brillan las estrellas, mis conflictos están olvidados, la duda y la creencia ahogadas en el mar, el mundo es muy hermoso.

En Sarajevo es asesinado el heredero del trono austriaco. Los estudiantes austriacos y serbios son llamados por sus gobiernos. Acompaño hasta la estación del ferrocarril a un amigo vienés. Como despedida me dice: "hasta la vista". No sé qué contestarle, pienso que tal vez dentro de un año

ya no viva. Voy a casa, la palabra muerte se me ha grabado en la mente, no consigo olvidarla, la veo en todas partes, en los diarios, en las conversaciones. La veo en un gran cartel que los socialistas de Grenoble han fijado, invitando a una manifestación en masa para luchar contra el peligro de una guerra. Por la noche estoy en esta manifestación apretujado entre obreros y obreras. Veo sus caras bondadosas, con rasgos simples y claros que se estiran y endurecen cuando los oradores condenan la guerra. No, esta gente no quiere la guerra. Su grito de “Viva la paz” es un canto de combate contra la guerra.

Se declara la guerra entre Austria y Serbia. De mañana, al mediodía, por la noche, los diarios traen informes desde los campos de batalla. Nos acostumbramos a ello y abrigamos la loca esperanza de que quedará limitada a esos dos países. A fines de julio comienzan las vacaciones en la universidad. Quiero ir a París a tomar parte en los cursos de francés que se dictan en La Sorbona. La víspera de mi partida estoy sentado en un café tomando un aperitivo. Los vendedores de periódicos irrumpen en la sala gritando: “¡Boletín extra, asesinato de Jaurés!” De inmediato se forman grupos animados. Oigo a un obrero decir:

— Eso es la guerra.

En el café, delante del café, en las calles, en los parques, se reúnen a conversar agitadamente personas que no se conocen. Cuando a media noche retumba el cañonazo de costumbre desde la fortaleza, se separan asustados.

En Lyon vive el cónsul alemán. Iré a verlo para preguntarle si puedo ir a París. El 31 de julio estoy en camino a Lyon, en todas las estaciones veo soldados, licenciados que

han sido llamados al regimiento. Llego a Lyon, le pregunto al cónsul alemán si puedo, sin peligro, ir a París.

— ¿Por qué no?

— ¿No cree usted en un peligro de guerra?

— Tonterías.

— No pregunto solamente por mí, estudiantes alemanes en Grenoble quisieran saber qué deben hacer.

— Estudiar — me contesta el cónsul.

Horas más tarde gritan los vendedores de diarios: “Movilización en Alemania”, un boletín sigue al otro: “Estado de guerra en Alemania”. “Movilización en Alemania”. “Soldados alemanes violaron la frontera francesa”.

Poco antes acabo de pasar frente a las manifestaciones obreras que gritaban “abajo la guerra”, acabo de ver los diarios socialistas orlados de negro en señal de luto por la muerte de Jaurés, pero ya ha cambiado el estado de ánimo. Se oía la guerra. “Ultimátum alemán a Francia”, vociferan a los vendedores de diarios, a los que les son arrebatados los ejemplares.

— Quieren la guerra — chilla una voz femenina.

En la plaza Belle-cour se arremolina la multitud. Se encaraman oradores sobre la base del monumento.

— Francia está amenazada — grita uno —, se trata de su libertad.

— No, de su gloria — grita otro.

— Me río de la gloria — grita un tercero —, se trata de Alsacia y Lorena.

— ¡Viva Alsacia y Lorena! — contesta la muchedumbre.

Pero ninguno de los oradores obtiene tanto éxito como aquél que le recuerda al pueblo la Revolución Francesa, la misión histórica de Francia de libertar a Prusia del militarismo y llevar la democracia a Alemania.

—No odiamos al pueblo alemán —grita—, odiamos únicamente a su Kaiser.

La muchedumbre ruge su asentimiento.

A lado del orador surge una mujer.

—Cuando entremos en Berlín —grita—, le afeitaremos los bigotes a Guillermo.

La multitud corea: “afeitemos los bigotes a Guillermo”. Por las calles desfilan grupos de jóvenes que cantan al compás:

—Afeitemos a Guillermo, afeitemos a Guillermo.

Tengo un solo deseo; volver a Alemania. En la estación del ferrocarril me informan que esta noche a las dos habrá un tren que irá hasta la frontera suiza. Entro en un café y espero. En todas las mesas se habla de guerra. A lado mío está sentado un sargento grueso, con ojos inflamados y enrojecidos, con voz ronca entona los primeros compases de La Marsellesa. Se interrumpe, vacía su vaso y comienza de nuevo. Nadie le hace caso. Se levanta, se acerca al teléfono, su voz se estrangula y aúlla en el recinto:

—Alemania declaró la guerra a Francia.

En el café hay un gran silencio, el sargento vuelve a su mesa y se sienta pesadamente en su silla. El silencio es como una oscuridad que absorbe la luz y la gente. El sargento salta y de pie vuelve a cantar

La Marsellesa, ahora todos lo acompañan. Me siento extraño en mi mesa, la garganta reseca, nunca como en este momento temí tanto por Alemania. Pago y salgo a la calle. En las cercanías de la estación se oye confusamente el rumor de cascos de caballos sobre el empedrado. En la lejanía se ve una masa oscura que crece y crece, se oyen fanfarrias, las ventanas de las casas se abren, se oye una voz que grita: "los coraceros" y a los acordes de una marcha guerrera pasa un regimiento de coraceros.

La estación está llena de soldados. Mujeres y niños los acompañan. Van a la frontera italiana. Después de Alemania, no tardará Italia, su aliada en entrar en acción. Al fin estoy en el tren. En todos los compartimientos, alemanes que huyen. Apenas adelantamos. Continuamente se detiene el convoy, hace maniobras, son esperas eternas. A la mañana siguiente son abiertas violentamente las puertas del vagón. Soldados franceses, barbudos territoriales, con bayoneta calada nos ordenan abandonar el tren. En la plaza ante la estación, nos reúnen, tenemos que mostrar nuestros documentos. Los alemanes son separados del grupo. Estamos arrestados.

Apenas faltan veinte kilómetros para llegar a la frontera suiza, algunos de nosotros prefieren perder su equipaje y escapar. El oficial que nos arrestó está perplejo. No sabe qué hacer con nosotros.

Finalmente al anochecer se nos permite ir hasta la frontera. A medianoche, pocas horas antes de que se clausurara la frontera, llegamos a Ginebra, hambrientos y cansados. Pero en cuanto pisamos territorio suizo nos abraza-

mos y jubilosos cantamos el *“Deutschland, Deutschland über alles”*.

Del otro lado del andén cantan La Marsellesa, franceses que regresan a su patria.

*Famosa guía turística.

VOLUNTARIO DE LA GUERRA

Cuando el tren entra en Lindau, territorio alemán, cantamos otra vez *"Deutschland, Deutschland über alles"*. Saludamos a los territoriales bávaros que vigilan la estación. Cada uno de ellos es la Patria, el terruño. Cuando sus largas barbas se mueven a impulsos del viento, oímos claramente los rumores de las selvas alemanas. Sudando de dignidad, un mayor de la reserva, de abultado vientre, corre a lo largo del tren y grita:

—Que nadie descienda.

Los barbudos ya no sonríen. Severos e inaccesibles se paran soldados ante las puertas de los vagones. Por fin podemos descender. Nuestros documentos son rigurosamente controlados, nuestros equipajes revisados. Nuestro sentimiento se estrella ante el orden incommovible. Después de largas horas de espera, somos embarcados en un tren de carga.

Cada vagón tiene la inscripción de "16 hombres u 8 caballos". Rústicas tablas resinosas sirven de asientos. No sabemos dónde nos lleva el tren. Qué importa eso: donde quiera que se detenga será una ciudad alemana.

Todavía suenan en mis oídos los gritos de los franceses que decían que Francia había sido atacada. Ahora leo en los diarios que Alemania fue atacada, y lo creo. El canciller dijo: "Aviadores franceses arrojaron bombas sobre territorio bávaro, Alemania fue invadida". En las estaciones del ferrocarril nos regalan tarjetas con la fotografía del Kaiser, con esta inscripción: "Ya no conozco partidos".

El Kaiser ya no conoce partidos. Aquí lo dice bien claro; el país ya no conoce razas, todos hablan un idioma, todos defienden a una madre: Alemania.

Cuando pasamos sobre puentes no se pueden abrir las ventanillas. "Cuidado con los espías", dicen unos carteles. "Cuidad vuestras conversaciones" dicen otros. Cuanto más dura el viaje, más desconfiamos. Se dice que son legión los espías rusos y franceses. Miro a mi vecino, un honrado comerciante en ganados de Bavaria, cuya roja papada tiembla de emoción. Mi vecino me mira a mí y bajamos forzosamente la vista. El ambiente está cargado de desconfianza.

He resuelto no volver a casa. En Munich dejamos el tren a altas horas de la noche. Voy a un hotel. A la mañana siguiente me presentaré como voluntario.

No es tan fácil ser soldado. Los cuarteles están cargados de voluntarios, en la infantería y en la caballería me rechazan, debo esperar, por el momento no se anotan más voluntarios. Vago por las calles de Munich. Hay un tumulto; alguien pretende haber oído conversar en francés a dos

mujeres. Las mujeres fueron apaleadas. Protestan en lengua alemana, afirman ser alemanas. De nada les sirve, con vestidos rotos, cabellos revueltos y caras sangrientas son llevadas a la comisaría por un policía.

En el jardín inglés me siento en un banco. Una suave brisa acaricia las viejas hayas, son hayas alemanas, en ninguna parte del mundo crecen tan magníficas. A mi lado está sentado un individuo macilento. Se levanta y se va, regresa junto con otras personas.

Sorprendido veo que me señala primeramente a mí y luego a mi sombrero, el cual lleva en el forro en letras grandes, el nombre de un fabricante de Lyon. Tomo mi sombrero y me voy, el grupo al que se agregaron otros curiosos, me sigue, oigo primeramente en forma aislada y luego colectiva al grito de "un francés, un francés". Pienso en las "francesas" de antes, las dos señoras maltratadas, y apuro mis pasos. A mi lado corren niños que me señalan con el dedo y gritan: "un francés". Afortunadamente tropiezo con un policía. Le muestro mis documentos. La gente nos rodea. El policía les hacer ver mis documentos y malhumorados y protestando se dispersan.

Por la tarde me veo arrastrado por una manifestación que se dirige hacia el consulado italiano. Italia combatirá a nuestro lado, se dice.

Cantamos "*Deutschland, Deutschland über alles*", vivamos a Italia y a la lealtad de nuestros aliados.

A la mañana siguiente me presento en el cuartel de artillería. El médico me revisa y sacude la cabeza. Tengo miedo que no me acepten. Le digo que el primer golpe

de vista engaña, que soy sano y fuerte, quiero que se me acepte, quiero ir a la guerra. El médico sonrío bondadoso, estoy aceptado.

El uniforme viejo y muy usado, me bailotea sobre el cuerpo, las botas me aprietan y los pies me duelen, pero estoy orgulloso. Al fin soy soldado, aceptado en las filas de los defensores de la Patria. No distingo.

un soldado de un general, por lo que saco el pecho y saludo a todo el que encuentro. En el tranvía me habla un tipo hinchado de cerveza quien saca del bolsillo una petaca. La abre; a la izquierda hay buenos cigarros, a la derecha cigarros ordinarios con anillo llamativo, me muestra los ordinarios y me insta a servirme uno. Jovialmente me da una palmada y me dice:

—Perdone, señor guerrero, désela en buena forma a los franceses degenerados.

En la próxima esquina desciende sin haber pagado boleto.

Viejos suboficiales y jóvenes cadetes nos enseñan cómo debe pararse, y cómo moverse un verdadero hombre. Aprendemos que nunca será un héroe en la guerra quien en tiempos de paz no domina el paso prusiano. Dos o tres veces al día suenan las campanas, somos reunidos. Un oficial anuncia nuevas victorias, gritamos “hurra”, si las tropas siguen triunfando en esa forma, se ganará la guerra también sin nosotros.

A mediados de agosto abandonamos Munich, adornados con flores y acompañados por mujeres y niños. No mar-

chamos todavía al frente, salimos con rumbo desconocido. Viajamos días enteros. En una estación en la que paramos, vemos un tren hospital en la otra vía. Apoyado en muletas se arrastra un soldado al que le han cortado una pierna, su uniforme está rojo y salpicado con sangre. Por primera vez veo un herido. Veo una cara amarillenta y desencajada, ojos opacos y cansados. En el pecho siento un dolor punzante; tengo miedo. No quiero tener miedo, no quiero impresionarme, qué importamos nosotros, pienso en Alemania. En medio de la noche nos despierta un grito, cruzamos el Rhin. Corremos a las ventanillas, debajo nuestro corre negro y silencioso el Rhin. Los cadetes desenvainan sus sables.

— Atención — grita uno.

El otro canta “La Guardia del Rhin”. Nosotros cantamos y blandimos nuestros fusiles en forma amenazadora. Vivimos la borrachera de los sentidos. Las palabras *Alemania, patria, guerra*, tienen un poder mágico. Cuando las pronunciamos, no se disipan, siguen flotando en el ambiente, giran sobre sí mismas, se inflaman y nos inflaman.

En Belheim en el Palatinado, en las cercanías de la fortaleza Germersheim, hacemos campamento. El gran granero de una fábrica de productos químicos, que servía de depósito, nos sirve de dormitorio. Las emanaciones cáusticas de los ácidos mezcladas con el vaho que se desprende de nuestros cuerpos y de la paja húmeda que nos sirve de cama, creó el ambiente irrespirable, pero no nos quejamos. Cuanto más duro mejor. Los que están en las trincheras no tienen reparos de ninguna clase, cada privación nos acerca a ellos. Cuando llaman voluntarios para realizar los más

sucios y más duros trabajos, se presentan todos. Mientras limpio la letrina que apesta, me siento distinguido y elevado. Para comer hay mucho, demasiado, es mucho lo que cada día se arroja a los botes de la basura.

Nuestros jefes no saben realmente qué hacer con nuestro entusiasmo. Nos zarandean de lo lindo. Si ha llovido y el campo de ejercicios queda convertido en un lodazal, la voz de los suboficiales adquiere un tono dulzón al ordenar “cuerpo a tierra”, “de pie”, “cuerpo a tierra”, “de pie”. Nos tiramos en el barro, nos levantamos, nos volvemos a tirar y así durante horas enteras, cuando terminado el ejercicio nos miramos, ya no parecemos gente, cubiertos de lodo de pies a cabeza. En el camino de regreso, cruzando por las calles de la ciudad, cubiertos de barro, nos ordena el suboficial entonar la canción que empieza: “Como un águila orgullosa”.

Uno ruega se nos entregue paja fresca. El deseo no es satisfecho. Apenas cuando los insectos y las sabandijas nos impiden cerrar un ojo en toda la noche, y cuando durante la formación en la fila no hay un soldado que no se rasque, nos revisa el médico y al constatar que sin excepción todos tenemos ladillas y piojos, ordenan quemar la paja y desinfectar el local.

En enero de 1915 abandonamos el Palatinado. Antes de iniciar la marcha, el capitán nos lanza el siguiente discurso:

—Si bien vamos a parar a territorio alemán, la población del mismo es muy sospechosa, casi enemiga, por lo que habrá que cuidarse en modo especial. Seremos alo-

gados en casas de la ciudad, pero no debemos confiar en los ocupantes y de noche tendremos que cerrar bien las habitaciones y dormir con las armas listas.

El territorio alemán del que nos habló el capitán, es Alsacia-Lorena, desde hace treinta y cuatro años incorporado al Imperio.

Acuartelamos en los pueblos de los alrededores de Estrasburgo. Llevamos la denominación de "Batallón de reserva del regimiento I de artillería a pie". Vivo en casa de un ciudadano que lucha en los frentes de Rusia. Su esposa y su hija, cuyo marido a su vez combate contra los franceses en Francia, administran la casa. Se me recibe cariñosamente, con buena comida y mejor vino, pero soy desconfiado. La primer noche cierro perfectamente la puerta de mi habitación y cargo el fusil. Sueño que la vieja y la joven irrumpen en mi habitación y mientras la joven sujeta, la vieja me secciona la carótida con un cuchillo de cocina.

Gritando me incorporo, realmente han golpeado contra la puerta, afuera está la vieja que me pregunta si para el desayuno quiero huevos frescos, si tengo ropa sucia para lavar, me dice que no me preocupe por nada, que ella ya tendrá todo en orden. A la siguiente noche dejo mi puerta abierta y la bala en la cartuchera. En una ocasión, conversando con la joven, se mostró resentida de que la oficialidad y los funcionarios desconfiaran tanto. El soldado alsaciano es vigilado y espionado, la población civil es escarnecida, lo que no consiguieron los franceses, lo conseguirán los prusianos: romper los lazos que unían a los alsacianos con Alemania.

Seguimos siendo traqueteados a diario en el campo de ejercicios, continuamente nos dicen que nos tienen que afilar los huesos.

El avance alemán en Francia ha sido detenido, nadie sabe por qué. De la derrota en la batalla del Marne nada informaron los diarios. Los alemanes triunfan continuamente; a pesar de eso París no ha caído, a pesar de eso la guerra continúa.

Llegó marzo de 1915. La inactividad se vuelve inaguantable. Pasamos más de la mitad del día parados, esperando. Entre esperas y baqueteo pasa el tiempo. De cuando en cuando solicitan soldados desde el frente. Cuando un día el capitán elige a tres hombres para agregar a una columna que irá a Francia, y pasa como de costumbre ante mí, en un gesto antimilitar salgo de la fila y me presento.

—Usted no es bastante fuerte — me dice el capitán.

—Soy más fuerte de lo que se imagina. No aguanto más aquí, quiero ir al frente.

El sargento queda tieso, con la boca abierta. Los suboficiales me lanzan miradas furiosas. El capitán no sabe en buena ley qué hacer. Se da vuelta y furioso le grita al sargento:

—¡A las trincheras con él!

EN EL FRENTE

Viajamos sobre Metz en dirección al frente. Al principio mantenemos a gritos nuestra conversación; cambiamos palabras tontas, vanas, sin sentido.

Estiramos nuestros cuerpos y con mirada dura escudriñamos en la noche. Nos sentimos soldados del frente, abrimos nuestras cartucheras, contamos las balas y manobramos con los cerrojos de nuestros fusiles. Las palabras adquieren un tono más bajo, llegan al murmullo. Se apagan las luces de los vagones, con reflectores cegados avanza el tren. Ya nadie habla, respiramos silenciosamente. La actitud forzada se desvanece, ya no jugamos a los soldados del frente porque sentimos el frente. En seguida de pasar Metz resuenan en nuestros oídos los disparos de cañón.

El tren para en medio del campo. Descendemos. Nos esperan. En la oscuridad no reconocemos quiénes son. Marchamos en la noche. La lluvia nos cala hasta los huesos, las mochilas nos aplastan. Llegamos a una aldea. Tropezamos al andar. El guía golpea en una ventana. Se abre

una puerta y penetramos en la cocina de la columna de artillería, a la que hemos sido incorporados. Un soldado nos alcanza café caliente.

— Tres valientes voluntarios — grita nuestro guía.

— Tres idiotas más — dice el cocinero.

Me despierto al alba. Recorro las calles de la aldea; paso delante de ennegrecidos muros de casas cañoneadas; caigo en pozos de granadas, que destrozan las calles. La puerta de la iglesia está abierta. La luz gris penetra por los ventanales destrozados; mis pesados zapatos resuenan sobre los mosaicos del piso. Ante el altar está tirado un soldado. Me inclino sobre él. Está muerto. La cabeza partida, se separa en dos mitades como enorme cáscara de huevo, dejando el cerebro al descubierto.

Nuestros cañones están apostados a mitad de camino a Pont-au-Mousson. Llegamos allí por la mañana, llevando cubos con café y pan para las tropas. Los soldados con el pecho desnudo están sentados en las trincheras. Las camisas sobre sus rodillas, matan los piojos que se anidaron en las costuras.

En camino al cañón, oigo el rugido de un motor de aeroplano. Curioso, me detengo a mirarlo y reconozco en la insignia tricolor la procedencia del aparato.

— Cuerpo a tierra — grita nuestro jefe.

Se oyen silbidos: el aviador dejó caer sobre nuestro grupo dos flechas de acero. No hay ningún herido.

— Ni siquiera un rasguño para poder volver a casa — dice el jefe del grupo —. Tu antecesor tuvo más suerte — agre-

ga dirigiéndose a mí—, justamente cuando estaba sentado en la letrina lo alcanzó un trozo de *shrappnell*. Ahora está tranquilo en el hospital.

El puesto de observación está situado cerca de la cima del monte. Observo con el catalejo y veo las trincheras francesas, detrás de Pont-au-Mousson, la ciudad destrozada, el río Mosela. Empiezo a distinguir; por las calles de la ciudad, un batallón de soldados franceses. Los soldados se separan, entran aisladamente en las zanjas que conducen a las trincheras. Otro grupo de franceses se acerca.

—¿Ve usted a los franceses? — me pregunta el teniente que observa la escena por el otro catalejo.

—Sí — le contesto.

— Les daremos yesca.

—Granada a dos mil doscientos — grita el teniente al telefonista.

—Granada a dos mil doscientos — repite éste.

Sigo mirando con el catalejo. Una ola de fiebre roja invade mi cerebro; se apodera de mí la misma emoción que experimenté ante la mesa de juego; como durante la cacería, mi corazón late como un tambor; las manos se agitan. Se percibe en el aire un rumor confuso y allá enfrente, en la ciudad ocupada por los franceses se eleva una nube de polvo.

Los franceses corren en todas direcciones. Pero no todos, pues algunos quedan tirados, muertos, heridos:

—Un blanco perfecto — dice el teniente.

—¡Hurra! — grita el telefonista.

—¡Hurra! — grito yo.

Cada mañana a las once, con matemática puntualidad, estalla una docena de *shrappnells* sobre nuestra batería. Ya estamos acostumbrados, sabemos cuáles son los cañones enemigos que nos toman de blanco y respondemos una hora más tarde. A las once menos cinco dice José:

—Vamos. Adentro todo el mundo.

—Tan pronto no tiran; tenemos dos minutos de tiempo todavía —le contestamos.

Después desaparecemos en el interior de la trinchera y jugamos a las cartas. Los tiros franceses no dañan nuestros cañones. Nuestros tiros no dañan a los cañones franceses. Se tira como señal de que la guerra continúa, que los de allí enfrente todavía están, que nosotros también estamos. Estamos sentados en la trinchera. Las once, las once y dos, las once y diez minutos.

—¿Por qué no tiran? ¿Se les habrá atrasado el reloj?

—pregunta José.

Seguimos jugando pero el silencio es impresionante.

A veinte pasos de nuestro cañón estalla una granada.

—¡Al fin! —dice Alois.

Estalla otra granada.

—Esos no son nuestros franceses —grita José. Y abandona las cartas.

Un casco de granada vuela ruidosamente contra la entrada de la trinchera.

Suena el teléfono.

—Todo el mundo al corredor blindado.

Nos precipitamos en el corredor, que desde la trinchera penetra oblicuamente en dirección al mon-

te. El techo, sobre nuestras cabezas, apenas tiene treinta centímetros de espesor. Sobre él hay tirantes y láminas, un blanco certero nos convertiría en papilla. Pero este corredor blindado nos da la sensación de absoluta seguridad. Una lluvia de metralla estalla sobre nuestro refugio.

Nuestro territorial más viejo, mozo de labranza en Berchtesgaden, saca de su bolsillo un rosario y reza en voz baja; Franz, en cambio, canta una canción tirolesa.

—Cállate la boca —le dice enojado Sebastián—, no peques.

Con espantoso estrépito, tiembla nuestro refugio. Vuela nuestro depósito de municiones número 2. Sebastián deja de rezar; Franz mira fijamente al techo. Durante dos horas siguen cayendo granadas a nuestro alrededor. La espera paraliza. Ninguna orden llega del puesto de observación. Tal vez estén cortados los hilos telefónicos.

Ahora contesta nuestra artillería pesada.

—Dos tienen que salir —dice el suboficial.

José y yo saltamos afuera; a la carrera subimos la pendiente; balas y cascos de metralla silban a nuestro alrededor. Llegamos al puesto de observación. El fuego enemigo ha amainado. De vez en cuando se hunden granadas en nuestro monte, granadas de tiempo, que cuando explotan, levantan nubes de piedras y polvo a considerable altura. Cuando regresamos al lugar de nuestros cañones observamos la devastación causada.

—Farsa —dice José.

—Guerra —dice Sebastián.

Al fin estamos en descanso. Hace semanas que no me quito el uniforme, hace semanas que no me lavo. Busco un balde de agua, arranco mis ropas y con jabón y cepillo me doy satisfacción agradable. Mientras estoy en eso, desnudo y resoplando, se acerca Sebastián, el mozo de labranza de Berchtesgaden. Es religioso y no comprende por qué hay guerra. Cuando de casa le mandan jamón y tocino, se sienta en un rincón con la espalda apoyada contra la pared, mira hurañamente, come y piensa. Con toda seguridad que los culpables de esta “ensalada” son los prusianos. Esos nunca pueden callarse la boca. A causa de ellos tuvo que morir el rey Luis II. ¡Si ése viviera! Algunos dicen que no se ahogó, que aún vive. Bismarck los embromó bien a los bávaros. Su abuelo, durante la guerra de 1866 tomó, él solo, seis prusianos prisioneros. “Ríndanse, les grito, los bávaros han llegado”. Y ahora nos beben nuestra buena cerveza. Cuando Sebastián me ve en ese estado se queda parado, y asustado cierra los ojos. Los vuelve a abrir, carga su pipa y mirándome de reojo dice:

— Ahora sabemos por qué tenemos guerra. El prusiano se lava desnudo —. Escupe furiosamente y se va.

En sótanos y graneros, en cuartuchos y cocinas viven los habitantes franceses que durante la guerra permanecieron en los pueblos de la línea del frente, náufragos que vagan sobre balsas y a los que mañana una tempestad empujará hacia el abismo. Testigos impotentes de su propia ruina, la aldea en que nacieron y en la que vivieron sus padres y abuelos está destrozada por la metralla; los campos son

arados por los cañones; la siembra la realizan las granadas. Muerte y destrucción es la cosecha que recogen.

Lo que los franceses necesitan para no morir de hambre lo reciben de los alemanes, pero por un trozo de pan y de queso se vende más de una mujer.

Soldados y campesinos se llevan bien, se comprenden y conocen sus costumbres cotidianas, se sinceran y sacuden sus cabezas cuando oyen la palabra “guerra”. Reniegan cuando los comandos dan órdenes sin sentido, y si las mujeres tienen que formar para realizar trabajos abyectos, blasfeman en común: “Mierda”. No precisamos temer, que no nos quedará nada que hacer. No se vislumbra el fin de la guerra; los ejércitos se han acuartelado en las trincheras de Francia, Polonia, Rusia, Asia, etc. Los soldados entonan canciones alusivas a la lentitud de las operaciones.

Nuestro jefe de sección es estudiante de Medicina. Perteneció a la escuela de cadetes, de donde fue expulsado y obligado a dejar el uniforme. Durante la guerra se le nombró reemplazante de oficial. Tiene galones de teniente. Nos burlamos de su presunción, vanidad y delirio de grandeza. En una ocasión, al pasar a mi lado no lo saludé con suficiente espíritu militar. Al día siguiente, al leer el suboficial el informe diario, dice:

—Hasta nueva orden, Toller se presentará diariamente a las once y quince horas, con mochila, en pie de guerra, en el puesto de observación.

A las once y quince estoy presente en el puesto de observación. El teniente Siegel está sentado a la mesa y lee. Me presento al suboficial Sedlmeier.

— Los calcetines no están enrollados en forma reglamentaria — dice.

— Regrese y vuelva a presentarse nuevamente — murmura el teniente Siegel con voz seca.

Corro cuesta abajo por la pendiente, que a esta hora es barrida por el fuego enemigo. Sudando entro en la trinchera, arreglo reglamentariamente los calcetines y vuelvo a salir corriendo.

— ¿Dónde están las vendas? — pregunta Sedlmeier.

— Las dejé en mi capote — contesto.

— Regrese — bufa el teniente.

Seldmeier se cuadra y sonrío neciamente.

Vuelta a correr para abajo y arriba.

La sangre me hierve de rabia.

Tres días se repite este juego infame.

Estoy tirado en mi camastro sin poder dormir, con la mirada fija en cualquier parte.

— Si esto sigue así, mataré a ese tipo — digo en voz alta.

— ¿Por qué te odia tanto? — me pregunta Franz.

— No lo sé.

— Pero yo sí. Los intelectuales no se toleran.

A la mañana siguiente me presento al mayor que comanda la batería.

— Voluntario de guerra Toller para informe.

El mayor, un oficial de escuela, de Karlsruhe, con cara bondadosa de bebedor de cerveza, me mira sorprendido. He violado el reglamento, me debía castigar con arresto. Le cuento lo ocurrido. El mayor escucha en silencio, sé que tampoco él ve con buenos ojos al teniente.

– Siéntese y beba un aguardiente – me dice. ¿Qué quiere que haga con usted?

– Quisiera irme, señor mayor.

– ¿Dónde?

– Con preferencia a la infantería.

– ¿Por qué a la infantería? ¿Qué tiene usted contra la artillería?

– Disparamos y no sabemos sobre quién; los de enfrente disparan y no saben quién ha sido. Quiero ver al enemigo contra el que lucho.

– ¿Usted escribe versos?

– A sus órdenes, señor mayor.

– Probablemente modernos. Como poeta combate el romanticismo, como soldado desea usted una pequeña guerra romántica. Salud.

– Salud, señor mayor.

– ¿Dónde quiere ir usted?

– A las ametralladoras en el Priesterwald.

– Por mi parte de acuerdo, si sale de ahí con vida, envíeme sus nuevos versos.

– A sus órdenes, señor mayor.

Dos horas más tarde me dice el sargento que he sido trasladado. Cargo mi mochila en forma desordenada y me anuncio al teniente Siegel. Me recibe con sonrisa melosa.

– Vamos a reconciliarnos – me dice. Y quiere estrecharme la mano. Le doy la espalda y me retiro.

– ¡Alto! – grita.

Me detengo y me cuadro frente a él.

– ¿No ha visto usted que le extendí mi mano?

—Sí, mi teniente.

—¿Qué le ocurre?

—Si es una orden militar —le digo extendiendo mi mano.

Su delgado cuello se congestiona.

—Váyase al diablo.

—Sí, mi teniente.

Bosque cañoneado. Dos pobres palabras. Un árbol es como una persona: el sol lo ilumina; tiene raíces, las raíces penetran la tierra, la lluvia las riega, el viento acaricia sus ramas, crece, muere. Poco sabemos de su crecimiento y menos aún de su muerte. Se rinde al viento otoñal como a su realización, pero no es la muerte la que llega, es el reconfortante sueño del invierno.

Un bosque es un pueblo. Un bosque cañoneado es un pueblo inmolado.

Los troncos sin ramas están en pie y ni siquiera la noche, con su negro manto, consigue cubrirlos. Los vientos mismos soplan sobre ellos sin reconocerlos.

A través de uno de estos bosques, uno de los muchos que se pudren en toda Europa, el Priesterwald, se extienden las trincheras alemanas y francesas. Estamos tan cerca unos de otros que si sacáramos las cabezas podríamos conversar sin levantar la voz.

Dormimos encogidos en el fondo enlodado de nuestras trincheras. De las paredes brota agua; nuestro pan es roído por las ratas; nuestro sueño es roído por la guerra y la Patria. Hoy somos diez hombres, mañana nada más

que ocho, dos han sido despedazados por las granadas. No enterramos nuestros muertos. Los colocamos en pequeños nichos excavados en las paredes para que nos sirvan de lugar de descanso. Cuando camino agachado a lo largo de nuestra trinchera, no sé si paso a lado de un muerto o de un vivo. Aquí tanto los muertos como los vivos tienen las mismas caras de color gris amarillento.

No siempre tenemos que buscar un lugar para colocar los muertos.

A menudo sus cuerpos quedan tan destrozados, que únicamente algún trozo de carne incrustado en un tronco de árbol los recuerda.

O agonizan en las alambradas entre las trincheras.

O cuando estalla alguna mina subterránea, la misma tierra hace de sepulturero.

A nuestra derecha, a trescientos metros de distancia, en el *Caldero de las Brujas*, hay un fortín que ya ha sido ocupado veinte veces por los alemanes y otras tantas por los franceses. En sus alrededores descansa un montón informe de cadáveres. Los cuerpos están entrelazados como en un gran abrazo. Un hedor espantoso salía de allí. Ahora todo está cubierto por una capa de blanca cal.

Las ametralladoras son retiradas de ese sector; soy enviado a una sección de artillería al Este de Verdún. Las copas verdes y tupidas de viejas hayas nos ocultan de la vista de aviadores enemigos. Tiramos, nos tiran. En general vivimos una vida tranquila y aburrida. Solamente hay quejas por la mala calidad de la comida. Los sargentos y suboficiales comen filetes asados y se llenan las tripas y eso nos

hace mala sangre. También es mal visto el hecho de que los oficiales en descanso se hacen edificar un nuevo casino, mientras que en nuestras trincheras corre el agua y nos falta lo más elemental para cubrirnos de las inclemencias del tiempo. En las cercanías de nuestros cañones se está construyendo un refugio subterráneo de cemento armado para el Estado Mayor, con todo confort y comodidades. Un albañil de nuestra sección dice que cuesta veinte mil marcos. Con ese dinero creo que se puede apeaar más de un invierno de guerra.

Rumores graves circulan de boca en boca. Allí, se afirma, ha habido sublevación de soldados; más allá los alemanes y los franceses, de común acuerdo han resuelto suspender la guerra; por otro lado se dice que soldados arrojaron a los pies de un general lo que les daban por café y que un oficial encontró la muerte en la trinchera en manos de sus propios soldados.

Se anuncia la llegada del Kaiser. Tenemos que formar. El capitán designará a los soldados que tengan los uniformes más limpios. Serán los cocineros, escribientes y ordenanzas de oficiales, los únicos revistados por el Kaiser, cuyos pechos ostentarán provisionalmente cruces de hierro. Los soldados protestan, dicen que los cerdos del frente no tienen nada que hacer allí. La noticia de que a los elegidos para ser revistados le sacan todas las balas de sus cartucheras, antes de enfrentarse con el Kaiser, produce hilaridad sarcástica.

Con los oficiales activos es con quien mejor nos entendemos. Su comprensión respecto a las necesidades y

asuntos de interés, les hace ser más prácticos. No pierden tiempo en menudencias. En cambio los oficiales de reserva, en su mayoría pequeños burgueses, no pueden con su orgullo. Se hacen odiar y en toda oportunidad fastidian como si tuvieran que demostrar cuán poderosos señores han llegado a ser.

De su casa Franz recibió un impermeable y un joven oficial de la reserva se lo retuvo, sosteniendo la improcedencia del uso de esa prenda, pues el soldado debe acostumbrarse a la lluvia y al barro; la guerra no permite concesiones. Si hoy el simple soldado pudiera usar impermeable, mañana exigirá gorra de oficial.

— Los oficiales pueden morir como nosotros, pero no vivir como nosotros — dice Franz.

Sabemos de la guerra únicamente lo que se desarrolla en nuestro sector. De los otros frentes hablan los diarios. En cuanto a las luchas en las que intervenimos directamente sólo adquieren forma cuando leemos el informe: la concepción primitiva cambia en sus contornos o es borrada y suplantada.

De acuerdo a los informes que se leen en los diarios, los franceses son una raza degenerada; los ingleses cobardes almas de tenderos; los rusos unos cerdos. El afán de rebajar al enemigo, de insultarlo y enlodarlo es tan repelente que indignado por ello envió al diario *Kunstwart* un artículo, en el cual protesto por una actitud que nos rebaja a nosotros mismos. El redactor me manda de vuelta el artículo con frases tortuosas en las que pretende darme satisfacción alegando que se trata de consideraciones ten-

dientes a no lastimar la opinión pública, etcétera, etcétera. Con todo, la opinión pública en la Patria está disciplinada, nosotros los soldados del frente escupimos sobre ella.

El pueblo X debe ser evacuado. A las siete de la mañana viene la orden y a las siete y treinta minutos el último habitante abandona el pueblo. A las ocho de la mañana recorro sus calles silenciosas, entro en las casas cuyas puertas abiertas a nadie detienen ni a nadie invitan.

Sin embargo no estoy solo. Las habitaciones y corredores están impregnados del calor de los que en ellas vivían, tampoco las cosas se han desligado de sus dueños; los picaportes conservan la presión de las manos, en los utensilios de cocina están fijas aún las miradas del ama preocupada; armarios y cómodas guardan en su interior vestidos y ropa interior; el olor de horas corrientes y horas de fiesta, las cosas inanimadas se desligan más difícilmente de la gente que la gente de ellas, y aun cuando la persona haya muerto hace tiempo, siempre queda en las cosas algo de ella.

Aquí la gente ha abandonado sus casas por los efectos de la guerra. No pudieron llevar consigo más de lo que pudieran cargar en sus brazos; cada habitación da cuenta de lo doloroso de la elección. Una mujer había hecho un paquete de ropas de cama y lo dejó. Otra arrancó los vestidos del ropero y luego los dejó sobre una silla. Otra, madre o hijo, hicieron un bulto con los juguetes para luego separarse de ellos.

En las abandonadas calles de la silenciosa aldea no hay nadie para preguntarle nada, sin embargo digo en voz alta, como si diera satisfacción a los moradores prófugos:

—Tenía que ser, también esto tenía que ser.

Y con pasos precipitados me alejo de la aldea; nadie podrá detenerme. ¿Ante quién huyo?

He ascendido a suboficial. Cada noche tengo servicio con la infantería en la trinchera, tenemos que localizar los cañones enemigos. Por la pausa que existe entre la luz y el sonido de la explosión se calcula su ubicación.

Nos relevamos en tres grupos para hacer guardias: la primera empieza a las ocho de la noche, la segunda a las doce y la tercera a las cuatro de la mañana. Tras de unas horas de sueño abandonamos el refugio donde están los cañones y caminamos silenciosamente por los caminos enlodados en dirección al bosque que está detrás de la tercer posición.

Ruidosamente estallan granadas y *shrappnells*; el eco multiplica los ruidos. Tropezamos contra troncos de árboles, saltamos de un pozo de granada a otro, en pantanos, entre el barro. La luz amarillenta de las granadas al explotar ilumina los troncos. No miramos nunca al cielo, no sabemos si está estrellado o si la oscuridad nos cubre. Finalmente llegamos a la trinchera y los ojos se separan de la tierra.

Estamos parados detrás del parapeto, al acecho. Balas de fusil salpican la tierra a nuestro alrededor, granadas vuelan sobre nuestras cabezas, cohetes luminosos se elevan, se ciernen con luz pálida, blanca, sobre las alambradas; todos los ruidos se mezclan con los rumores de la noche. Allí en la lejanía brillan las bocas de los cañones. Enfocamos con nuestros catalejos y conta-

mos los segundos hasta que con sordo rumor estalla el proyectil. Pero sobre todos estos hombres, la noche suaviza nuestros corazones, con grande y solemne velo cubre la tierra a sus criaturas. La respiración se normaliza, el pulso se aquieta, nos acoge en el torrente de las leyes inmutables.

Una noche oímos gritos desesperados, como si el que los profiriera sufriese horribles dolores. Alguien habrá sido herido de muerte, pienso. A la hora se repiten los gritos. Ya no terminan. No terminan esa noche, no terminan a la noche siguiente. Grito sin palabras que se prolonga. —No sabemos si surge de la garganta de un francés o de la de un alemán. El grito tiene vida, acusa al cielo y a la tierra. Presionamos nuestras manos contra los oídos para librarnos de él. En vano, el grito que es más bien aullido, gira como un trompo en nuestras cabezas, extiende los minutos a horas, las horas a años. Envejecemos entre grito y grito.

Hemos averiguado de quién partían esos gritos; es uno de los nuestros, está aprisionado entre las alambradas. Nadie puede salvarlo. Dos que lo han pretendido, no volvieron. Es el hijo de una madre que con gritos pretende librarse de la muerte. Hace tanto daño oírlo que si esto dura mucho nos volveremos locos todos. Al tercer día la muerte le tapa la boca.

Veo y no veo a los muertos. Siendo niño, en las ferias visité las cámaras de tortura; en ellas se veían las figuras de cera de los emperadores y reyes, de los héroes y de los grandes asesinos. Los muertos tienen la misma irrealidad que causa pavor pero no mueve a compasión.

En la trinchera estoy removiendo la tierra con el pico. La acerada punta queda enganchada en un objeto extraño. Hago presión y lo arranco, trae consigo una tira enlodada que observo atentamente. Es un intestino humano. Un muerto estaba enterrado en este lugar.

Un muerto.

¿Por qué me detengo? ¿Por qué me obligan estas dos palabras a detenerme? ¿Por qué presionan mi cerebro con la fuerza de un torno? ¿Por qué me cierran la garganta y me presionan el corazón?

Dos palabras como otras cualquiera.

Un muerto.

Quiero, por fin, olvidar estas dos palabras. ¿Qué es lo que encierran en sí, para impresionarme y dominarme?

Un muerto.

De pronto, como si repentinamente se separara la luz de la oscuridad, la palabra de su significado, abarco la sencilla verdad: Humanidad. La había olvidado, la había enterrado, sepultado.

Un muerto.

No un muerto francés. No un muerto alemán.

Un muerto.

Todos estos muertos eran hombres, todos ellos respiraban como yo. Todos estos muertos tenían padre y madre, esposas que los querían, un campo que cultivaban, caras que decían de sus alegrías y sus dolores, ojos que veían la luz y el cielo. En esta hora sé que estaba ciego, porque estaba deslumbrado; en esta hora sé al fin, que todos estos muertos, franceses y alemanes, eran hermanos y que yo soy su hermano.

Ya no puedo pasar a lado de un muerto sin detenerme, escrutar su rostro, cuya pátina terrosa lo separa por siempre de la época presente. ¿Quién eras, pregunto, de dónde has venido, quién te llora? Nunca pregunto: ¿Por qué tuviste que morir, quién tiene la culpa? Todos defienden a su Patria, el alemán a Alemania, el francés a Francia, todos cumplen con su deber.

Me dirijo a la cocina de campaña en busca de café. Al borde del camino hay un soldado sentado, un niño aún. El uniforme gris le bailotea sobre su magro cuerpo como si no le perteneciera, como si fuera de su padre y lo usara para jugar. El soldado llora; cubre su rostro con las manos, clava las uñas en las palmas. Los brazos se aflojan, caen sin fuerza a tierra, el cuerpo se derrumba.

—Muchacho —le digo.

El niño se yergue, sin ver.

—Muchacho —le repito.

El niño se sienta, tieso. Lágrimas brotan de sus ojos. Sin voluntad, las deja correr. Toco sus hombros, con gesto cansado indica con su cabeza a sus espaldas.

Allí hay otro niño, una gorra cubre su cara. Levanto la gorra. Rubios cabellos caen sobre su frente, los ojos en la cara delgada y angulosa están cerrados, la boca, el mentón... pero no es más que una masa sanguinolenta, el niño está muerto.

—Era mi amigo —dice el primero—, íbamos a la misma escuela, en la misma clase. Era un año más joven que yo, no tenía diecisiete años. Yo me presenté voluntariamente, él no pudo, su madre no se lo permitió, era hijo único. Estaba

avergonzado, ambos le rogamos a la madre, al fin cedió. Hace sólo una semana que llegamos al frente, ahora está muerto. ¿Qué le escribiré a la madre?

Quiero decirle: "Escríbele que cumplió con su deber", pero no lo hago, algo me deja un gusto insípido en la boca, recojo mi cafetera, y al irme le grito:

—No le escribas nada, y deja de llorar, muchacho.

Nuevamente primavera. En los claros del bosque, de las tumbas de los soldados crece la hierba, la capa de tierra que cubre estas tumbas es muy delgada, demasiado delgada, de una de ellas la tierra fue removida por la lluvia; como espectáculo dantesco surge de la tierra un par de botas.

—Calzaba del número 48, dice a mi lado un soldado de infantería berlinés.

Dentro de las botas un par de pies y piernas en descomposición, pies que marcharon sobre los campos de Rusia y Francia, que aprendieron el paso de parada, que en revistas desfilaron ante generales y tal vez ante el Kaiser, pies que cambiaron posiciones a la carrera, que se afirmaron al piso cuando se trató de defender una alambrada de púas, tuvieron más valor que una cabeza pero menos que un fusil. Millones de pies se descomponen en las tierras de Europa, las botas se las dejaron en la tumba como a los reyes les dejan el cetro al enterrarlos.

Con la bayoneta aflojo terrones de tierra y cubro los pies que "han cumplido con su deber".

Detrás de nuestras líneas cayó envuelto en llamas un avión francés, el aparato quedó destrozado, el piloto

carbonizado, solamente las botas amarillas de piel de Rusia quedaron intactas. Ahora las usa el cabo del segundo cañón. Presume con ellas ante las niñas de la aldea francesa. “Qué elegantes son” ríen las niñas y el cabo orgulloso cuenta cómo las conquistó. Las niñas asustadas bajan la vista y callan.

– Aviador *kaput*, la France *kaput* – dice el cabo.

– Jamás – contesta enojada una de ellas.

– Tú y yo amor – dice el cabo y une los dedos.

Trece meses permanezco en el frente, las grandes emociones se vuelven insensibles, las grandes palabras empequeñecen, la guerra se convierte en algo natural, el servicio del frente en labor diaria, los héroes en víctimas, los voluntarios en encadenados, la vida en un infierno, la muerte una bagatela, todos somos tornillos de una máquina que se arrastra adelante, nadie sabe dónde, que retrocede, nadie sabe por qué, nos aflojan, nos afinan, nos vuelven a apretar, nos cambian, nos tiran por inservibles, la inteligencia va en sentido contrario, lo que ardía se consumió, el dolor borrado, el suelo del que surgía acción y beneficios es un desierto inculto.

Los anillos de seguridad de las granadas de tiempo los golpeamos despreocupadamente. El otro día reventó una y destrozó dos hombres. Todo nos es indiferente.

Me presento para la aviación, no por valentía, tampoco por afán de aventuras, quiero escaparle a la masa, a la vida en masa, a la muerte en masa.

Antes de ser incorporado a la nueva arma, caigo enfermo. Corazón y estómago fallan. Me envían a un hospital

en Estrasburgo. Es un silencioso convento de franciscanos. Monjes atentos y silenciosos me cuidan solícitamente. Soy dado de alta después de muchas semanas. Soy inepto para la guerra.

QUIERO OLVIDAR LA GUERRA

Estudio en la Universidad de Munich. Mi ambición no conoce límites, curiosidad errante me lleva de clase en clase. Los cursos sobre derecho público los escucho con la misma grave atención que las conferencias de Woelfflin sobre Durero y Holbein. Siempre está mi oído alerta, artículos y párrafos, formas y estilos, deben esconder un secreto, un reglamento, un sentido. Lo particular despierta mis ansias de saber, lo común que busco, me queda oculto.

Me divierto durante los cursos de literatura histórica del profesor Kutscher. El uniforme de capitán, la cruz de hierro sobre el pecho, apoyándose ligeramente en la muleta, está parado durante la cátedra en forma elegante y despreocupada. Una vez por semana invita el profesor Kutscher a sus alumnos a la cervecería. Thomas Mann, Karl Henckell, Max Halbe, leen capítulos de sus obras; Frank Wedekind canta sus magníficas y diabólicas baladas. Después paseamos horas enteras por las calles nocturnales, nos gritamos mutuamente las palabras de moda en la crítica de la literatura, defendemos y condenamos autores y obras. Cada uno tiene los bolsillos llenos de manuscritos, cada uno sueña

con la gloria, cada uno se considera merecedor de ser él, el elegido. El estudiante Weiss habla siempre de su nuevo tomo de poesías, escribe diariamente doce versos, algunas veces también quince, los rimados por la mañana, los de ritmo libre por la noche, todos los tiene anotados en borrador, los idílicos con tinta roja, los trágicos con tinta negra. Según dice, Goethe escribió ochenta tomos, él piensa llegar a escribir un cuarto de millar.

Thomas Mann me invita a su casa. Los bolsillos de mi casaca están abarrotados de manuscritos de poesías; nerviosamente me muevo en mi silla. ¿Cuándo será conveniente leerle algunas? Por fin me decido.

“Hum” dice y vuelve a repetir: “Hum”. ¿Es aprobación? ¿Es censura?

Toma algunos manuscritos y lee conmigo cada renglón; elogia estos y dice por qué los otros no están bien. Su paciencia es admirable, paternal; medido en su consejo. Guarda algunos papeles. Dos días más tarde me escribe una carta muy larga, los estudió nuevamente y aconseja al joven, quien nunca olvidará su noble actitud.

En una librería me encuentro con Rainer María Rilke.

—Desde hace dos años no he escrito un verso, la guerra me ha enmudecido — dice en voz baja.

¿La guerra? Esta palabra nubla mi mirada. Desde hace semanas que no compro un diario: no quiero saber nada de la guerra, no quiero oír nada.

Visito los museos de arte, voy con la mujer que amo a los lagos bávaros, escuchamos conciertos: Bach, Beethoven, Schubert. En la gloria de la música olvido la queja del

hombre que se consumía entre las hileras de tumbas detrás de las líneas del frente. Todo es nuevo y venturoso. Calor y silencio, y libros, y palabras de los amigos. Las preocupaciones de la patrona, el baño caliente, la cama. Allá pasaban semanas sin que me quitase la ropa. De noche dormía sobre paja en descomposición o sobre la tierra húmeda. Después de un año se me concedió una pequeña licencia para visitar a los míos. De paso permanecí durante veinticuatro horas en Berlín. Había tomado una habitación confortable en un hotel de lujo, solamente una hora para dormir, para después pasear entre la multitud, mirar vidrieras, sentarme en los cafés, observar a las mujeres. Pero cuando las blancas y frescas sábanas me acogieron, me olvidé de Berlín y de todos mis propósitos y permanecí en cama durante las veinticuatro horas.

Ando por la primavera en el Paseo Inglés. Florecen las blancas campanillas, las primeras violetas se esconden modestamente, los árboles están llenos de pimpollos; suavemente brilla el verde claro, aterciopelado de las extensas praderas cubiertas de césped. Ante el pabellón japonés están sentadas jóvenes mujeres con sus vestidos claros, niños que cantan, acordes de música, la gente es feliz. Respiro la tranquilidad y la gloria del sol, quiero olvidar la guerra.

Pero no puedo olvidar. Cuatro, seis semanas va bien, pero de repente se apodera nuevamente de mí; la veo en todas partes, en el magnífico Grunewald, veo ese *caldero de las brujas* en el Priesterwald, los camaradas destrozados, lisiados se cruzan en mi camino, tristes mujeres vestidas de luto. ¡Ah! Es inútil e imposible la fuga.

Está acostada a mi lado. Por las ventanas abiertas penetra la suave brisa nocturna.

– ¿Tiemblas?

– Cierra la ventana por favor.

– ¿Los cantos de la calle?

– ¡El frío!

– ¿Qué tienes, querida?

– Los muertos en los campos de batalla ¿son enterrados en ataúdes?

– En mantas de lona.

– ¿Siempre?

– En las fosas comunes, no.

– Tengo tal temor ante el frío inevitable. Temo que también muera este poco calor.

– Abrázame.

– Te quiero.

– Mi amigo murió ante Verdún.

REBELDÍA

Sobre una de las suaves colinas de la Alemania central, en la verde-azulada tonalidad de un bosque de pinos, en la Turingia, está emplazado el castillo Lauenstein. Es aquí donde el editor Eugen Diederich invita y recibe a sabios, artistas, escritores, políticos, reformistas y gente joven. En estos tiempos, cuyo significado no alcanza a comprender mucha gente, deben los elegidos cambiar ideas, cambiar ideas sobre el sentido de los deberes a cumplir. Llegó Max Weber, Max Maurenbrecher, sociólogo de Heidelberg, ex pastor protestante, ahora político y reformista; el poeta Richard Dehmel, el poeta Walter von Molo, el poeta obrero Broeger, el escultor Kronert, muchos profesores, entre ellos Meinecke, Sombart, Toennies. Todos abandonaron sus cuartos de estudio. Dudan de los valores de ayer y hoy. Únicamente los jóvenes exigen claridad. El mundo les parece que está maduro para su destrucción y buscan el camino que los saque de esta espantosa confusión de la época para conjurar el caos. Creen en el espíritu incondi-

cional e incorruptible, que vive para su deber. Pero estos hombres a los que consideran como los portadores del genio y como a tales los honran, no son profetas bíblicos que poseen la fuerza para condenar y enderezar al mundo con palabras potentes, que están dispuestos a desafiar la cólera de reyes y tiranos. No son rebeldes ni agitadores; se recogen en el tejido del romanticismo de Estado, alejado de la realidad. El genio alemán, el calificado, el nuevo, debe manifestarse, enraizar en tierra religiosa y salvar a todos. Así creen algunos. Ha llegado la hora de fundar una iglesia alemana, creen otros, que ya traen los planos para la edificación del nuevo templo sobre la montaña más alta de Alemania, para que sea bien visible y atraiga a los creyentes. La guerra es una voluntad del Dios alemán. Así lo ve Max Maurenbrecher, en el individualismo democrático de la Europa occidental, abandonada de Dios. Ve la maldición de la época. Alemania tiene la misión de crear un nuevo Estado en Europa, este Estado debe en su faz terrenal representar lo absoluto.

La juventud adhiere a Max Weber. Su personalidad, su producción intelectual la atrae. Detesta el Romanticismo de Estado. Ataca a Maurenbrecher y con él a los profesores alemanes que de tanto cavilar no ven la realidad. ¿De qué sirve, dice, enaltecer su propia alma, si la nación decae, si el imperio alemán es un Estado autoritario en el cual el pueblo no tiene ninguna intervención? Es necesario que el derecho de elección de clases desaparezca, que termine el poder de la burocracia, que se democratizen las organizaciones del Estado, que las funciones del gobierno

se rijan de acuerdo con el Parlamento. El resultado final de la guerra influirá en las cuestiones culturales.

Los otros intentan aturdir. Un juego misterioso de la época medieval debe despertar sentimientos religiosos colectivos. Los poetas entonan ditirambos; ante los muros cubiertos de hiedra del castillo danzan las hijas del poeta Falke. No interesa si lo hacen bien o mal. Los profesores creen que el espíritu de Dios flota sobre este baile, cuando se deslizan por los oscuros corredores del castillo, en el cual parece reinar una vida fantástica. Se sienten caballeros de la Edad Media, misioneros del Espíritu Santo.

Días enteros se habla, se comenta, se discute, y allá lejos, en los campos de batalla de Europa, sigue la guerra. Esperamos y esperamos. ¿Por qué estos hombres no pronuncian de una vez la palabra liberadora? Están mudos, sordos y ciegos, porque nunca han estado en las trincheras, porque nunca han escuchado los desesperados alaridos de los moribundos y las quejas de los bosques cañoneados. Porque nunca vieron los ojos inconsolables de los campesinos expulsados de sus tierras.

Soy un hombre joven, sin experiencia. Todos estos hombres me aventajan en conocimientos, en saber, en madurez, en experiencia y en fuerza creadora. Hablar ante ellos me parece arrogancia, pero no puedo callar. Enseñadnos de una buena vez el camino, les digo. Los días y las noches arden, no podemos esperar más tiempo. Pero nadie indica el camino que ha de llevar al mundo a la paz y a la fraternidad. Por la noche danzan las bailarinas. Con palabras rimbombantes se edifica la nueva iglesia, el templo místico.

Queda una única solución: el regalo de relación humanitaria. Queda Richard Dehmel, queda Max Weber. En conversaciones nocturnas se revela la naturaleza combativa de este sabio. Con palabras que ponen en peligro su libertad y hasta su vida, descubre la enfermedad del imperio. Al Kaiser lo señala como el principal daño. Llama a Guillermo II un diletante. “Cuando la guerra termine –dice– ofenderé al Kaiser las veces que sea necesario para que me inicie proceso y entonces los hombres de Estado responsables, tales como Bülow, Bethmann, Hollweg, Tirpitz, serán obligados a declarar bajo juramento.” Después de estas valientes palabras comprendo claramente qué es lo que me separa de ellos. Más que castigar al Kaiser, más que reformar solamente el derecho de voto, quieren edificar un nuevo fundamento, creen que la transformación del orden externo debe alcanzar también al hombre.

El poeta Richard Dehmel ha visto de cerca la guerra. Al comienzo, contando cincuenta años de edad, fue al frente como voluntario; cansado y perturbado regresó. Paseo con él por los bosques de Turingia. Me estimula. Le recito algunas de mis poesías.

—No se preocupe por nosotros los viejos —dice. Siga usted su camino aunque el mundo lo persiga y lo hostilice. Ha recitado usted una poesía cuyos últimos versos encierran un fondo importante. Es definitivo. En un determinado momento de su vida, el hombre debe emanciparse de todo, hasta de la propia madre. Uno mismo debe ser su propia madre.

De Lauenstein voy a Heidelberg para asistir a los cursos de invierno. Hijos de familias burguesas sin vocación alguna estudian economía nacional. Es de buenas costumbres y está de moda. En Alemania es de buen tono en todas las situaciones de la vida, ser *doctor*, y al que no lo es, se encargan de darle el título las dueñas de casas de pensión, los hoteleros, los mozos del café y las chicas de la calle. La Universidad de Heidelberg tiene el renombre de ser una fábrica de *doctores*. Las preguntas del profesor Gothein, viejo bonachón, que desde hace años se repiten como así también las exactas contestaciones, han sido anotadas cuidadosamente y son vendidas a buen precio por vivillos, a los aspirantes al título de doctor.

Personalmente veo al profesor Gothein para solicitarle un tema para doctorarme y me da el siguiente: *La cría de cerdos en la Prusia oriental*. El Heidelberg del tiempo de guerra, tiene poco de común con el romanticismo de las películas del viejo Heidelberg. La mayoría de los estudiantes son lisiados y enfermos que hicieron la guerra. Los dueños de bodegones recuerdan los buenos tiempos en que las corporaciones estudiantiles desfilaban ostentando cintas de colores y capas con sus distintivos. En esa época, la cerveza corría a mares, las dueñas de casa de pensión se quejan amargamente de los numerosas estudiantes que controlan minuciosamente las cuentas a fin de mes y cada centavo lo dan vuelta tres veces antes de gastarlo.

Las sesiones de Lauenstein me han desilusionado enormemente. Se pronunciaron grandes discursos sin resultado práctico.

Todos callan. ¿Quién hablará finalmente? ¿Será el poeta, el *tejedor* Gerhart Hauptmann? Para el centenario de la batalla de Leipsig organizó unos festejos que tuvieron la virtud de excitar la ira de los Hohenzollern; condenó la guerra y ensalzó la paz. En 1914, como tantos otros poetas alemanes, fue influenciado por la fiebre del entusiasmo bélico. Compuso himnos guerreros y canciones para soldados. Ahora, después de estos años de crímenes, debe haberse encontrado a sí mismo otra vez. Le escribo una carta. Le digo que no debe callar por más tiempo. Su obra le obliga a intervenir. Nosotros los jóvenes esperamos la palabra de un guía espiritual, en quien creer y confiar. Usted se dejó engañar. Es su deber como poeta de la humanidad doliente reconocer ahora su error. Su palabra tendrá más fuerza de convicción que el llamado de los generales. Su palabra uniría a las juventudes de Europa.

Nunca recibí contestación de Gerhart Hauptmann. La guerra continúa. Diariamente informan los diarios de nuevas batallas, nuevos muertos, nuevos heridos. Por cada palmo de terreno se producen verdaderas hecatombes. No se vislumbra el fin.

Acepto las invitaciones que me formulan los amigos para pasar el día en su casa. Estudiantes de los dos sexos están reunidos. Se bebe el té alemán hecho con pétalos de flores de tilo; se comen bizcochos alemanes de cáscara de grano molido y harina de papa. Al fin tropiezo con amigos. Gente joven que comprende que la gran época por la que atravesamos no es más que una época miserable y pequeña. Condenan la guerra y lamentan las víctimas inocentes

que la misma ocasiona. Tienen un solo deseo: conocer la verdad exacta dentro del cúmulo de inexactitudes que circulan. Pero también ellos retroceden asustados ante la acción que presupone la realización de sus deseos. Cuando después de largas horas de discusión, regresan con cabeza acalorada y ánimo excitado a sus habitaciones frías, sin calefacción y amuebladas pobremente, piensan con tranquilidad que algo ha sucedido. Escucho sus discusiones, pienso en Lauenstein, en el exceso de palabrerío y en la falta absoluta de acción. Pienso en la cobardía.

Cuando en la guerra la muerte era nuestra camarada, que estaba con nosotros en las trincheras y en los refugios, en los pueblos devastados y en los bosques, durante la lluvia de metralla y bajo la luz de las estrellas, ¿no juramos que la guerra debía tener un solo objetivo: el levantamiento de la juventud? Esta vieja Europa tiene que ser arada con surcos profundos, nos dijimos. Nuestros mayores nos traicionaron pero la juventud del frente, endurecida y sin sentimentalismo, comenzará la obra de saneamiento. ¿Quién tendría ese derecho si no ella? Lo que se nos niega, lo conquistaremos.

No tiene objeto, les grito, que acuséis; hoy queda sólo un camino: la rebelión.

En la habitación reina pesado silencio. Los miedosos toman sus capas y sombreros y se retiran, los que quedan se unen en una alianza de combate. *Liga de la cultura política de la juventud en Alemania* se llama. Luchará por las soluciones pacíficas de las diferencias de la humanidad; por la desaparición de la miseria. Porque estamos seguros de que

no habiendo pobres, desaparecerá la ambición de poseer dineros ajenos y territorios extraños, esclavizar pueblos de otras razas, avasallar Estados extranjeros, solamente los pobres son seducibles. Si nadie sufriera hambre, ninguno envidiaría el pan de los otros; miseria y guerra están ligadas íntimamente. Si nadie sabe cómo se debe hacer para que desaparezca la miseria, nadie cómo solucionar pacíficamente las diferencias de los pueblos. Que es necesario realizarlo, eso lo sabemos todos.

El Partido Patriótico Alemán nos ataca, nos llama traidores a la idea patriótica, pacifistas criminales.

“Vosotros desvirtuáis la palabra Patria — les contestamos —, vuestros intereses privados no son los intereses del pueblo. Sabemos que nuestra cultura no puede ser aplastada por ninguna potencia extranjera, pero deseamos todo intento de querer imponer nuestra cultura a otros países. Nuestra finalidad no es el engrandecimiento del poder, sino profundizar la cultura; no organizaciones sin espíritu sino la organización de espíritu.”

“Queremos sacudir a todos los apáticos y unirlos.”

“Sentimos respeto por los estudiantes extranjeros que ya inician movimientos de protesta en contra de la inconcebible falta de sentido común y de los horrores de la guerra y del militarismo.”

A esta respuesta le damos amplia difusión. Es publicada en muchos diarios. Recibimos algunas cartas de aliento, entre otras, del viejo Foerster y de Einstein.

Pero más abundantes son las cartas insultantes y amenazadoras que diariamente nos llegan.

Una anónima “madre alemana” nos desea que seamos atados en un embudo de granada y destrozados por proyectiles ingleses. Un veterano de la guerra del 70 nos desea que las tropas negras de Francia nos desuelen vivos y que nuestra piel la lleven como trofeo a lo más recóndito del África.

Los diarios de la derecha incitan a las autoridades a proceder en contra nuestra. Profesores democráticos de la universidad nos tildan de pacifistas sin honor y sin vergüenza.

Nos defendemos. El *Berliner Tageblatt* publica nuestras contestaciones. “Siempre se ha considerado al pensamiento independiente como antipatriótico o poco digno. ¿Deja de ser patriota el que aspira a la solución pacífica de las cuestiones entre el concierto de las naciones soberanas? ¿Se llama patriotismo el hecho de magnificar las infamias cometidas por un gobierno? ¿Se llama traidor a la Patria al hecho de luchar a toda costa por la paz? Si es así el idioma alemán ha perdido el verdadero sentido de las palabras.”

“Que somos pocos, no puede servir de argumento para afirmar que estamos equivocados.”

“En nuestro concepto, *política* significa ocuparse de los destinos del país y hacerse responsable de sus aciertos y desaciertos. El que no lo considera así y no procede en consecuencia, tendrá que ponerse al día con su propia conciencia. Hay una sola moral para la humanidad. Hay un solo espíritu, el que vive en la humanidad”.

“Justamente aquellos de nosotros que lo experimentaron en los campos de batalla, se sienten doblemente obliga-

dos a seguir sin vacilaciones su camino. Sabemos que con ello prestamos un verdadero servicio a nuestros hermanos que aún permanecen allá, en las trincheras. También nosotros amamos a Alemania, con exigencias más elevadas, las mismas exigencias que nos imponemos a nosotros mismos.”

Entra ahora en acción el Estado Mayor del ejército. Advierte a la juventud alemana que no se deje seducir y engañar y la pesada máquina militar empieza a trabajar en contra nuestra.

Estudiantes austriacos, que pertenecen a nuestra liga, deben abandonar Alemania en el perentorio plazo de veinticuatro horas. Todos los componentes masculinos son citados al comando divisional. Aun los que repetidamente fueron declarados ineptos para el servicio militar, son ahora después de somera revisión médica, considerados útiles y enviados a los cuarteles.

El día que comenzó la persecución a los componentes de la liga, estaba yo en el hospital, atacado de gripe y con fiebre alta. Un estudiante llegó hasta mi lecho y me advirtió:

—Es hora de fugar, se le busca activamente, su casa ya ha sido registrada.

Afiebrado y sacudido por escalofríos estoy en el tren camino a Berlín. A la mañana siguiente voy al Reichstag, conferencio con diputados demócratas y socialistas. La liga no es permitida, debe ser disuelta, así como deben ser disueltas las organizaciones similares que se crearon en otras universidades. Pero esta liga fue una señal de alarma. Habíamos dado el primer paso en la rebelión contra la

guerra. Creíamos sinceramente que nuestra voz había sido oída también del otro lado de las trincheras y que la juventud del mundo se nos uniría en la lucha que habíamos iniciado contra aquellos que considerábamos los culpables: “nuestros mayores”.

La noche antes de abandonar precipitadamente Heidelberg recibí una carta de Gustavo Landauer, cuyo *llamamiento al socialismo* me emociona decididamente. —Le contesto:

“Lo que hago, no lo hago solamente por necesidad, ni por el cotidiano dolor de tener que presenciar las miserias humanas, no solamente por la indignación que me causa el orden administrativo y político establecido, todos esos son motivos, pero no son los únicos. No soy un fanático religioso que se ve solamente a sí mismo y a su Dios e ignora a los demás. Compadezco a aquellos lisiados que sufren solamente sus propios dolores, sus pequeñas miserias personales sin pensar en las de la humanidad. Compadezco a aquellos raquíticos que de pura alegría en el *movimiento* reclamen alternadamente revoluciones o cabarets futuristas. Quiero abrirle paso a todo aquello que tenga vida, en cualquier forma que se manifieste, lo quiero cultivar con cariño, pero también si es necesario quiero derrumbar los rígidos principios establecidos. No quiero que nadie exija sacrificio de vidas humanas, si no está dispuesto a sacrificar la propia. Exijo de aquellos que nos acompañan que no se conformen si llega el caso de sacrificar su vida espiritual o material, sino que sepan ya de antemano que van al sacrificio. No sueño con sectas productivas en masa. El

sentimiento creador lo lleva cada uno en sí mismo, y puede manifestarse solamente en su más pura expresión: en el trabajo individual, pero el sentimiento de la comunidad fortalece y satisface. Sé qué conceptos combato y creo saber cuáles son los que deben reemplazarlos, pero todavía no me he formado una opinión definitiva sobre la trabazón y forma que deben llevar los mismos.”

“Siento en mi interior una gran tranquilidad, ella es la que me da esta libertad de acción. Sé que vivo en un ambiente intranquilo al extremo, que tendré que luchar contra inmundicias, contra incomprensiones ilimitadas, que me espera una lucha agitada y tesonera y, sin embargo, este conocimiento no me roba mi gran tranquilidad interior.”

HUELGA

Un día me encuentro sobre mi mesa un paquete de libros: las memorias de Lichnowsky, Mühlons, Beerfeldes y otros folletos.

La guerra me convirtió en enemigo de la guerra, reconocí que la guerra era la fatalidad de Europa, la peste de la humanidad, la vergüenza de nuestro siglo. No me preocupó saber quién era el responsable de esta guerra. Leo los libros, me entero que el gobierno imperial engañó al pueblo, que no es inocente ante el estallido de la guerra, que el gobierno imperial continúa engañando al pueblo, que es partícipe de la culpa de que la guerra continúe aún. No es cierto, digo una y otra vez, pero aquí hay testigos que acusan, que afirman y prueban sus acusaciones. El gobierno no impidió que la monarquía austriaca declarara la guerra a Serbia, el gobierno violó la neutralidad de Bélgica, a pesar de que sabía que con eso faltaba a su palabra y que la violación de Bélgica significaba la entrada de Inglaterra en la guerra a favor de los aliados; en esta guerra no se defiende al pueblo alemán. Yo no defiendo a mi Patria; los

magnates de la industria del acero alemán pretendían conquistar las minas de Bélgica, de Longwy, de Briey; los fines de la guerra de los imperialistas alemanes impiden concertar la paz. Hemos sido engañados, vano ha sido nuestro sacrificio, ante este reconocimiento se derrumba un mundo en mi interior. Creí como todos creímos en Alemania, como creyó la masa anónima del pueblo.

Cuando en esta noche apago la luz en mi cuarto, no puedo conciliar el sueño. Llega el día, pero el día queda oscuro como la noche, tengo la impresión de que el país al que amo ha sido traicionado y vendido por delincuentes. La lucha contra la guerra debe castigar a los culpables, también en Francia habrá culpables, como los hay en Rusia, en Inglaterra y también en Italia; vivimos en Alemania, el que reconoció la verdad, debe empezar con su país.

La cuestión de la culpabilidad de la guerra, no es solamente cuestión de desenmascarar a los culpables y castigarlos, los gobernantes están complicados en la sutil red de intereses, conceptos del honor, valores morales de la sociedad. Buscan poder, gloria y libertad para su pueblo en el desmayo, sojuzgamiento, miseria y dominación de los otros pueblos. Pero en realidad ningún pueblo es completamente libre sin la completa libertad de su vecino. Los políticos, al mentir a los pueblos, se mienten a sí mismos. Llamen ideales a sus intereses. Por estos ideales, por el oro, por territorio, por minas, por petróleo, por todas estas cosas muertas mueren, pasan hambre, se desesperan los hombres. En todas partes. La cuestión de la culpabilidad de la guerra palidece ante la culpabilidad del capitalismo.

Los movimientos obreros y sus finalidades me eran desconocidos hasta ahora. En la escuela nos enseñaron que el socialismo destruye al Estado, que sus dirigentes son canallas que quieren enriquecerse. Conozco por primera vez a un dirigente obrero, a Kurt Eisner.

Eisner había venido por algunos días a Berlín, amigos comunes me llevaron a él. Ya en los primeros días de la guerra Eisner se había manifestado contrario a ella, las autoridades militares lo perseguían encarnizadamente y ahogaban su voz, a su mismo partido le era incómodo y molesto. Pero no se dejaba intimidar, continuaba su lucha contra la guerra. Cuando un pequeño grupo, más tarde llamado de los "independientes", se separó del Partido Socialdemócrata, se adhirió a ellos y continuó su obra en Munich. En el pueblo obrero crece el movimiento en contra de la política guerrera del gobierno imperial, no se cree ya en los jefes que acuerdan créditos guerreros en el Parlamento, se cree a Liebknecht, el procesado, el presidiario, el que maldijo al mundo en esta época de obsecación.

Días después estaba yo en Munich. Concurrí a las reuniones de Eisner, en las cuales obreros, mujeres, jóvenes, buscaban el camino que debía conducir a la paz, salvar al pueblo. En estas reuniones conocí tipos de obreros que hasta ahora nunca había visto, hombres de inteligencia despierta, de convicciones sociales, de grandes conocimientos humanos, de voluntades firmes; socialistas, que sin considerar las ventajas del momento, servían a la causa que habían abrazado y en la que creían.

En Kiel se habían declarado en huelga decenas de miles de obreros de las fábricas de municiones. Su santo

y seña era: *paz sin anexiones ni contribuciones, libertad a los pueblos para elegir sus autoridades*. ¿Qué hará Munich? Los socialistas viejos no quieren la huelga, Eisner y sus independientes son demasiado débiles todavía para declararla. A pesar de ello, una mañana la huelga se había declarado.

Los obreros de Krupp, en su mayoría alemanes del norte, fueron los primeros que abandonaron los talleres; ninguna amenaza pudo intimidarlos. “Les quitarán el suplemento de víveres, serán incorporados al ejército, a la línea de fuego.” Éstas y otras amenazas no surtieron efecto. No temían las necesidades ni la muerte, no luchaban por aumentos de jornal, ni para sí mismos, ya que estaban relativamente bien, eran los favorecidos. Luchaban por sus hermanos de los campos de batalla.

Se constituyó un comité de huelga, Eisner formaba parte de él.

Concurro a las reuniones del comité de huelga; quisiera ayudar, hacer algo. Reparto versos de mi drama *La Transformación* porque creo que ellos, inspirados durante los horrores de la guerra, la atacan certeramente.

Al fin me designan una tarea: debo dirigir la palabra a las obreras de una fábrica de cigarrillos, invitarlas a tomar parte en la huelga. El sereno a cargo del portón me impide la entrada, obreros corren en mi ayuda. Bien pronto todas las obreras están reunidas en el patio. Al minuto de dirigirme a ellas, abandonan el trabajo y todos vamos al local donde se reúnen los huelguistas.

La gente está intranquila, Eisner debe dirigirles la palabra y no ha llegado, ¿dónde está? También los demás

miembros del comité de huelga faltan. Después de una hora de espera infructuosa, llega la noticia de que todos han sido detenidos durante la noche.

La señora Sonja Lerch, esposa de un profesor de la Universidad de Munich está entre las detenidas. El esposo se separó de ella el primer día de huelga pero ella lo ama y no lo quiere dejar. Anoche estuvo en mi casa, alterada y sin consuelo. Le ofrecí mi habitación para que pasara la noche, previniéndole que en casa de su esposo la detendrían. No hizo caso a mis advertencias. "Quiero ver a mi marido aunque sea por última vez", y se fue. A las tres de la madrugada llegó la policía y se la llevó a la cárcel de Stadelheim. Gritaba día y noche, sus gritos retumbaban en los corredores y en las celdas. A los guardianes y a los detenidos se les helaba la sangre en las venas. Al cuarto día se le encontró muerta; se había ahorcado.

Un movimiento colectivo que tiene fe en sus ideales y conoce sus metas no es refrenado por la detención de sus jefes. La fe es un elemento decisivo atacable cuando está debilitada. Estos obreros, confían en la justicia de su causa y la noticia de la detención de sus jefes la contestan con el nombramiento de una comisión especial que debe solicitar a la autoridad máxima de policía la libertad de los detenidos. Los tres mil concurrentes a la reunión los acompañarán hasta las puertas de la jefatura, si los delegados no regresan en el término de una hora, se nombrará una segunda delegación, la reunión no se disolverá y la huelga continuará con todas sus fuerzas.

La primera delegación ya está nombrada. El que preside pide que se presenten voluntarios para integrar la segunda. Tres son los que han gritado sus nombres, dos obreros y un soldado, los dos obreros se adelantan, no así el soldado. A último momento le faltó valor. Me ofrezco para reemplazarlo. Se me pide que dirija algunas palabras a la asamblea. Por primera vez en mi vida hablo ante una reunión tan numerosa. Las primeras frases las pronuncio tartamudeando, cohibido y torpe. Después hablo libremente y yo mismo no me explico de dónde surge la potencia y la convicción de mis frases.

Los huelguistas se organizan en manifestación. En la calle marchamos en dirección a la jefatura de policía, pasamos ante el cuartel del regimiento de guardia. En sus ventanas, los soldados que habían vuelto de los campos de batalla, estaban apiñados como racimos, nos saludan y alientan con gestos, nos acercamos al palacio del rey de Bavaria.

Los portones del cuartel se abren, un pelotón de jóvenes reclutas al mando de un teniente pasa a la carrera por nuestro lado. Cuando llega a la cabeza de la manifestación, poco antes de llegar al palacio real, hace alto y cierra la calle con una pared viviente. El teniente, pálido, excitado, con el revólver en la mano, da la orden de cargar y preparar, los reclutas, ninguno de ellos mayor de diecisiete años, que todavía no habían estado en el frente y por eso se les tenía confianza, obedecieron. Nuestra columna vacila y se detiene. ¿Debemos forzar el cordón? ¿Debemos aceptar la lucha? En los próximos momentos sonarán los primeros

disparos, la señal para la guerra civil. Nuestros oponentes tienen armas, nosotros estamos desarmados; vacilantes deliberan los jefes.

“Queremos nuestro derecho y no una matanza”, dice un viejo obrero. La columna vuelve sobre sus pasos, entra en una calle lateral, el pasaje que lleva a la jefatura está cerrado por policías. La columna se detiene. La primera delegación se dirige a la jefatura. Los policías le dan paso. Los portones de la jefatura se abren y vuelven a cerrarse.

Esperamos. Ha transcurrido una hora. Nadie ha regresado. Ahora se dirige la segunda delegación para entrevistarse con el jefe de la policía, tampoco a nosotros nos impiden la entrada. Antes de comenzar a hablar, se dirige el jefe de policía a uno de los delegados y le pregunta:

— ¿Usted no estuvo en mi compañía en el frente?

Mecánicamente el interpelado golpea sus tacones y en posición de firme contesta:

— Sí, mi jefe.

— Y ahora, ¿hace causa común con los traidores a la Patria?

— No somos traidores — le contesto yo —, queremos salvar a Alemania y no traicionarla.

— ¿Quién es usted? — me grita —, yo no lo conozco.

— Ni hace falta, no hablo aquí por mí, hablo por los muchos miles de hombres y mujeres que exigen la libertad de sus jefes.

Adopte la posición de firme, quiere decirme el jefe. Me mira, su mirada pierde la severidad, se vuelve inseguro y en lugar de una orden, oigo estas palabras ya familiares:

—No soy competente, no me corresponde.

Volvemos a la columna de manifestantes, debemos aclarar la situación a la población, los diarios calumnian a los huelguistas, debe repartirse un boletín, y eso hay que hacerlo en seguida.

Vamos a casa de un consejero de la ciudad, es un viejo socialista, no quiere saber nada de la huelga, el hijo está de nuestra parte. Rápidamente esbozo mi llamamiento. Suena la campanilla de la puerta de la calle. La hermana de nuestro amigo grita: "Empleados de investigaciones". Fuimos descuidados y no observamos que se nos hizo seguir. Arrugo la hoja de papel y la convierto en una pelota, abro la estufa que no está encendida y la tiro en su interior. Pero los policías no nos buscaban a nosotros, detuvieron al padre de nuestro amigo y se lo llevaron. Sorprendidos nos miramos; sacamos la pelota de papel de la estufa, la alisamos, terminamos de escribir el boletín, lo copiamos; un tipógrafo se lo lleva y horas después es repartido a millares en las calles de Munich. Sin prestar atención meto el original en mi bolsillo en lugar de quemarlo.

A la mañana siguiente se reúnen cincuenta mil obreros en el jardín.

La policía contempla impotente esta manifestación monstruo, impotente escucha nuestros discursos, no se atreve a intervenir ni a detener a los oradores.

La huelga dura días enteros, hasta que intervienen los viejos socialistas que mediante maniobras se apoderaron de la dirección de la misma, han prometido al ministro de la Guerra ahogar la huelga y lo consiguen. Antes del desca-

labro se nombra todavía una delegación que con toda energía debe exigir al ministro la libertad de los jefes detenidos. Auer, el jefe de los viejos socialistas se compromete a llevar a la delegación a presencia del ministro; calma a los obreros más exaltados con la solemne promesa de que los detenidos serán puestos en libertad, ninguno de los que participaron en la huelga será castigado. Por la mañana se reúnen por última vez los huelguistas en el jardín, luego desfilan por las calles de la ciudad y se disuelven pacíficamente.

A mediodía estoy almorzando en la pensión donde vivo. La sirvienta me llama, hay dos señores que quieren hablarme.

—¿Qué desean ustedes? —les pregunto en el corredor.

—Arriba las manos —gritan los dos y me ponen el revólver ante la nariz.

Estoy detenido. Los policías me llevan esposado primero a la comisaría, luego al cuartel de artillería, en el que se me encierra en la sala de guardia.

Los soldados hacen como si yo no estuviera presente, conversan, comen, juegan a las cartas, no se dignan ni a mirarme.

—Camarada —le digo a uno. El soldado calla, ni siquiera da vuelta la cabeza. Se le ha prohibido a la guardia hablar conmigo.

Pasado un tiempo me vienen a buscar y me llevan al depósito, un suboficial me arroja piezas de un uniforme mugriento.

— Vístase.

Me niego.

— Soy enfermo de la guerra, he sido dado de baja.

— Ha sido incorporado nuevamente. Vístase.

— Sin revisión médica no puede ser incorporado nadie.

A la fuerza me visten. Los pantalones y botas militares tienen un resultado mágico, mi “orgullo” ha sido lastimado porque me entregan la guerrera de un simple soldado.

— ¿Dónde están los galones? Soy suboficial.

Me llevan al interrogatorio.

Durante muchas horas me interrogan. El fiscal militar cree que una red de conspiraciones se extiende por toda Alemania, cuanto más veraz es mi respuesta, menos cierta le parece al fiscal, quiere complicar lo simple, cree calculado lo espontáneo y estudiado lo casual. Tiene la impresión de que existe en alguna parte de Alemania una central poderosa que guía los destinos y pasos de los obreros. Los motivos de la lucha no los comprende; para él, el pueblo es una masa sin voluntad que únicamente lucha cuando es inducido por agitadores. Cuando me pregunta dónde están los millones de marcos oro con los cuales financiamos las huelgas, no puedo contener una carcajada, todos nosotros hemos sacrificado nuestros últimos centavos para comprar el papel en el cual publicamos el boletín.

— Las risas se le terminarán bien pronto — dice y abandona la habitación.

En la puerta se vuelve y llama:

— La guardia.

Un soldado penetra en la habitación.

— Usted es responsable por el preso.

La puerta se cierra.

Después de un momento llega un oficial, hace como que busca algo pero veo que me observa.

— ¿Está muy afectado?

— Solamente por el interrogatorio.

— Estuve en la habitación vecina, he escuchado todo.

Saca una petaca y me ofrece un cigarrillo.

Se inclina hacia mí y me dice en voz baja y despectiva:

— Arriba la cabeza. No todos llegan a jueces de instrucción. Hay que nacer para eso.

Cuando lo miro, sorprendido, ya abandona la habitación.

El fiscal del Consejo de Guerra regresa; en sus manos lleva una carpeta. Se sienta, hojea las actas y toma el boletín.

— ¿Conoce esta hoja?

— No.

— ¿Así que no la conoce?

Abre la carpeta y saca de ella un papel arrugado, el original escrito por mí.

— ¿Niega todavía?

Guardo silencio.

— Hemos cortado el forro de su saco, el bolsillo tiene un agujero. Llévelo.

Acompañado por dos soldados con bayoneta calada y un suboficial, camino por las calles de Munich. La gente se detiene a observar. Los niños corren detrás.

– Un asesino – grita un niño.

El portón de la prisión militar en la Leonrodstrasse se cierra tras de mí.

PRISIÓN MILITAR

La prisión de la Leonrodstrasse es una de las más viejas de Munich. Las oficinas y los corredores están iluminados eléctricamente, las celdas no tienen luz. En estos sombríos días de invierno, para los presos, la noche empieza a las tres de la tarde y dura hasta bien entrada la mañana del día siguiente.

Aprovecho el tiempo para leer obras de Marx, Engels, Lasalle, Bakunin, Mehring, Luxemburgo, Webs. Más bien por casualidad que por necesidad intervine en la huelga de los obreros, lo que me atrajo fue su lucha contra la guerra, apenas ahora me vuelvo socialista; la mirada se afina para ver la estructura social, para observar lo condicional de la guerra, para contemplar la espantosa mentira de la legislación, que permite morir de hambre a muchos y permite enriquecerse a unos pocos, para ver las relaciones entre el capital y el trabajo, para ver la significación histórica de la clase obrera.

Otra vez recuerdo a Estanislao, mi amigo de la niñez, con su odio a los ricos y a los poderosos, la contestación de mi madre de que la pobreza es deseo de Dios. La tierra

tiene alimentos de sobra para todos, el genio del hombre halló medios y camino para dominar las fuerzas de la naturaleza, convertir piedras en oro puro, en pan. A pesar de eso muere de hambre la gente, allí arrojan trigo al mar, aquí abundan los palacios deshabitados, allá disipan bienes en forma criminal, aquí se malcrían los niños, las fuentes de saber permanecen inaccesibles para los desheredados, las más nobles fuerzas de la humanidad son vejadas y desechas, los falsos ídolos exigen más y más víctimas. Incomprensión y ceguera dominan a los pueblos, y los pueblos toleran su poder porque desconfían del genio y de la inteligencia que podrían contener y ordenar lo caótico y dar forma al ingenio productivo.

Porque la humanidad crece orgánicamente, bautiza sus desmanes con los nombres Estado y organización, productos orgánicos con los cuales trata de aplacar su conciencia, el hombre se siente a merced de incomprensible potencia, de un mundo cuyo destino inevitable es la muerte. Bien hondo en su interior carcome el miedo a la vida, ama la libertad, pero la teme, y prefiere remacharse a sí mismo las cadenas que han de esclavizarlo antes que atreverse a respirar y actuar con libertad y responsabilidad.

Cada día me está permitido un paseo de media hora de duración por el patio de la prisión, matas raquílicas empiezan a florecer, son mi consuelo y mi alegría. Versos toman forma en mi cerebro, *Los cantos de los prisioneros*, las últimas escenas del drama *La Transformación*.

Las celdas son sucias y están llenas de insectos, docenas de presos se renuevan sin que se les cambien las col-

chonetas de las tarimas sobre las que duermen. Comemos pan de guerra mezclado con cáscara de salvado molido, sopa de coles y nabos, mermelada de coles y nabos, guiso de coles y nabos; solamente los domingos nos dan sopa de cebada y un minúsculo trozo de carne. Siempre estamos hambrientos. Somos prisioneros pero no por eso dejamos de ser soldados; durante el día no podemos quitarnos las botas, no nos permiten desabrochar más de un botón de la guerrera; toda falta contra las “ordenanzas de la casa” es castigada severamente. La prisión está repleta de desertores. Para hacer lugar a nuevos presos se somete a los soldados a la alternativa de volver a las líneas de fuego o ingresar a la cárcel. Hasta ahora el servicio en las líneas de fuego era considerado como un honor, ahora se le equipara a la cárcel.

Los guardianes son territoriales inutilizados en la guerra; no es difícil entenderse con ellos, pero los suboficiales que hacen servicio en las oficinas, que nunca estuvieron en el frente, nos tratan con cínica brutalidad. En una ocasión vi que un suboficial joven, de mejillas rosadas, sano por dentro y fuera, cacheteaba a un soldado que había estado tres años seguidos en el frente de batalla; éste, un tipo que doblaba en estatura al suboficial, empezó a llorar como una criatura. A menudo huyen los presos de los tormentos diabólicos. Algunos se suicidan cortándose las venas de los antebrazos o se ahorcan colgándose con tiras que hacen de las colchonetas, o se arrojan al sótano de piedra.

Nunca olvidaré un grito salvaje que me arrancó del sueño una mañana, impresionándome en forma tal que yo mismo me puse a gritar.

Los guardianes son muy atentos conmigo. Se acercan a mi celda y conversan; preguntan cuándo terminará esta porquería; hablan de sus mujeres y sus hijos, de la miseria que reina en sus hogares. Cuando les contesto que de ellos depende el acortar la guerra, hacen un movimiento con los hombros y dicen lo que siempre repiten los cobardes:

— Sí, si todos intervinieran.

También los otros dirigentes huelguistas están detenidos. No veo a ninguno, pues estamos rigurosamente incomunicados. Las autoridades no se atreven a reconocer que estamos detenidos por nuestra participación en la huelga. *El Münchener Post*, órgano de los viejos socialistas, escribe que estoy encarcelado por desertor.

No se me permite recibir visitas; ni siquiera mi abogado puede entrevistarse conmigo. Inicio una huelga de hambre, no me queda otro recurso para defenderme. Diariamente se me somete a un interrogatorio y al final el escribiente me lee un sumario. Lo que dije está alterado y desvirtuado y me niego a firmar. El fiscal de guerra, Schuler, me hace adoptar la posición de firme y me dice:

— Le ordeno, militarmente, firmar ese sumario.

No me muevo.

— Lo castigaré a calabozo oscuro, a pan y agua.

Callo.

Al día siguiente vuelve a llamarme.

— Firme eso.

— No — contesto. Y acuciado por el hambre, la fiebre y la ira, salto sobre él —. Usted es un canalla — le grito. Pero comprendo en el mismo momento que mi situación es

desesperante. El mismo fiscal de guerra hizo colocar esposas a un amigo mío porque se negaba a firmar un sumario.

El fiscal del Estado retrocede y sonriendo secamente dice:

– Está bien, firmaré yo por usted, autentificando la verdad.

Una mañana despierto con los miembros pesados, siento dolores en la garganta, quiero incorporarme en la tarima pero caigo sin sentido.

Al mediodía viene el médico, un judío. Me ausculta, murmura que a todos los pacifistas habría que ponerlos contra la pared, me prescribe aspirinas y niega al afiebrado una segunda manta. Durante toda la noche me consume la fiebre. Nadie se ocupa de mí. A la mañana siguiente viene otro médico, da una orden al suboficial de sanidad que lo acompaña y cuando éste abandona la celda se inclina sobre mi cama y me dice:

– Odio la guerra como la odia usted, le ayudaré; lo mandaré al hospital y después lo declararé incapaz para permanecer en prisión.

¿Ha pronunciado realmente el médico esas palabras o son producto de la fiebre? El suboficial de sanidad vuelve a entrar en la celda y el médico grita airadamente como si se dirigiese a un simulador:

– Será trasladado al hospital.

Por la tarde una ambulancia me traslada al lazareto militar. En la sala de recepción un suboficial judío y chauvinista me recibe con las siguientes palabras:

—Agradezca usted a su creador que los médicos se hagan cargo de su persona. Alemania no sólo tiene derecho sobre Bélgica sino también sobre Calais. Si Alemania no guarda esta ciudad, la guardará Inglaterra.

La habitación para enfermos tiene capacidad para dos personas, pero somos seis: desertores, ladrones, rebeldes y “traidores a la Patria”.

Dos están en camas, cuatro en el suelo, sobre bolsas de paja. La ventana está cerrada y enrejada, el aire apesta; un balde sirve a las seis personas para satisfacer sus necesidades personales. Dos veces al día este balde es vaciado, a las siete de la mañana y a las cinco de la tarde. El hombre que está a mi lado sufre de mal de vejiga y se queja amargamente. Su bolsa de paja siempre está mojada y hiede como pus. Es el que está más cerca de la puerta y cuando por el ventanuco de la misma pasan los platos con la comida él los toma con sus manos reblandecidas. El asco me impide tocar la comida.

A la mañana siguiente hace su visita el médico de Estado Mayor, de gran uniforme y con gran acompañamiento. Otro médico de Estado Mayor, un asistente y el médico de guardia. Sobre mi cama está tirado el libro de poesías de Werfel. Lo traje conmigo desde la prisión. El médico de Estado Mayor toma el libro, lo abre, lee algunos renglones y dice:

—Quien lee estas porquerías no debe extrañarse de estar en presidio.

Mira a sus acompañantes. El otro médico de Estado Mayor sonríe; el médico asistente une sus tacones en señal de aprobación; el médico de guardia toma la posición de firme y se inclina. La visita ha terminado.

Añoro mi celda sucia y llena de insectos. Me parece un paraíso comparado con este infierno. Al cuarto día informo que ya estoy sano. De nuevo en mi celda lloro de alegría.

La ventana enrejada separa el eterno gris del cielo en rectángulos. Cuando me encaramo y miro a través de ella, veo enfrente el blanco edificio del tribunal de guerra, en él se ven los jueces uniformados que se otorgan el derecho de endosar a los hombres los grises años de prisión. Las ventanas de la planta baja están adornadas con blancas cortinas: allí vive el portero. En una de las ventanas se separan las cortinas y, curiosa, se asoma una cabeza de mujer joven. Nuestras miradas se cruzan. La cabeza desaparece pero por el movimiento de las cortinas se revela la presencia de la muchacha.

A la mañana siguiente, a la misma hora, estoy nuevamente asomado a mi ventana. Otra vez veo a la muchacha. Todos los días a la misma hora se repite el tierno encuentro. Cuando se acerca el centinela, me advierte con gestos. Inventa el lenguaje de los gestos: ojos y sonrisas son vocales, manos, brazos y hombros consonantes. Una noche rechinan los goznes de la puerta de mi celda, el suboficial de servicio en las oficinas pronuncia mi nombre.

—¿Me trasladan a otra prisión? —pregunto.

— Afuera — grita su voz autoritaria.

El suboficial emprende la marcha, lo sigo por los corredores; abre la puerta de una oficina.

Bajo la tibia lámpara de gas está apoyada contra la mesa la muchacha de la ventana. La miro fijamente. Enrojece y cohibida fija su mirada en el piso.

¿Qué ha ocurrido?

La hija del portero es la “amiguita” del suboficial. Sabía, como todos en la vecindad, que en la prisión militar había detenidos políticos, aventureros románticos, bandidos de las leyendas populares que roban a los ricos sus bienes y dineros para repartirlos a los pobres. Locos que predicán la paz cuando todos los pueblos de Europa guerrean y hasta el mismo señor pastor anuncia que Dios con sus ángeles trompeteros acompaña a nuestros ejércitos, pero hombres al fin, a quienes los diarios califican de gente peligrosa pero interesante.

Ella quisiera conocer a uno de esos hombres y lo conseguirá. ¿No es acaso la novia del suboficial a cargo de la guardia? Cuando le expresa su deseo a su novio y le pide que secretamente la lleve al interior de la prisión para conocer personalmente al “suboficial político”, él toma el pedido como una gracia, un chiste. A la noche siguiente quiere, como todas las otras, penetrar por la ventana a la habitación de ella.

Los postigos están cerrados con pasadores; golpea, no le contestan. Lleno de ira, escapa corriendo porque oye voces que parten del dormitorio de los padres de la muchacha.

—¿Por qué no me dejaste entrar anoche, María?

—Porque no quise.

—¿Puedo venir esta noche?

—Si me dejas ver al “político”, sí.

Así lo vence. El domingo estará de guardia. Nadie más que él se encontrará en las oficinas de la prisión; al centinela del portón lo soborna con cigarrillos.

Luego de una pausa dice el suboficial:

—Ahí tienes a tu “político”, ¿estás conforme ahora?

Se sienta a la mesa y sacando del bolsillo una armónica, recorre la escala.

—Si el señor guardia tocara, podríamos bailar —digo yo.

—No le permito insolencias —contesta éste.

—En seguida empiezas a tocar —le dice la muchacha.

El señor guardia se achica, piensa en la ventana cerrada, lleva la armónica a los labios y toca un vals.

—¿Me permite? —pregunto.

—Con mucho gusto —contesta.

Bailamos alrededor de la mesa a los acordes de la música que toca el guardia, y cuando nos acercamos a las paredes de las que penden esposas y cadenas, las golpeo con el pie y el sonido acompaña el baile.

La música se interrumpe. El guardia se para y escucha.

—¿No quieres seguir tocando? —pregunta amenazante la muchacha.

—Tonta, ahora viene el control, esto me cuesta el puesto. Rápido a su celda —me grita y a la muchacha le dice: —Tú también.

Me empuja fuera de la oficina, corro a mi celda, la muchacha me sigue, y cuando detrás nuestro oímos cerrarse la puerta, la muchacha se me arroja al cuello, nos abrazamos y nos besamos. Pero ya el guardia vuelve a abrir la puerta.

—No era nada. Inmediatamente sales de ahí. Ya tengo bastante.

El médico simpático no se hace ver más, pero no ha olvidado su promesa. Un día me conducen a su presencia. Rezonando y gritando me ausculta. Días más tarde soy trasladado por incapacidad de prisión, al batallón de reserva en Neu-Ulm.

En la noche primaveral camino por la alameda de castaños en flor. Libre. Solo. Estoy alegre y el corazón me pesa.

MANICOMIO

Se ha disipado la embriaguez guerrera. Nadie se presenta ya como voluntario. Los jóvenes reclutas, casi niños, mal nutridos y débiles, son instruidos y se les inculca con patriótico sentimiento que Alemania tiene derechos sobre Bélgica, sobre las provincias bálticas, sobre las colonias. Pero no escuchan la palabra de instructores bien alimentados, escuchan los rumores que corren de boca a boca: en el frente se amotinaron regimientos enteros, Austria no continuará por mucho tiempo, aquí y allí las mujeres saquean panaderías y carnicerías. Los soldados se niegan a marchar al frente y sólo con grandes esfuerzos consiguen convencerlos los oficiales. Las amenazas no surten efecto, "preferible pasar hambre en la prisión que reventar en el frente", grita uno al ser detenido. Los soldados del frente están hartos de la guerra.

El hambre se enseñorea de Alemania; los profesores demuestran que la cáscara de salvado molido tiene las mismas propiedades nutritivas que la harina; las mermeladas

hechas a base de sacarina son más sanas que la manteca; las hojas de papa tienen tan buen gusto como el tabaco y es más sano para los nervios. Las enseñanzas de los profesores no llegan al estómago, que contesta a su manera a este palabrerío. Y la gente decae, se enferma y se desespera.

Un viejo refrán alemán dice: *El hambre es el mejor cocinero*. Me horrorizo ante este cocinero, cuando una noche ante el cuartel de Neu-Ulm veo a prisioneros de guerra rusos que cambian de tren en su marcha al interior de Alemania, abalanzarse sobre los botes en los cuales los cocineros tiraron las cáscaras de papas y otros desperdicios y los soldados los restos de sus comidas: pan enmohecido y huesos. Todos sin excepción hunden sus manos en esta porquería que despide un olor agrio y putrefacto y meten en sus bocas este alimento que ni para los cerdos es bueno.

Cuando abandonamos el cuartel, hay siempre montones de chicos raquíticos que mendigan un trozo de pan.

En secreto voy un domingo a visitar a Gustavo Landauer en Krumbach. Me pregunto por qué en este tiempo en que la gente espera la palabra de la verdad, este ardiente revolucionario guarda silencio. “He trabajado toda mi vida — me dice — para que la sociedad, que descansa sobre mentiras y engaños, sobreexplotación y dominación del hombre, se hunda. El hundimiento vendrá, ahora lo sé, mañana o dentro de un año. Tengo derecho de conservar mi aliento para cuando esto se produzca. Cuando la hora lo exija estaré allí y trabajaré.”

Pasé la noche en una posada de Krumbach. Por la mañana veo casualmente en la lista de pasajeros el nombre

del fiscal de guerra que me condenó. Está pasando sus vacaciones; si me descubre, con toda seguridad que seré nuevamente detenido. Debo partir inmediatamente. Tomar el tren en Krumbach es muy arriesgado, Landauer y yo caminamos por jardines y campos ajenos. Cruzamos sobre cercos en dirección a la próxima estación de ferrocarril. Llego sin haber sido descubierto a Neu-Ulm a tiempo, porque el sargento preguntó por mí:

— Tiene que ponerse en condiciones de partir inmediatamente, por orden superior será trasladado a la clínica psiquiátrica de Munich.

Mi madre no podía comprender que su hijo hubiera sido acusado por traidor a la Patria. Espantosa le parecía la acusación; espantosa la condena que debía sobrevenir. No podía comprender cómo un hombre que pertenecía a una familia burguesa se mezclase en las luchas de los obreros. Forzosamente tiene que estar enfermo — pensó ella —, le ayudaré. Alarmó a los médicos de Samotschin, envió a los tribunales que debían juzgarme, certificados probatorios de que ya de niño era yo sumamente nervioso. La consecuencia fue esta revisión psiquiátrica.

En la administración del instituto de enfermedades nerviosas me recibió una señorita muy simpática, quien, a pesar de tener en sus manos mis documentos, en los que puede encontrar lo que necesita, me pregunta cuándo y dónde nació y si era casado. Ojos dulces y azules me miran con atención.

— Déme su cuchillo — dice la bella señorita.

– No uso.

– Su dinero, su pañuelo, todo lo que tenga en los bolsillos.

Desconcertado la miro.

– Venga conmigo.

Una puerta se abre, un guardián imponente me recibe.

– Primeramente nos bañaremos – dice.

– ¿Nosotros? – le pregunto.

Me empuja a un local azulejado, con tres bañeras. En dos de ellas hay hombres bañándose. Uno grita como un desafortunado, el otro canturrea continuamente tres compases, la-la-la sin pausa, sin fin.

– Desnúdese.

– Señor guardián, ya me he bañado esta mañana.

El guardián me mira indiferente y dice:

– Sí, ya lo sé, pero desnúdese.

Este hombre no me cree, no cree nada de todo lo que le digo, todo le parece ser truco de loco, tal vez crea que es mi enfermedad la que me hace decirle que ya me bañé por la mañana. Estoy entregado a un hombre que tiene oídos sordos, ojos ciegos, tengo que irme de acá, en seguida, de vuelta al cuartel o a la prisión. Por mi parte me es indiferente, lo que no quiero es permanecer aquí. Gritaré, me golpearé contra las paredes, si no, estoy perdido. ¿Qué haré para que me crea? No me creerá nunca. Clavo mi vista en la puerta, doy un salto y estoy a lado de ella.

– No tiene picaporte, la del corredor tampoco – me dice el guardián.

Me desnudo. Durante una hora permanezco en la bañera, a lado del gritón y del cantor, me pongo los pantalones y la casaca de enfermo, ya preparadas, y me dejo conducir a la sala en la que veinte o treinta locos inquietos están acostados. Tengo que acostarme en una cama y empiezo a dudar sobre el estado de mi razón.

Un hombre joven cuyo cuello corto y delgado se agita, en lugar de una cabeza, una calabaza, se levanta de su cama y con pasos vacilantes se acerca a mí. De pie a mi lado y ceremoniosamente me hace tres reverencias, se da vuelta y de nuevo se dirige a su cama. Repite la ceremonia cada cuarto de hora.

Dos días después me mudo. Me llevan a la sala de los melancólicos.

Me hubieran dejado con los gritones y cantores. De treinta camas me observan fijamente miradas quebradas por la propia oscuridad interior. Mi vecino, un anciano, se levanta de su cama, sus ojos apagados, recién velados por una intensa tristeza, brillan ahora extasiados; las manos amarillentas se agitan violentamente en el aire, y se desploma sobre sí mismo cayendo al suelo. Los guardianes lo acuestan nuevamente en su cama.

Por la noche nos visita una doctora joven, la hija del profesor Kraepelin; se acerca amablemente a mi cama y se pone los lentes. Le pido en voz baja que me dé algo para dormir. No sé si mis nervios aguantarán una tercera noche de insomnio. Los lentes se sacuden violentamente sobre su nariz.

— ¡Ya lo creo! Primero traiciona a la Patria y luego tan flojo que necesita narcótico para dormirse.

Ya se inclina sobre la cama de un idiota.

— ¿Verdad, señor Schmidt? ¿Usted que estuvo en el frente no prestaría ayuda al enemigo?

Estúpidamente la observa el señor Schmidt.

No se debe pretender demasiado de los médicos, de aquello que aflige a los mortales no saben nada y si lo saben no lo entienden. El director de este instituto psiquiátrico es aquel famoso profesor Kraepelin que en una cervecería de Munich fundó una liga pro destrucción de Inglaterra. Cuando me conducen a su presencia me grita indignado.

— ¿Cómo puede usted negar, señor, los inalienables derechos de Alemania? Esta guerra será ganada, Alemania necesita más territorio, Bélgica y las provincias bálticas. Usted es el único culpable de que todavía no haya sido conquistado París, usted evita la paz victoriosa, el enemigo se llama Inglaterra.

La cara del profesor enrojece, con la teatralidad del orador de barricada. Procura convencerme de la necesidad política imperialista alemana. Yo aprendo y me convenzo de que hay dos clases de enfermos: los inofensivos que están en salas con ventanas enrejadas y puertas sin picaporte y que se llaman locos, y los peligrosos que demuestran que el hambre educa a un pueblo, y fundan ligas prodestrucción de Inglaterra. Estos últimos están autorizados a encerrar a los primeros.

—Hablamos dos idiomas, señor profesor —le digo— yo tal vez entienda sus palabras, pero las mías son para usted más incomprensibles que las chinas.

Su voz retumba al ordenar que no se me tenga en el instituto más tiempo que el necesario.

Al cuarto día, me dan de alta. Agradezco a mi buena suerte. Algunas semanas más tarde me licencian en el cuartel, y en el verano de 1918 viajo a Berlín.

REVOLUCIÓN

La miseria en Alemania crece, la calidad del pan empeora, la leche es cada día más mala; los campesinos corren de sus granjas a los vecinos de las ciudades; los acaparadores vuelven con las manos vacías, los soldados del frente amargados por la disipación y libertinaje en la campaña y la miseria de la Patria, están hartos de la guerra: "A igual sueldo e igual comida, la guerra ya estaría olvidada hace tiempo", dicen.

Cuatro años combatieron en los frentes del este, del oeste, en Asia, en África; cuatro años resistieron al enemigo entre el barro y la lluvia de Flandes, entre las emanaciones venenosas de los pantanos de Rusia, entre el calor abrasador de la Mesopotamia.

En la noche del tres al cuatro de octubre es enviada la proposición de paz a Wilson.

Al pueblo alemán, que no sospecha la catástrofe, le abre los ojos el envío de la nota inesperada. Así que todo fue en vano. Los millones de muertos, los millones de lisiados, la gran mortandad, el hambre, todo en vano.

El triunfo de la democracia burguesa que acompaña la proposición de paz, no despierta eco, ni entre el pueblo ni en el Reichstag. Ninguno de los dos la conquistó. Fue dictada, como lo fue la Carta de Pan, ¿Y qué es lo que ostensiblemente ha cambiado? El derecho de elección ha desaparecido. Liebknecht y los otros presos políticos han sido amnistiados pero la prensa sigue oprimida; las reuniones están prohibidas; los generales dominan como antes, los ministros pertenecen a la misma casta de poderío, los viejos socialistas Scheidemann y Bauer, secretarios de Estado, excelencias: "Dios bendito".

El pueblo piensa solamente en la paz. Demasiado tiempo pensó en la guerra, demasiado tiempo creyó en el triunfo. ¿Por qué no se le dijo la verdad? Si hasta los mismos generales se acobardaron. ¿Cómo no debía desesperarse el pueblo? En ningún caso un nuevo invierno de guerra, por nada otra vez el hambre, el frío, las habitaciones sin calefacción, la sangre.

El pueblo ha pasado bastante hambre, ha sangrado bastante, quiere paz.

Los gobernantes que durante años enteros obligaron al pueblo a una obediencia ciega, y perdieron todo contacto con él, perciben su inquietud, su cansancio, su desesperación, pero piensan únicamente en el riesgo que corre la monarquía. Si el Kaiser abdica, creen ellos, la monarquía se salva. Al pueblo le importa un bledo la monarquía, ya hace mucho que Guillermo II perdió el cariño del pueblo. La cuestión no es hoy Guillermo u otro Kaiser, la cuestión es guerra o paz.

Los marinos de la armada, los *muchachos azules* del Kaiser, fueron los primeros rebeldes. La flota de alta mar debe salir, los oficiales prefieren el hundimiento con honor a una paz vergonzosa, los marineros que ya en 1917 habían sido los pioneros de la revolución, se niegan a salir. Apagan los fuegos. Seiscientos de ellos son detenidos. Los marineros abandonan los barcos, toman por asalto las prisiones; conquistan la ciudad de Kiel. Los obreros de los astilleros se unen a ellos, la revolución alemana ha comenzado. Munich le sigue, Hannover, Hamburgo, el territorio del Rhin, Berlín. El 9 de noviembre de 1918 los obreros berlineses abandonan las fábricas y talleres; del Este, del Sur, del Norte se dirigen las masas al centro de Berlín. Ancianos de cabellos blancos, mujeres que durante años trabajaron en los tornos de las fábricas de municiones, inválidos de la guerra, niños que se hicieron cargo de los trabajos de los padres, licenciados del frente, viudas de guerra, lisiados, estudiantes, hombres del pueblo. Ningún jefe indicó la hora del levantamiento en masa. En las fábricas los dirigentes de la revolución habían contado con iniciar el movimiento algunos días más tarde. Los viejos socialistas están sorprendidos y consternados. Justamente estaban en negociaciones con el canciller príncipe Max de Baden para salvar la monarquía de los Hohenzollern.

La columna marcha en silencio. Ningún canto se oye. Se detiene ante los portones del cuartel de Maikaefer.

Los portones están herméticamente cerrados. Por las ventanas y troneras asoman amenazadores caños de fusiles y ametralladoras. ¿Dispararán los soldados sobre el pue-

blo? Pero los grises son hermanos de esta masa humana hambrienta y desesperada, tiran al suelo sus fusiles, abren los portones, el pueblo penetra en el interior del cuartel y los soldados hacen causa común con él.

La bandera imperial es arriada, se iza la bandera roja. Desde los balcones del castillo anuncia Liebknecht la república socialista alemana. Las autoridades gubernativas se retiran sin lucha, sin resistencia. Los oficiales se entregan, únicamente uno en toda Alemania, el comandante del barco Koenig, mantiene su fidelidad al emperador y muere por él. ¿Y qué hace la familia real? El príncipe Enrique, hermano del Kaiser, se ata al brazo un brazal rojo y huye; el príncipe Ruprecht, heredero del trono de Baviera, huye en un automóvil que lleva en su frente banderitas rojas; Guillermo II huye a Holanda. Lamentable es esta comedia peligrosa para el pueblo. ¿Quería éste una revolución? Quería paz. Sin lucha cayó en sus manos el poder. ¿Sabrá conservarlo?

En el castillo de Potsdamm está la Kronprinzessin rodeada de sus hijos. Piensa en el destino de María Antonieta; en el destino de la zarina; en breves momentos los revolucionarios atacarán al castillo, la matarán a ella y a sus hijos. Un anciano sirviente le anuncia con voz temblorosa que el Consejo de soldados revolucionarios de Potsdamm quiere hablar con Su Alteza Imperial. El Consejo de soldados penetra en la habitación, en la puerta de entrada une sus tacones y adopta posición de firme. No viene a anunciar la detención. En tono respetuoso anuncia: El Consejo de soldados revolu-

cionarios de Potsdamm quiere informarse si Su Alteza Imperial se siente suficientemente segura; de todas maneras el Consejo de soldados ha resuelto que diez soldados revolucionarios se encarguen de montar la guardia para evitar molestias y para seguridad de Su Alteza Imperial. Dicho esto hace una reverencia y se retira.

¿Una leyenda? No, el segundo hijo del Kronprinz me lo ha contado:

— Así era vuestra revolución — me dijo.

En Hamburgo, los socialistas independientes ocupan el edificio del viejo diario socialista. Protestando corren estos al antiguo juez imperial, quien les entrega una resolución provisoria. Con este papel en la mano vuelven los viejos socialistas al edificio de su diario. Los independientes revolucionarios leen el papel, ven los sellos del tribunal, palidecen y rechinando los dientes abandonan el edificio conquistado.

La revolución alemana encontró un pueblo incompetente, una camarilla de jefes apegada a la burocracia. El pueblo llamó al socialismo, pero nunca hasta ahora había comprendido claramente los conceptos del socialismo, y no quiso aceptar su tutelaje. El pueblo sabía lo que no quería, pero no sabía lo que quería. Los viejos socialistas y los jefes de sindicatos obreros estaban completamente identificados con los poderes de la monarquía y del capitalismo. Los pecados de estos eran sus propios pecados. Se habían conformado con el término medio entre el obrero y la bur-

guesía. Su ideal había sido siempre mantener al obrero a un nivel inmediatamente inferior al de los pequeños burgueses. Les faltó experiencia en el aprendizaje de lo que siempre pregonaban: la confianza en el pueblo que confió en ellos.

El día de la revolución tomaron parte en la lucha, no contra los enemigos de la revolución, no, lucharon contra los dirigentes inflamados de fervor partidario, los persiguieron y acosaron hasta que los rindieron y en los salones aceptaron los agradecimientos de los poderosos por la obra realizada. Odiaban la revolución. Ebert tuvo coraje de manifestarlo públicamente. El pueblo, alejado por la monarquía, de la administración de sus propios destinos, renunció voluntariamente ahora a hacerse cargo de ellos. La cueva del zorro de la vieja burocracia reaccionaria era palmeada y alabada y bien pronto salió de ella la contestación.

A los oficiales les fueron arrancados los galones durante los primeros días. El pueblo no quiso en forma alguna lastimar a sus portadores.

Quería solamente destruir los símbolos del poder y de la ciega obediencia porque con instinto seguro reconoció que la clase dominante estaba atrapada en una red de símbolos, tradiciones, deseos y sentimientos.

Bien pronto los oficiales estaban otra vez a la misma altura que antes de la revolución.

A fines de octubre había llegado yo a Berlín. Hablé en la reunión de estudiantes y obreros en la que fue combatido el llamamiento de Walter Rathenau a una resistencia

nacional: el reclutamiento en masa. Puede el hombre individualmente tener el derecho de elegir su muerte voluntaria, pero de ahí a querer inducir a un pueblo al suicidio colectivo porque sus directores fracasaron, media un abismo. El llamamiento significaba la insensata destrucción de Alemania. Nosotros, los estudiantes de Heidelberg, más maduros y experimentados que antes, nos volvimos a encontrar y tratamos de luchar contra esta locura. Vimos llegar la revolución y reunimos a los camaradas.

El 9 de noviembre estoy en Landsberg en casa de mi madre, atacado por una fuerte gripe. Guardo cama. Mientras el médico con gesto preocupado observa el aumento de la fiebre, trae mi hermana la noticia de la revolución. Al día siguiente estoy en viaje a Berlín.

Hugo Haase, comisario del pueblo, me propuso acompañar como secretario a Georg von Arco, que iba como enviado especial a Munich, pero en el interín me había invitado Eisner.

También en Baviera el pueblo estaba harto de la guerra, a eso se agregaba el temor de una invasión de tropas italianas después del derrumbe de la monarquía Austro-Húngara. Los campesinos habían visto de cerca la guerra en las trincheras de Francia y Rusia, conocían los desastrosos efectos de las granadas, la tierra revuelta hasta sus entrañas, las aldeas incendiadas y destruidas. El odio tradicional contra Prusia y los Hohenzollern despertó de nuevo; que siguieran ellos la guerra, los bávaros ya no los acompañarían. De la casa reinante de los Witteslbacher ya no esperaban nada. El rey, se decía, se ha dejado envolver

por Berlín. De no ser así se habría opuesto a las sociedades guerreras burocráticas y a las medidas de fuerza adoptadas contra los agrarios.

Porque los de Berlín así lo quieran, los bávaros no pueden moler su grano. Porque los puercos prusianos beben mala cerveza, también ellos tienen que beberla. Eisner con un instinto psicológico, abarcó de inmediato la opinión del país bávaro, conquistó a los campesinos y obreros para el derrocamiento de la monarquía bávara, para la resistencia a los viejos socialistas que estaban tratando la implantación de un gobierno constitucional.

Kiel era el faro. El 7 de noviembre se reunieron en el prado de Munich doscientas mil personas que luego se dirigieron al centro de la ciudad. A su cabeza iba Eisner y el campesino ciego Gandorfer. El rey se fugó, la revolución conquistó Baviera, la manifestación de obreros y soldados nombró a Eisner presidente del Consejo de ministros del Estado libre de Baviera. En Munich se me nombra vicepresidente del Consejo Central de los soviets de obreros y soldados de Baviera, en el que encuentro muchos amigos de la huelga de enero. Durante las tareas diarias aprendo a conocer las necesidades prácticas de los obreros y campesinos.

A mediados de diciembre voy a Berlín para intervenir en el gran congreso de los soviets. Aquí al fin debía demostrarse la voluntad política de la revolución alemana. Qué disparidad, qué desconocimiento, qué falta de voluntad para tomar en sus manos el gobierno demuestra este congreso.

El congreso de consejos alemanes renuncia voluntariamente al gobierno, al inesperado regalo de la revolución; los representantes de los consejos renuncian, abandonan el destino de la república al resultado problemático de las elecciones de un pueblo no ilustrado para realizarlas conscientemente. En toda la república parlamentaria los ministros son responsables ante el congreso; los consejeros en cambio disponen que los comisarios del pueblo, sin control e independientemente de la voluntad del Consejo Central asuman el gobierno. La república ha dictado con esto su propia sentencia de muerte.

Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo, los pioneros de la revolución, quieren hablar ante los consejeros, el congreso resuelve no escucharlos.

Un mes más tarde, cuando el levantamiento espartaquista surgió en contra de la opinión de ambos, Liebknecht y la Luxemburgo son muertos a palos; el informe oficial dice que la muerte se debe a haber sido fusilados mientras fugaban. La noticia me llega en Munich y corro a una reunión monstruo que realizaban los socialistas viejos y les grito:

– Liebknecht y Luxemburgo han sido asesinados, y la multitud, esta multitud ciega e inconsciente, grita:

– Bravo, bravo, es lo que se merecían esos dos agitadores.

En Baviera, la actividad de los consejos de obreros y soldados dificultan las reuniones de la reacción. Esta última encuentra aliados en los ministros socialistas viejos; una milicia ciudadana se forma con ayuda de Auer, quien

la estimula y arma públicamente. Esta milicia es la primera liga que se organiza contra la revolución, precursora de la Orgesch, de los cascos de acero, de la milicia popular y de las tropas de asalto nacional-socialistas. Algún día se independizará y echará a sus actuales jefes y creadores. A lado de la defensa legal y mano a mano con ella trabaja la defensa ilegal, formada por los industriales y potentados que la mantienen con su dinero; los viejos oficiales del ejército ya tienen tarea otra vez; intrigan y estudian planes para copar los edificios del gobierno, organizan oficinas de espionaje y comandos de asalto, hasta preparan las alarmas de campanas y aviación. Cuando sea el momento oportuno, procederán en apoyo del gobierno constituido y en contra del bolchevismo. Así dirán ellos. En realidad su golpe será dirigido a la república, a la que piensan derrumbar. En el Consejo Nacional provisorio doy cuenta por encargo del Consejo de obreros, de lo que se está tramando. La milicia popular sigue trabajando en secreto. Pronto se harán palpables los resultados.

A principios de febrero viajo en compañía de Eisner a Berna, para asistir al congreso de la Segunda Internacional. ¡Con qué ansiosa esperanza confió todo el mundo obrero, el proletariado de todos los países en esta Segunda Internacional!

Nunca más conseguirán los señores del capitalismo desencadenar guerras y cegar a los obreros que los enriquecían, nunca más hallaría eco la leyenda de países atacantes o atacados; los pueblos no son más hordas sumisas, han despertado y evitarán en el futuro todo asesinato entre

hermanos, antes darán vuelta los fusiles que tolerar nuevos crímenes contra la humanidad.

El 4 de agosto de 1914, día de la declaración de la guerra, la Segunda Internacional se deshizo. Ni aun los jefes se mantuvieron unidos. A sus ideales se aferraban solamente unos pocos y le mantenían fidelidad. La borrachera del nacionalismo no aguantó la idea internacional, el chauvinismo triunfó y los proletarios de todos los países olvidaron sus fraternales juramentos y se acometieron mutuamente; ya no era la humanidad entera la Patria, sino el Estado capitalista, ya no era el burgués el enemigo común sino el compañero del otro lado de la frontera. Los ideales del pasado eran más fuertes que los del futuro, los instintos impuestos por las clases gobernantes, más fuertes que las opiniones fugaces de los intelectuales.

En Berna se encuentran los náufragos de la Segunda Internacional.

No tienen el valor de reconocer su quiebra, ni de averiguar las causas políticas, morales y psicológicas de esa quiebra. Deliberan días enteros sobre la cuestión de la deuda de guerra, ministros de municiones, socialistas monárquicos; socialistas demócratas adeptos al militarismo se reprochan mutuamente. Todos buscan y encuentran los pecados de los demás y olvidan los propios. Eisner, Friedrich Adler y algunos otros que se incorporaron al socialismo durante la guerra, procuran salvar la Segunda Internacional. Los manifiestos de unión no logran tapar las grietas incurables; partidos que realmente hubieran podido conquistar un mundo, han fracasado y siguen fracasando.

Aquí se estrella una gran fe, una gran esperanza de la humanidad; aquí se separan verdad y mentira; nuevas bases deben construirse, nuevas formas y nuevos derroteros deben ser hallados.

Eisner, en Berna, con su discurso contra el imperialismo y los delincuentes de la guerra, ha atraído sobre sí el odio exacerbado de la reacción alemana. Camino al congreso bávaro es asesinado a tiros por el conde Arco-Valley, de 21 años de edad. El congreso se inaugura. En el mismo momento el obrero Alois Lindner penetra en el recinto revólver en mano y dispara un tiro sobre Auer, al que culpa de la muerte de Eisner; gravemente herido Auer cae al suelo. Con pánico salvaje, huyen los parlamentarios, olvidan el Parlamento, al pueblo, sus mandatos, sus sombreros, sus abrigos; Baviera ya no tiene gobierno.

Después del congreso de Berna, me había dirigido por unos días a casa de unos amigos en Egadin. En Saint Moritz encuentro a la juventud dorada de todos los países. Un poeta alemán había escrito especialmente para ellos una pieza teatral. Trajeados a la última moda, recargados de joyas, representaban la confraternidad y reconciliación universal, fantasma de una época sin esencia.

El 21 de febrero de 1919 me dirigí a Baviera. En una de las estaciones del ferrocarril los gritos irritados de un ferroviario suizo al que desde dentro de un vagón contestaron con un: ¡Bravo!, en voz alta; el autor de este grito era un ciudadano alemán y la causa de esa manifestación aprobatoria la siguiente: Kurt Eisner había sido asesinado.

Eisner era un hombre de una pasta espiritual muy distinta a la de los Ebert, Scheidemann, Noske, Auer. Cla-

sicismo alemán y racionalismo romano lo habían formado y educado. Su ideal político era la democracia absoluta, desechaba la democracia parlamentaria que lleva al pueblo a las urnas una vez para después gobernarlo durante años enteros.

De bien abajo debía surgir el espíritu de vida y verdad para luego servir de genio innovador, animador y crítico a la humanidad en su diaria tarea. Por eso Eisner se declaró partidario de la democracia de los consejos. No reconoció tampoco la necesidad de una rápida reforma social. A la cabeza de la comisión socializadora que había exigido el nombramiento del congreso de consejos, puso al profesor Brentano, el conocido economista, el cual en un discurso pronunciado en la primera reunión de esta comisión, pronunció palabras que llamaron la atención de los magnates de la industria: “Socializar – dijo –, sólo es posible cuando hay algo para socializar”. Esta posibilidad no existía en Alemania.

Eisner odiaba a la prensa como a una peste pública, ella mentía y azuzaba a los pueblos; a pesar de eso, cuando algunos revolucionarios ocuparon la redacción de uno de los peores diarios, fue personalmente al edificio y se encargó de que los invasores se retiraran. A pesar de su gran desprecio por el periodismo, su respeto por la libertad de prensa era mayor aún. “La verdad – escribió durante la guerra, en un memorial dirigido al comando general de Munich– es el mayor de todos los bienes nacionales. Un Estado, un pueblo, un sistema en el que la verdad es sojuzgada o no se destaca, es merecedor de desaparecer lo más pronto y radicalmente posible.”

El moralista combatió los acontecimientos de Berlín, creyó que los hombres responsables del viejo régimen, que en el Ministerio de Relaciones Exteriores seguían gobernando y negociaban con la Entente, dificultaban la paz; hombres nuevos, republicanos íntegros que no participaran de las culpas de la monarquía eran necesarios; conseguirían para Alemania condiciones de paz más humanas y benignas. Tenía la ilusión de que Clémenceau era el campeón de la democracia en Europa; ansiaba tener una entrevista con él y convencerlo de que el pueblo alemán había encontrado por medio de la revolución el camino de la libertad y de la responsabilidad, que sería un delito, cometido contra Europa misma, denigrar a ese pueblo con paz inhumana. Clémenceau despidió secamente al intermediario, más aún, lo amenazó con hacerlo detener por conspirar con el enemigo. Los gobernantes y militares franceses no pensaban apoyar a la república alemana; unos la consideraban una maniobra de los poderosos para llamar a engaño, otros temían el triunfo del bolchevismo y su infiltración en Francia.

Eisner, pobre durante toda su vida, sincero, sin necesidades, era un hombre de baja talla, de crecimiento endeble, su cabello rubio ceniciento le caía en desorden sobre la nuca, una barba descuidada le cubría el pecho, sus ojos miopes miraban extrañados sobre los lentes que flojamente le cabalgaban sobre la nariz, sus manos finas y cuidadas, con suavidad femenina, no respondían nunca al apretón de manos de amigos o enemigos, hecho que demostraba a las claras su timidez a toda relación.

Una cosa lo distinguió de todos los otros ministros republicanos, su voluntad por la acción, su valentía y su coraje. Sabía bien que un pueblo al igual que una persona, solamente madura su inteligencia con el trabajo y el estudio diario, pero no cuando un muro le separa la vida de la acción. Él no temía a la muerte. Eso lo sentía el pueblo y por eso le creyó. Muchos son los que poseen virtudes y talento, pero solamente a aquellos que conscientemente dominan el temor a la muerte, siguen las masas.

REPÚBLICA SOVIÉTICA BÁVARA

El tiro de Arco alarmó a la república, las masas excitadas del pueblo reclamaban venganza por la muerte de Eisner; el Consejo Central de los soviets de obreros, soldados y campesinos toma en sus manos las riendas del gobierno y proclama la huelga general; decreta para toda Baviera el estado de sitio; convoca el congreso de soviets; los sindicatos obreros desilusionados por la falta de acción social de la república, exigen que la revolución política sea reemplazada por la revolución social, lo que resultó en Rusia no puede fracasar aquí, el parlamentarismo fracasó, la idea de la república soviética gana terreno en el pueblo.

Hasta ahora el Partido Comunista era inofensivo, su influencia casi nula, sus contraseñas se hacen populares. La central comunista de Berlín envía a Munich a Leviné. Leviné siendo estudiante, luchó ya en 1905 en la revolución rusa. Fue detenido, encarcelado

y desterrado a Siberia. Trabaja allí en una mina de plomo, se fuga a través de Asia a Europa y estudia economía nacional en Alemania. En 1918 se adhiere al grupo espartaquista. Hombre delgado, en cuya magra cara se destaca la nariz torcida y carnosa, no es orador que atrae sobre sí la atención de las multitudes. Tiene que luchar con dialéctica insinuante y gestos medidos. En pocas semanas ha reorganizado el partido y determina categóricamente su actitud política.

En esos días debía yo tomar parte en una conferencia de los socialistas independientes, en Berlín. Por exceso de trabajo en el Consejo Central, pierdo el tren y a la mañana siguiente vuelo a Berlín. Mi piloto es un ex aviador de la guerra. La cruz de hierro de primera clase y el distintivo de oro de los aviadores adornan su casaca. Partimos con cielo azul. Estoy sentado detrás del piloto en un pequeño espacio rectangular.

A mis pies se ve un agujero en el piso por el cual durante la guerra arrojaban bombas sobre casas y gente, ahora me sirve para observar la tierra que se aleja bajo mis pies. Es mi primer vuelo. Los bosques oscuros, las verdes praderas, las montañas, todo se convierte en cuadrados coloridos como los que venden en las jugueterías para formar figuras. Montañas de nubes se forman, la tierra desaparece bajo un velo de niebla que me atrae con llamado casi irresistible. El deseo de caer, de sumergirme desconcierta mis sentidos.

El cielo se aclara, el sol brilla en el cenit. Miro la hora, ya hemos volado horas, debemos estar en Leipzig, donde

el aviador piensa reabastecerse de nafta. Escribo en un papel que le alcanzó al piloto: ¿Cuándo llegaremos a Leipzig? Encoge los hombros: ha perdido el rumbo.

De repente el avión cae precipitadamente y se clava en la punta de un campo arado. Doy con la cabeza contra el borde del aparato y rueda desvanecido. Cuando me recobré veo gente, no es en Leipzig donde aterrizamos, sino en Vilshofen, en Baviera. Los campesinos nos ayudan, el aparato tiene poco daño.

—¿Podemos continuar el vuelo a Berlín? —le preguntó al piloto.

—No.

—¿Qué hacer entonces?

—Yo me atrevo a volar de vuelta a Munich, pero por usted no asumo la responsabilidad.

Por la noche aterrizamos en el aeródromo de Schlisheim.

A la mañana siguiente vuelo con otro aparato y otro piloto. El cielo se escapotea, la lluvia nos moja la cara, horas y horas volamos sin ver Leipzig. Pienso en la caída de ayer y me sujeto con las correas. Minutos después se inclina el avión a tierra, descendemos en un campo sembrado. El aparato sigue corriendo y en un declive se da vuelta. Como estoy atado quedo debajo, el piloto ha conseguido salir a tiempo; de la boca y de la nariz me sale sangre.

—Nada grave —me dice el piloto y me saca de debajo del aparato.

En las cercanías vemos una aldea, los campesinos vienen corriendo, no se preocupan por nosotros, en

sus manos traen botellas, cacharros, baldes, recipientes grandes y chicos para juntar la nafta que sale del tanque, la nafta es en estos momentos más valiosa que el oro, más valiosa que las vidas humanas.

El piloto y yo vamos dando traspiés en dirección a la aldea. Entramos en una taberna y acostados sobre bancos nos dormimos, rendidos por el susto. Debo haber dormido horas, al despertar anochece. Como a través de una niebla veo a los campesinos sentados alrededor de las mesas en la taberna. Me levanto, ante la puerta veo un gendarme.

—No francés — me grita y me hace señas de que no debo abandonar el local.

—No soy francés —le digo y le muestro mis documentos.

Sus ojos se abren sorprendidos, me hace una seña de que le siga al corredor.

—Así que usted es el señor Toller. Eso no se lo debemos decir a los campesinos. Creen que es un francés, si supieran quién es usted, que es uno de los rojos, lo matarían a palos en el acto. Aquí en Wertheim son todos negros.

Voy hasta Ingolstadt y pregunto al jefe de estación:

—¿Pasa hoy todavía un tren para Munich?

—Eso sí — me contesta.

—Me iré en él.

—Eso no.

—¿Por qué?

—Es un tren especial y no para.

—El tren tiene que parar.

—Así fuera usted el rey de Baviera, el tren no pararía.

—No soy el rey de Baviera... le muestro mis documentos.

—Eso me importa poco.

Meto la mano en el bolsillo, tomo el pañuelo como si empuñara un arma y mirándolo fijamente le digo:

—Usted hará parar el tren.

Deja caer sus hombros levantados, saca el pecho, lleva la mano a la visera de la gorra y murmura:

—A sus órdenes, señor Toller.

Diez minutos más tarde subo al tren en dirección a Munich. La conferencia de Berlín la he perdido. Si hubiese llegado a Berlín hubiera tenido que permanecer allí, pues dos días más tarde se declara el estado de guerra entre Berlín y Munich.

Antes de que el Parlamento pueda comenzar su labor, El Consejo de obreros de Augsburg, cansado de las resoluciones revolucionarias, envía delegados al Ministerio en Munich para exigir la proclamación de la república. El gobierno no detiene a estos hombres como reos del crimen de alta traición, sino que los recibe. Los ministros socialdemócratas pierden la cabeza. Temen por el mando, por los puestos, por los miembros del partido, y están dispuestos a satisfacer la exigencia. Casualmente uno de ellos no está presente. El presidente de ministros, Hoffmann, de primera intención quiere renunciar; una duda le preocupa, escribe al presidente del Consejo Central, consultándole si la república pagará pensión a los viejos ministros.

Los comunistas no intervienen: desconfían de los viejos socialistas, estos, como tantas otras veces durante la

revolución alemana, están tramando algo que perjudicará a los obreros. Los sindicatos no están todavía maduros, la república de consejos no podrá sostenerse sin la ayuda de la Alemania del Norte. Pero esto debían haberlo dicho ya hace algunas semanas, cuando exigían, como fin político inmediato, en conferencias, diarios, congresos y parlamentos, la constitución de una república de consejos, y a cada uno que oponía reparos lo tildaban de contrarrevolucionario y burgués. No se deben anunciar las convicciones en las que no se cree. El temor a la verdad conduce al propio engaño. No se debe esquivar la realidad si se presenta en distinta forma que lo que deseó y disculparse con la excusa de que lo que se dijo no quería decir eso. Los independientes vacilan. ¿Tiene un partido revolucionario el derecho de abandonar a las masas que lo seguían? Un jefe revolucionario no debe seguir ciegamente la opinión de las multitudes, debe defender sus convicciones y combatir sus opiniones sin sentido. ¿Pero son solamente opiniones? No hay ya obras realizadas que puedan influir sobre nuestra acción. Los burócratas de partido conferencian, el pueblo procede. En aquella hora ya está proclamada en Würzburg, Augsburg, Fürth, Aschaffenburg, Lindau, Hof, la república de consejos. Debimos haber ilustrado antes al pueblo sobre la verdadera situación del poder en Alemania, y si así no lo hicimos fue culpa nuestra.

En la noche del 6 al 7 de abril de 1919 se reunió en el palacio de Wittelsbach el Consejo Central, con la asistencia de los delegados de los partidos socialistas, de los sindicatos obreros, de las ligas de campesinos. Donde antes se

deslizaban camareras y criados de librea, taconeaban ahora los pesados zapatos de obreros, campesinos y soldados.

En los sedosos cortinados de lo que fue dormitorio de la reina de Baviera, están apoyadas secretarias somnolientas, guardias y correos. Son elegidos los comisarios del pueblo y también aquí se muestra la ignorancia, la falta de finalidad, lo vago y confuso de la revolución alemana. Silvio Gsell, el teórico del dinero libre y de la administración libre, es nombrado ministro de Hacienda. Para presidente de la Administración Central se designa al marxista doctor Neurath. ¿Cómo pueden trabajar juntos estos dos hombres? Me ofrecen uno tras otro, tres comisariados del pueblo; declino los tres. Como director del comisariado del pueblo de las relaciones exteriores nombran al doctor Lipp, cuyas condiciones ninguno conoce. No tiene cara; únicamente una gran barba; no se le ve el traje, una gran levita sobre su persona. Estos dos requisitos parecen ser los motivos por los cuales sirve para el puesto. Un obrero al que le pedí informes del doctor Lipp me contestó que conocía personalmente al papa. Otros hombres que no conocen al papa pero conocen al pastor de la aldea, son nombrados para distintos cargos.

Cuando salgo del palacio Wittelsbach, amanece. La revolución ha triunfado. ¿Ha triunfado la revolución? Esta república de consejos es un golpe de manos arriesgadísimo, de masas de obreros desesperados por salvar la revolución alemana. ¿Qué cosas nuevas creará? ¿Cómo terminará?

Ante la pequeña pensión en la que me alojo espera uno de nuestros jefes de sección.

— Ahora tenemos el poder.

— ¿Lo tenemos? — pregunto.

El compañero vacila, me mira pensativo. Me despido rápidamente y me voy.

El primer día de la república socialista es declarado fiesta nacional.

En las calles, obreros vestidos de fiesta. Desconfiados y temerosos los ciudadanos se reúnen y hablan sobre los acontecimientos ocurridos en la última noche. Camiones ocupados con soldados cruzan la ciudad.

Sobre el palacio de Wittelsbach flamea la bandera roja.

El trabajo empieza. Un decreto anuncia la socialización de la prensa; otro, el armamento de los obreros y la creación del ejército rojo; un tercero, la confiscación de las casas para remediar la necesidad de las moradas; un cuarto reglamenta la provisión de víveres.

La guarnición de Munich envía representantes al Consejo Central.

¿Sabrá defender la república soviética? Los soldados del primer regimiento de la guardia, dan a su cuartel el nombre de Karl Liebknecht.

También los jueces y fiscales del viejo Estado monárquico quieren colaborar. Están de acuerdo con las bases de la “República Soviética”. Están dispuestos a juzgar y condenar en los nuevos Tribunales Revolucionarios a los enemigos de la revolución. Las campanas de las iglesias son echadas a vuelo.

Únicamente los comunistas combaten a la república de los soviets y convocan reuniones de obreros. Envían

oradores a los cuarteles. Esta república no merece que los soldados la defiendan. Mientras tanto el presidente del Consejo, Hoffman, y los demás ministros que huyeron de Munich, han recapacitado. El gobierno nombrado por el Parlamento traslada su sede a Bamberg. Para su protección llama al cuerpo libre de Epp, formado en Ohrdruf. Detiene a los representantes de la república de los soviets en las ciudades francas, y domina el norte de Baviera. A Bamberg también fue el comisario de alimentación de la República Soviética, el campesino Wulzelhofer. Se hizo confirmar por mí su nombramiento. Ahora integra el gabinete del gobierno contrario, de Hoffmann. En Munich renuncia el presidente del Consejo Central y me designan su sucesor.

En las antecámaras del Consejo Central se apretuja la gente. Cada uno cree que la república soviética ha sido creada para satisfacer sus deseos particulares. Una mujer desea ser casada inmediatamente. Hasta ahora tuvo inconvenientes por faltarle los papeles necesarios. La república soviética debe salvar la felicidad de su vida. Un hombre quiere que se obligue al propietario de la casa en que vive a que le rebaje el alquiler. Se ha constituido una partida de ciudadanos revolucionarios que exige se encarcele a todos sus enemigos personales, antes amigos y socios del mismo club de juego. Reformistas ignorados ofrecen sus proyectos para sanear la humanidad; su vida hostilizada durante decenas de años, garantiza la seguridad de que la tierra al fin será convertida en un paraíso.

Quieren curar el mundo desde un punto, si se deja prevalecer su opinión; su lógica es inatacable.

Unos ven la raíz de todo mal, en el goce de alimentos cocidos, otros en el valor del oro, los terceros en el uso de ropa interior gruesa, los cuartos en el trabajo de las máquinas, los quintos en la falta de una disposición legal sobre la universalidad del idioma, los sextos responsabilizan a las grandes casas de comercio y a la libertad sexual. Recuerdan todos ellos a ese zapatero bávaro que publicó un voluminoso tomo para demostrar que la humanidad sufre moralmente por el sólo hecho de satisfacer sus necesidades en locales cerrados y usar papel artificial. Trataba de demostrar que si pasaran estos minutos en los bosques o praderas y usaran musgo, también sus emanaciones venenosas espirituales se disolverían en el éter, limpios de cuerpo y alma regresarían a sus tareas. Su sentimiento social saldría fortalecido, el egoísmo desaparecería, despertaría el verdadero amor a la humanidad, y el reino de Dios sobre la tierra, tanto tiempo prometido, comenzaría.

El comisariado de relaciones exteriores, doctor Lipp, desempeña sus tareas, enviando notas oficiales al mundo entero. Realmente debe conocer personalmente al papa por cuanto le envía el siguiente telegrama:

“Me hago un sagrado deber en garantizar a su reverenda persona y a todo el personal de la nunciatura en Munich la más completa seguridad. Crea usted en mi mayor devoción”.

Al embajador bávaro en Berlín le telegrafió en forma incoherente, terminando con ordenarle que presentara su renuncia. Los funcionarios del correo leen las notas y sacu-

den las cabezas. Al fin creen que esto ya no puede seguir y me consultan. Leo lo que el doctor Lipp telegrafía al papa y tengo la convicción de que es necesario recluírlo en una casa de salud. Para evitar llamar la atención ante la opinión pública le instó a presentar su dimisión. Inquiére la causa.

— ¿Ha redactado usted estos telegramas?

— No sólo los he redactado, sino que los he escrito con propia mano.

— El texto de su renuncia está preparado, tenga usted la bondad de firmar.

El doctor Lipp se incorpora, tirona los pliegues de su levita, saca de su bolsillo un pequeño peine, se lo pasa cuidadosamente por la barba, guarda el peine, toma la pluma, se apoya en el escritorio y dice con voz triste:

— ¿Qué es lo que no hago yo por la revolución?

Firma el documento y se retira.

Por la tarde está otra vez sentado en el escritorio del Ministerio, redactando telegramas y obsequia a las escribientes y secretarias con claveles rojos. Enfermeros de una clínica psiquiátrica se lo llevan.

El comisario de finanzas Gsell procura separar el problema del capital del problema del dinero. Por la creación del deslizamiento del problema monetario quiere separar el interés y con ello evitar la explotación.

Los viejos socialistas juegan otra vez dos cartas. En Munich, tres hombres de confianza pactan con él, contra el gobierno de Bamberg. El 9 de abril por la noche entra precipitadamente en mi habitación uno de los jefes de sección.

El Partido Comunista ha designado algunos jefes en las fábricas y los convocó a una reunión en los sótanos de Mattaser. Esta noche piensan despojaros del poder.

Sacudo incrédulo mi cabeza. Hace pocos días el Partido Comunista negó su apoyo a la constitución de una república soviética y profetizó —creo que confusamente— su escasa duración, las desgraciadas consecuencias que esto traería aparejado para la clase obrera. Entonces, ¿qué nuevos acontecimientos políticos determinan al Partido Comunista a querer hacerse cargo del poder? La situación es la misma de hace unos días, mejor dicho, más desesperada. En ese entonces el partido comunista no quiso formar parte del gobierno como representante de la minoría. Quería, a pesar de no contar con el apoyo de los obreros, llevar la dirección del gobierno, dictar su voluntad política. Esta pretensión de mando confía en poderla imponer ahora. En momentos en que entro en el sótano Mattaser habla Leviné. Dice que la república soviética no es más que una república de nombre, que el gobierno es completamente incapaz, que es forzoso destituirlo y en lugar del central, nombrar un nuevo consejo que se haga cargo del poder. La asamblea aprueba la sugestión de Leviné. Pido la palabra. El presidente me la niega. Me dirijo a la asamblea y ésta exige a la mesa directiva se me conceda el derecho de hablar. “El central que hoy se pretende destituir fue elegido y designado por el congreso de los soviets de obreros, soldados y campesinos de Baviera. Las delegaciones de toda Baviera están en él representadas; el gobierno se apoya en la confederación de campesinos.”

—Si habéis cambiado hoy vuestra manera de pensar —le grito a los comunistas—, y creéis que solamente un gobierno inepto es el culpable de la desorganización reinante, está en vosotros el solucionarlo. Mediante vuestra participación en el gobierno se podrá salvar la revolución.

Si en cambio nos destituís, formáis un nuevo gobierno y los campesinos no os prestarán su apoyo, ¿qué haréis entonces?, ¿cómo alimentaréis a la población de Munich?

—Haremos como en Rusia —dice Leviné—, iniciaremos la lucha de clases, organizaremos expediciones de castigo que invadirán las aldeas y obligaremos a los aldeanos a entregarnos cereales y leche.

—Estas expediciones no obtuvieron resultados satisfactorios en Rusia, y en Baviera conducirán a un rotundo fracaso. En Baviera no podréis contar con la proverbial pobreza de los aldeanos rusos, ni aun los aldeanos de la parte baja de Baviera son comparables a los mujiks. El bávaro no es el campesino ruso, está armado y se defenderá. ¿Pretenderéis acaso librar una batalla por cada litro de leche?

La asamblea está conmigo y aprueba. Habla otro comunista. Los asambleístas vuelven a estar con ellos. El secretario del Partido Comunista recibe el encargo de dirigirse al palacio Wittelsbach a comunicar al gobierno constituido que ha cesado y está destituido. La asamblea elige el nuevo gobierno. Fuera de los dirigentes comunistas no conozco a ninguno de los nuevos miembros. Algunos son elegidos porque tienen debajo del brazo o en la mano el libro partidario de los socialdemócratas. Ahora es una

virtud hacerse ver con el libro (durante la monarquía, era un delito). Si estos hombres, los elegidos para formar el nuevo gobierno son capaces o no, si tienen influencias o no dentro de su partido, no interesa.

La asamblea resuelve declararse en sesión permanente, y autoriza la publicación de un manifiesto que llama a los obreros a la huelga general, y ordena el desarme de los regimientos y de la policía de Munich. El nuevo gobierno abandona el local. Yo tengo que quedarme, estoy detenido.

Correos van, correos vienen. Se organizan comités, se extienden poderes y se sellan. El sello ya lo habían traído en previsión. Los hombres en las mesas están sentados. Mozos somnolientos traen cervezas y salchichas. El tono de las voces se atempera, los gestos demuestran cansancio, el aire pesado y lleno de humo de tabaco flota sobre las cabezas.

A las dos de la mañana se oyen ruidos en la calle. Las puertas son abiertas violentamente. Soldados del cuerpo de defensa de la república se precipitan con las armas en la mano en el local. El jefe se abre camino entre la gente asustada y salta sobre mí. Retrocedo, me grita.

— Vengo a liberarte.

La multitud no sabe todavía si el ataque es llevado contra mí o contra ellos. Ahora el jefe de la tropa se detiene frente al local y revólver en mano listo para hacer fuego grita.

— Arriba las manos. Abandonen inmediatamente el local. Al tercer redoble de tambor disparemos nuestras armas.

Ya suena el primer redoble. La gente está rodeada por soldados que los amenazan con los caños de sus fusiles. Algunos obreros se dirigen a las ventanas, las abren y saltan afuera. La mayoría se queda en sus puestos.

— Tirad si tenéis coraje — dicen algunos.

Tomo del brazo al jefe de la tropa:

— ¿Está usted loco?, dé inmediata contraorden.

— No.

— Entonces lo haré yo.

Temblando de ira y de indignación, el jefe de los soldados me pone el revólver ante la cara, pero ya les digo a los obreros:

— Nadie disparará un tiro sobre ustedes.

Los soldados se van. Los acompaño hasta el Comando General de la ciudad.

El comandante de la ciudad me informa.

— Las tropas han sabido que se las pretende desarmar. Todos los cuarteles están alarmados; los soldados se han fortificado. A la primera tentativa de los obreros de tomar por asalto los cuarteles, dispararán a matar. Munich tendrá hoy un espantoso baño de sangre. Cuando abandono el Comando General son la seis de la mañana. Veo los primeros tranvías, prueba de que los tranviarios no se plegaron a la huelga general. Voy a las fábricas de Maffei y Krupp. Hablo a los obreros para disuadirlos de tomar por asalto los cuarteles. Aceptan mis indicaciones; lo mismo hacen los obreros de otras fábricas. El nuevo gobierno surgido la noche anterior se disuelve en silencio; algunas horas después nadie se acuerda de él. Nadie, ni el mismo Partido Comunista.

En Munich se combaten los revolucionarios, en el norte de Baviera se unen los contrarios. El viejo socialista Schneppenhorst que hace una semana se jugaba la cabeza por la defensa de la república soviética, organiza tropas en contra nuestra.

Las luchas internas en Munich deben tener un fin, El central invita nuevamente a los comunistas ahora que la república está amenazada, a defender la revolución. El Partido Comunista envía un delegado al soviet central; demasiado tarde.

La república soviética no se puede sostener, la vacilación de sus jefes, la resistencia del Partido Comunista, la traición de los viejos socialistas, la desorganización de la administración, la escasez de víveres que siempre va en aumento, la confusión entre los soldados, todas estas circunstancias tienen que precipitar su caída y dar fuerza y entusiasmo a la contrarrevolución. En mi inexperiencia no me atrevo a exponer a los obreros lo desesperado de la situación.

Nada pesa con mayor responsabilidad sobre un dirigente político que silenciar los hechos. Tiene que decir siempre la verdad por amarga y aplastante que sea; solamente la verdad eleva la fuerza, la voluntad, la inteligencia.

Esta república soviética fue un error y los errores hay que reconocerlos y sufrirlos. Se ha llegado al extremo de que soldados y viejos socialistas negocian por cuenta propia con el gobierno contrario. No debemos perder tiempo, la contrarrevolución nos amenaza en nuestras propias filas.

El sábado 12 de abril suena el teléfono, una voz pregunta:

— ¿Es Toller el que habla?

— Sí. ¿Quién habla?

— No tiene importancia. Sólo quiero prevenirle que se prepara un movimiento contra la república soviética.

Ruidos en el teléfono. A mis gritos no contesta nadie: han cortado la comunicación. Nuestra situación peligra tanto que no debo desoír esta advertencia telefónica. Alarmino durante la noche a los obreros de las grandes fábricas. Por una vaga intuición no voy a casa, duermo en casa de un amigo. Por la mañana me despierta su voz, está al teléfono y repite las palabras que le dice un amigo, el abogado Kauffmann:

— Tuvo éxito un movimiento sorpresivo contra la república de los soviets. Tropas del gobierno de Hoffmann han ocupado la estación del ferrocarril. Todos los miembros del Consejo Central están detenidos, Mühsam, Hagemeister, Wadler. Faltan únicamente Toller y Leviné, ya estamos sobre sus pistas.

Mi amigo cuelga el tubo. Suena la campanilla de la puerta de calle. Mi amigo se sobresalta y me mira. Pienso que me han encontrado, y pienso en un medio para huir.

— Para huir ya es demasiado tarde — dice mi amigo. Nuevamente suena la campanilla de la puerta.

— Detrás de la biblioteca hay un pequeño gabinete, te esconderás allí.

Lo hago. Mi amigo pone un armario ante la puerta y se va, después de un momento me saca de mi escondite.

— Tienes suerte — me dice —, es un teniente el que vino; recién llega de Turquía y no quiere saber nada de

política desde que Guillermo huyó a Holanda. Además no viene en busca de socialistas. Busca a una mujer. Oda por igual a la política de derecha y de izquierda. Pero trae novedades. El gobierno de Hoffmann —según el teniente— consiguió, con la ayuda de algunos socialistas de Munich, atraer a su lado a las tropas republicanas. A cada hombre le han sido ofrecidos trescientos marcos. Los soldados ocuparon durante la noche la estación del ferrocarril y la casa de gobierno: dominan la ciudad. La república soviética ha tenido un fin sin pena ni gloria.

Los obreros demasiado débiles para afianzar el gobierno revolucionario, no quieren sin lucha entregar la ciudad a los “blancos”. Se reúnen en el prado de Munich con las tropas revolucionarias y la lucha comienza. Ante nuestra casa patrullan soldados del gobierno.

Le ruego al oficial me facilite el uniforme.

— Con mucho gusto — contesta —, se lo regalo con todas las condecoraciones y distinciones que tiene. Una sola cosa le pido. Si vuelve usted a conquistar nuevamente el poder, regáleme un avión. Quiero volar al país de los esquimales, casarme con una de sus mujeres y olvidar a la maldita Europa.

— Algo largo el camino.

— Vale la pena. Las mujeres europeas están todas militarizadas y yo quiero casarme con una mujer y no con un futuro suboficial.

Me visto el uniforme y salgo a la calle. Encuentro soldados blancos. Saludan a su teniente. Un obrero con el fusil al hombro se me cruza en el camino.

– ¿Dónde se combate, compañero?

El obrero vacila, me mira, observa mi uniforme de teniente. Su cara se contrae y dice:

– Déjeme en paz.

– ¿Dónde se lucha, compañero?

El obrero levanta su fusil y apunta. Pero dejándolo caer otra vez, dice:

– Quítate de aquí o no me contengo.

Había olvidado que llevaba uniforme de teniente. Me voy corriendo.

Mientras tanto los obreros y soldados revolucionarios habían tomado por asalto la estación ferroviaria, las tropas blancas huyeron en trenes que ya estaban preparados. Únicamente en el gimnasio Luitpold se sostiene una compañía de tropas de defensa republicana que se pasaron al gobierno de Hoffmann; con los compañeros ataco y las tropas se rinden.

Durante las horas en que tomé parte en estos combates, se volvieron a reunir los consejos de obreros y eligen un nuevo gobierno, pues creen que todos los componentes del anterior están detenidos. Los comunistas dominan en él.

Me dirijo al comando general donde sesiona el nuevo Consejo Central.

Antes de que pueda decir algo, me detienen.

– Ahora está en nuestro poder el rey del sur de Baviera – grita Leviné.

Las masas obreras pueden estar perfectamente de acuerdo, pero los jefes siguen peleando. Se cree que como presidente del antiguo Consejo Central puedo llegar a ser

peligroso para el nuevo, y sólo después de mucho discutir me ponen en libertad.

Por la noche, en la pensión, la sirvienta da un grito de espanto. Me considera un fantasma. Toca mis brazos para convencerse de que son de carne y hueso.

—Lo considerábamos muerto. Al mediodía paró en la calle un automóvil, en el cual había un hombre joven. Ése es Toller, gritaron. Algunos se abalanzaron sobre él, lo golpearon con palos y arrastraron luego su cuerpo desvanecido. Hasta hace un par de horas había soldados blancos en la pensión. Cuando triunfaron los rojos, escaparon con sus corbatas. Ni una le han dejado. La “aparente” república soviética, como la llaman los comunistas, se ha hundido. La “verdadera” república de los soviets comienza su obra.

Apenas una semana ha transcurrido desde que el Partido Comunista declaró que la república soviética no podía sostenerse, pues carecía de las condiciones internas y externas favorables y el elemento obrero no estaba preparado. La situación en el resto de Alemania es completamente desfavorable, y hacerse cargo del gobierno sería servir a la reacción. Pero el triunfo obrero contra las tropas blancas ahuyenta todas estas consideraciones de los comunistas. De la lucha armada surgió la unidad del proletariado, en contraposición a la aparente república soviética que nadie apoyaba. Es ésta la obra de las masas obreras. Al partido comunista le corresponde la dirección del gobierno por ser el cuerpo de choque de la revolución. Tal vez pueda la república soviética mantenerse el tiempo necesario hasta que haya triunfado también en Austria la revolución comunista, y formar así el bloque Austria-Hungría-Baviera.

Se nombran comisiones que deben organizar el nuevo ejército rojo, combatir la contrarrevolución, reconstruir las finanzas y la administración y ordenar el reparto de víveres. La guardia roja toma a su cargo el servicio de seguridad de la ciudad. El mando superior de esta guardia roja se le confiere al comunista Eglhofer. Eglhofer fue uno de los jefes de la revuelta de los marineros de Kiel en 1918, condenado a muerte, fue amnistiado y condenado a prisión perpetua. La revolución de noviembre lo libertó. Le faltaban condiciones organizadoras y por lo tanto se hacía asesorar por colaboradores que él mismo designaba.

El primer procedimiento popular de este gobierno fue la confiscación de toda clase de víveres que estaban en poder de acaparadores. Los diarios burgueses ya no pueden aparecer. Como órgano del gobierno se elige el Boletín de Informes del Consejo Central. Las fábricas no trabajan, ha sido decretada la huelga general por tiempo indeterminado.

El gobierno de Hoffmann en Bamberg ha llamado a las armas al pueblo bávaro y solicita del gobierno del Reich, en Weimar, ayuda, militar. Dos cuerpos del ejército enviados por el gobierno de Weimar entran en Baviera. Vienen en ayuda de los blancos. Los diarios berlineses publican noticias horribles sobre la situación en Munich. Se dice, entre otras cosas, que la estación del ferrocarril ha sido destruida a cañonazos, que en las calles de Munich los ciudadanos sirven de blancos vivientes para que la guardia roja ensaye en ellos su puntería, que Gustavo Landauer (que ya no pertenece al gobierno) implantó el comunismo de las mujeres.

En Munich la situación es de tranquilidad. El tribunal revolucionario asusta más por sus manifiestos que por sus hechos. Nadie es condenado a muerte, nadie fusilado, nadie robado o maltratado.

En la noche del 15 de abril habla Leviné, en una reunión del Consejo de Obreros. Campanas echadas a vuelo interrumpen su discurso. Nadie sabe quién dio la orden de hacer sonar las campanas. Nadie conoce los motivos. Se difunden muchos rumores. Un movimiento contra el gobierno organizado por burgueses ha empezado en la ciudad. El tañido de las campanas ataca los nervios, altera la sangre, acelera el pulso. Los guardias en la calle corren el seguro de sus fusiles.

Hace un año, cuando me detuvieron durante la huelga, me negué a vestir el uniforme y llevar armas. Odiaba el poder y juré antes aceptar y acatar el poder que ejercer violencia. Ahora que la revolución era atacada, ¿debía quebrar este juramento? Tenía que hacerlo. Los obreros me habían confiado mando y responsabilidad. ¿No engañaba su confianza y frustraba sus esperanzas si ahora me negaba a defenderlos, o los incitaba a abandonar toda resistencia? Debía haber recapacitado con anterioridad sobre las probables consecuencias sangrientas y no aceptar ningún cargo.

— El que quiera actuar hoy en el campo político, debe saber con claridad que las leyes y consecuencias de sus luchas son reguladas por otras fuerzas que las de su buena intención. Que a menudo le es impuesta la forma de ataque y defensa, que puede parecer cruel y sangrienta, pero que no le queda otro recurso que atacarla.

— ¿Estáis seguros de que los blancos atacan?

— Sí, ya ocuparon la estación del ferrocarril.

— ¿Quién me sigue voluntariamente?

Siete obreros se adelantan. Vamos por una callejuela silenciosa.

Cuando nos acercamos a la calle Theatiner, percibimos el tableteo de las ametralladoras en dirección a la plaza María.

— Cuerpo a tierra — ordeno.

Nos arrastramos adelante. Por la callejuela pasa a toda velocidad un automóvil.

— ¡Alto! — le grito y disparo un tiro al aire.

Frena, un señor grueso desciende, las manos llenas de paquetes de cigarrillos.

— No tiren — grita —, tengo cigarrillos austriacos.

Los rostros de mis compañeros están radiantes; diez manos se extienden.

— ¿Quién es usted?

— Disculpe usted. Soy el cónsul austriaco.

— ¿Viene de la plaza María?

— Sí.

— ¿Quién ha tirado?

— No lo sé.

— ¿Se cruzó usted con las tropas blancas?

— No he visto nada. Por favor sírvase cigarrillos, son legítimos.

— Usted debe decirnos lo que sabe.

— Yo no sé nada. Tengo miedo. ¿No quiere usted los cigarrillos?

—Hurra — gritan mis hombres—, cigarrillos austriacos.

—Aliados — dice el cónsul.

—Buena clase — dicen mis hombres.

—¿Puedo irme a mi casa ahora?

—Ahora sí — dice uno y enciende un *Memphis*.

Como pieles rojas nos arrastramos de una iglesia a otra, averiguando quién ordenó repicar las campanas. Nadie lo sabe. Unos dicen que sus campanas no han repicado, otros que recibieron la orden pero no saben decir de quién. No se puede pretender que ahora deban conocer a todos los que llevan uniforme. Finalmente me dirijo con mis hombres a la estación. Está ocupada por nuestras tropas:

—¿Dónde están los blancos? — le pregunto al que las manda.

—Por aquí no hemos visto ninguno — me contesta.

En el local seccional, Sendling, del Partido Comunista me informan que la orden de repicar campanas vino del Comando General de la ciudad. Los blancos están en marcha sobre Munich; los obreros ya han salido para enfrentarlos. Detenemos un camión de carga y nos hacemos llevar a las afueras de la ciudad. Bajamos frente a una taberna.

—¿Dónde están los blancos? — pregunto.

Nadie lo sabe.

Ante una mesa están sentados tres soldados de un regimiento de caballería pesada. Sus caballos están atados a un árbol. Un soldado me da su caballo, los otros dos me acompañan. Cabalgamos en la noche clara y estrellada por la tranquila campiña. Cuando oímos voces, nos ocultamos

a la sombra de los árboles del bosque situado a un lado del camino. Si se protesta contra Leviné o Toller, seguimos tranquilos, son amigos.

Nos acercamos a la casilla de un guardabarreras y vemos que un hombre corre al interior. Nos apeamos y lo seguimos precipitadamente. Está hablando por teléfono, le quito el auricular.

— ¿A quién telefonea usted?

No contesta. Me pongo ante el aparato.

— ¿Una patrulla? — pregunta una voz al otro extremo del hilo.

— Un regimiento — contesto.

— ¿Un regimiento?

— Una división.

— ¿Quién habla allí? — pregunta la voz.

— Soy yo.

Del otro lado cuelgan el auricular.

— Usted ha telefoneado a los blancos — le grito.

El guardabarreras no contesta.

No tenemos tiempo que perder, tenemos que seguir adelante. Antes de continuar cortamos los hilos telefónicos. En Karlsfeld alcanzamos a obreros y soldados de Munich, los que espontáneamente, sin dirección militar, obligaron a dar media vuelta a las tropas blancas que venían del Norte para atacar Munich. Los persiguieron. Ahora que desbarataron el ataque y perdieron contacto con el enemigo, se deshace la unidad atacante y se forman grupos desordenados.

Seguimos cabalgando por el camino, en dirección a Dachau. De repente silban balas; mi caballo se encabrita.

— ¡Atrás! — grito.

Cuando me doy vuelta veo el caballo de uno de los soldados dando saltos, el jinete cae al suelo, muerto. Una bala le dio en el pecho. Hasta la mañana siguiente hemos podido recoger el cadáver.

En su bolsillo tenía una carta que decía: “Querida madre: ¿Cómo te va? A mí me va bien, estoy sentado en la taberna esperando a los blancos. Van atacar Munich, no sé qué traerán las próximas horas. Me digo que es preferible una muerte con honor”.

En la taberna de Karlsfeld están reunidos los hombres de confianza de los obreros de Munich.

— Toller debe tomar el comando, — dice uno de ellos.

— ¿De un cañón? — pregunto recordando que durante la guerra fui suboficial de artillería.

— No, del ejército — dice un viejo de cabellos blancos, obrero de Krupp.

Yo me resisto y procuro explicarles que un jefe de ejército debe reunir condiciones que yo no tengo.

— Uno tiene que sacrificarse si no se producirá un desastre, y si no lo entiendes, lo aprenderás, lo principal es que a ti te conocemos.

No sé qué contestar: ¿Qué motivos podría oponer a esta confianza conmovedora y caprichosa de hombres que acaban de derrotar a tropas disciplinadas y dirigidas por militares de escuela?

En esta forma llego a ser jefe de ejército. En las filas de los obreros encuentro algunos oficiales jóvenes que habían servido en el ejército imperial. Formo con ellos un

Estado Mayor. Los obreros son separados en batallones. Tomamos posiciones frente a Dachau que está ocupado por el enemigo.

—Un estado mayor necesita mapas — dice el jefe de la infantería, un estudiante de 19 años.

—Tiene razón — agrega un cervecero que durante la guerra fue cabo.

En las primeras horas de la mañana voy con el jefe de la infantería a Munich. También los oficiales reaccionarios en el Ministerio de Guerra sabían que necesitábamos mapas, y previsores habían separado ya los de los alrededores de Dachau. Volvemos a Karlsfeld. De Munich llegaron refuerzos: quinientos hombres, obreros de la fábrica de Maffei, armados y formados militarmente. Me entregan un despacho de parte del ministerio de guerra: “Dachau debe ser inmediatamente bombardeada y tomada por asalto”. Vacilo antes de proceder. Los campesinos de Dachau están de nuestra parte. Debemos evitar destrucciones inútiles, organizar nuestras fuerzas. Emplazamos a los blancos con el siguiente ultimátum: “Retirada de las tropas blancas hasta detrás de las líneas del río Danubio, libertad inmediata de los prisioneros tomados durante la noche del 13 de abril, levantamiento del sitio de Munich”.

Debe saberse que desde el segundo día de la república soviética, Munich está sitiada por el gobierno de Bamberg. Cuando los ingleses, durante la guerra sitiaron por hambre a Alemania, todos estaban indignados. Ahora el gobierno de Bamberg trata de hacer morir de hambre al propio pueblo.

Los blancos mandan parlamentarios: un teniente primero y un miembro del Consejo de soldados. Tratamos únicamente con el miembro del Consejo.

— Camarada: luchas contra tus compañeros; obedeces a aquellos que te oprimen y te hacen sufrir. Recuerda que contra ellos te rebelaste en noviembre.

— Y vosotros, ¿qué habéis hecho de Munich?, ¡matáis y saqueáis!

— ¡Quién dice eso?

— Nuestros diarios.

— ¿Quieres convencerte? Puedes ir a Munich, nadie te hará daño; puedes recorrer y ver todo y comprobarás que te mienten.

El oficial nervioso e impaciente grita al soldado:

— Ni una palabra más. Ninguna contestación.

— Ah, ya habéis llegado a eso —le digo al soldado.

El oficial se levanta y se dispone a retirarse. El soldado me susurra:

— No tiraremos sobre vosotros.

Acompañados por dos de nuestros hombres regresan los parlamentarios a Dachau. Dos horas después oímos que el gobierno de Bamberg aceptó nuestras condiciones. Solamente en un punto no quiere ceder: las tropas blancas se retirarán hasta Plaffenhofen, las posiciones de este lado del Danubio no las quiere perder.

A las cuatro de la tarde se oyeron disparos de cañón. ¿Han quebrado el convenio los blancos? Han sido nuestros propios cañones por orden de un Consejo de soldados, desconocido. Uno de nuestros parlamentarios regresa de

Dachau. El comandante amenazó con parar a los otros dos contra la pared y fusilarlos, no merecen otra suerte ya que el ejército rojo al violar el armisticio había procedido sin honra.

Como jefe del ejército llevo la responsabilidad por la vida de mi gente y resuelvo viajar en automóvil a Dachau para aclarar el incidente.

El automóvil llega a nuestras primeras líneas, no veo soldados. Seguimos el viaje. Alcanzamos las barricadas construidas por los blancos en el camino de entrada a Dachau. Están destruidas. Repentinamente el automóvil es blanco del fuego de fusilería y ametralladoras.

— Sigue adelante — le grito al chofer.

Veo avanzar a nuestras tropas en línea de tiradores.

— ¿Quién dio la orden? — le pregunto al jefe del grupo.

— Un correo.

No sospecho que la orden de avance es obra de un provocador.

Sólo más tarde me entero que Wimmer, miembro del Consejo de soldados procedió por cuenta propia para sembrar confusión. El avance y el cañoneo anterior eran obra de él.

— ¿Qué debo hacer? Ordenar la retirada en medio del combate no es posible. Ahora se trata de apoyar el avance de las tropas. Vuelvo a Karlsfeld. Envío reservas a las tropas de la primera línea y me agrego a una columna. El fuego en el frente se aviva. Mi columna vacila, pide ser apoyada por la artillería. Me niego a dar la orden; avanzo a la carrera se-

guido por varios voluntarios. Los demás siguen, alcanzamos a nuestra infantería y atacamos Dachau.

En el apogeo del combate, los obreros y obreras de la fábrica de municiones de Dachau cargan sobre los soldados blancos, las más resueltas son las mujeres. Desarman a las tropas blancas y con palos corren fuera de la población, el comandante de los blancos se salva sobre una locomotora. Nuestros parlamentarios que iban a ser fusilados se salvan en medio de la confusión de la fuga. Cinco oficiales y treinta y seis soldados blancos son tomados prisioneros. Nuestras tropas ocupan la ciudad.

¿Yo el triunfador de Dachau? Los obreros y soldados de la república han conseguido el triunfo en brillante lucha y no su jefe. Sin distinción de partidos se apresuraron a defender la revolución. También los socialdemócratas y obreros sin partido, sin esperar ninguna orden. El frente único de la clase obrera se formó, era un hecho. Los blancos se retiran hasta Plaffenhofen. Eglhofer manda un correo con la orden de que los oficiales prisioneros debían ser inmediatamente fusilados. Desacato la orden. La magnanimidad con el enemigo vencido es virtud de la revolución, pienso.

Los soldados prisioneros pueden circular libremente, son tratados con deferencia, igual que nuestras tropas. Son hermanos engañados.

Reconocerán la justicia de nuestra causa, se convencerán de que se les ha mentido, se les permitirá definirse libremente, si desean quedarse con nosotros o volver a su patria. Por brutales que sean las leyes de la guerra civil. — sé perfectamente que en Berlín la contrarrevolución ase-

sinó sin consideraciones ni contemplaciones a soldados rojos tomados prisioneros —, luchamos por un mundo recto y equitativo, exigimos humanidad y debemos ser humanos. Los soldados prisioneros que volvieron a su patria, luchaban nuevamente en contra nuestra a los pocos días.

Acuartelados en Dachau. En el Estado mayor actúan oficiales que pertenecieron al ejército imperial, autoridad y ciega obediencia regían en el ejército imperial, comprensión y espontaneidad son las bases del ejército rojo. No debemos tomar a nuestro cargo el viejo y odiado militarismo, el soldado rojo no debe ser una máquina. Ha reconocido que lucha por su propio bienestar y su voluntad revolucionaria sabrá crear el orden necesario.

El obrero alemán estuvo demasiado tiempo acostumbrado a la ciega obediencia y quiere seguir obedeciendo. Confunde la brutalidad con el poder, gestos autoritarios de despotismo con jefaturas, anulación de responsabilidad con disciplina. Cuando se encuentra sin estos ideales acostumbrados, cree que comienza el caos. Soldados que durante cuatro años se sacrificaron ciegamente por la monarquía, que toleraron los horrores de la guerra, hambre e indigencia, ahora que combaten por su causa, demuestran a los pocos días su disconformidad porque el frente rojo no está bien organizado como el cuartel imperial. Dos mil hombres más o menos fueron los que tomaron Dachau. A los tres días ya regresaron a Munich mil de ellos. Estamos obligados a contener a los que se licencian personalmente. Nos vemos forzados a implantar algunas normas de la vieja disciplina militar para no debilitar demasiado los cuadros de tropas;

debemos prohibir a los taberneros que despachen alcohol a los soldados.

El instinto de libertad y espontaneidad está cegado y quebrado.

Años enteros harán falta para vencer los vicios del militarismo. El viejo Imperio era fuerte y poderoso por el espíritu de sumisión de sus ciudadanos, disciplinado en escuelas, cuarteles, asociaciones, diarios.

La nueva sociedad puede ser formada solamente con una humanidad libre, el sentimiento de sumisión la socava. Por la guerra, la gente se abandona y es descuidada. Todos, ciudadanos y obreros, principalmente los jóvenes.

Una noche abren la puerta de mi habitación. Sobre una camilla conducida por soldados, traen a una muchacha joven. Su respiración es entrecortada; en su cara contraída arden sus ojos desorbitados, su vestido está ajado y roto.

Un soldado informa:

– De la previsión.

– ¿De la previsión? – pregunto.

– Sí, la encontramos en el cuartel general.

– ¿En qué estado?

– Más de veinte guardias rojos abusaron de ella.

– Llévala al hospital, voy con ustedes.

En el camino me relatan el caso. Primero fue uno; éste se la recomendó al siguiente, el tercero ya esperaba y los demás siguieron en la desatada borrachera de los sentidos.

La suerte de esta criatura abandonada me emociona. Veo la guerra brutal y desnuda. Un baño de acero, la llamó

Guillermo II. Los profesores alemanes dicen que ella despierta las fuerzas morales y éticas del pueblo. ¡Por favor, señores! Vengan a convencerse, pero no vayan a decir que son pruebas del salvajismo de los rojos. Si vuestros héroes fueran veraces, podrían informaros de miles de episodios iguales durante la “gran” guerra.

Antes de llegar al hospital me cruzo con un soldado que conduce a otra muchacha que también ha sido encontrada en el cuartel general.

Quiero llevar también a ésta en presencia del médico, pero como manifiesta querer descansar, la dejo sentada en un banco con un soldado de guardia. Cuando regreso del hospital ambos han desaparecido.

La derrota militar debilitó moralmente al gobierno de Bamberg. No debemos dar tiempo a las tropas blancas a reorganizarse; somos bastante fuertes para echarlos al otro lado del Danubio. La provisión de víveres para Munich empieza a cortarse; con nuestro avance hasta el Danubio, ocuparíamos un importante territorio agrícola cuyos aldeanos siempre simpatizan con nosotros. El avance es prohibido por el Estado mayor general de Munich. Los comandantes del frente de Dachau son demasiado independientes, por lo que no gozan de la confianza de los comunistas.

Las tropas blancas ocupan Augsburg, las nuestras deben reconquistarla. Despejar la importante sección del frente de Dachau, lo considero locura y procuro convencer al Estado mayor general, en el Ministerio de Guerra. Leviné, el comisario de asuntos políticos me propone un plan que me hace recordar los despachos telegráficos del señor

Lipp, aquel famoso ministro de Relaciones Exteriores que hubo que internar. Las tropas rojas regresarán a Munich. Un cordón de más o menos ciento cincuenta hombres formarán guardia alrededor de la ciudad. Estas guardias estarán comunicadas entre sí y con el Ministerio de Guerra por medio de teléfonos. Cuando una guardia divisa al enemigo avisa al Ministerio de Guerra, éste alarma a los obreros y a las puertas mismas de Munich se libra la batalla decisiva.

El plan ha sido proyectado por un ex soldado de ingenieros de nombre Hodfer. Después del desastre se supo que era espía de las tropas blancas. No nos extrañamos de que este hombre perteneciera al Estado Mayor General. Qué fácil es actuar con los más altos grados en el ejército rojo. Un joven comerciante quería emigrar al Brasil. Visita a un amigo suyo en el Ministerio de Guerra para despedirse, éste le pregunta si estuvo en la guerra, el comerciante le contesta que fue oficial de administración. Media hora más tarde es director general de artillería.

Las noches se hacen frías, nuestras tropas están deficientemente vestidas. Necesitamos mil capotes, no se pueden conseguir. Hablo en el Consejo General sobre la desorganización militar en Munich, sobre los planes infantiles de Hodfer. Tengo un incidente con Leviné y me dirijo a los soviets por separado. No tenía derecho de hacer eso, pero me pareció más importante salvar la revolución que seguir el camino delimitado.

Gustav Landauer manda al Consejo Central una enérgica carta en la que expone claramente la situación desesperada de la revolución, por culpa de la incompre-

sión de los consejeros. Los conmina a retirarse y dar lugar a que actúen hombres más preparados y más activos. La carta no es contestada y los consejos desoídos.

La consecuencia de diez días de huelga general se hacen notar. Falta carbón, dinero. Los víveres escasean cada vez más. Hasta ahora los aldeanos enviaban a Munich diariamente 150,000 litros de leche, los envíos no llegan ahora a más de 17,000 litros. Un decreto del gobierno prohíbe la elaboración de queso y manteca y considera el no cumplimiento de este decreto como acto contrarrevolucionario.

Como siempre, durante la revolución alemana, los grandes planes de la administración socialista quedaron en el papel. El descontento entre los obreros crece, habían confiado en que la revolución les traería pronta ayuda, el saber que son ahora los poderosos de la política no les alcanza, quieren sentir, palpar el mejoramiento de la vida diaria.

Ya no pueden ocultarse los rozamientos entre los miembros del gobierno.

El comisario de Finanzas, Manner, comisario de Finanzas porque había sido empleado de banco con opinión roja, se niega a seguir las indicaciones que le da el comisario político que le han agregado. En las comisiones hay hombres con conocimientos y caracteres dudosos.

Jefe de policía, comisarios, empleados que se cambian continuamente por demostrarse incapaces. Al comienzo de cada revolución hombres faltos de sinceridad y saber insisten en ocupar puestos de responsabilidad. Sólo cuando la revolución se ha asentado, encuentra la fuerza necesaria para elimi-

narlos. Justamente a los obreros experimentados les asustaba hacerse cargo de los puestos llenos de responsabilidad. Tal vez no confían en sí mismos a causa de que nunca nadie confió en ellos.

Siempre estaban dispuestos a entregar cargos y dirección a los primeros que se presentasen, sin averiguar si servían para el caso. Tenían la valentía necesaria para morir por la revolución, pero les faltaba el coraje para ocupar puestos en la barricada de la vida revolucionaria.

Algunos rusos cobran influencia política decisiva solamente porque sus pasaportes los señalan como ciudadanos soviéticos. La gran obra de la revolución rusa confiere a cada uno de estos hombres un resplandor mágico. Comunistas alemanes experimentados, fijan su vista sobre ellos como hipnotizados. Porque Lenin es ruso, creen que todos los rusos poseen sus condiciones. La frase "En Rusia lo hemos hecho en otra forma" finaliza todas las discusiones. La misma influencia funesta tienen algunas mujeres que estuvieron semanas de visita en Rusia. Se sostienen en sus experiencias turísticas, y creen que porque vieron de cerca en forma fugaz la realidad revolucionaria, adquirieron la estrategia necesaria para dirigir revoluciones. Hombres que desde hace años pertenecen al partido socialista y trabajaron activamente en su engrandecimiento, se doblegan sin vacilaciones, casi con alegría ante sus frases y ante sus fórmulas mundiales.

Munich está rodeada por tropas contrarrevolucionarias. Regimientos prusianos, wurtembergueses y bávaros marchan desde todos lados contra Munich.

Ataques aislados de las tropas rojas no consiguen detener su marcha. Al gobierno blanco en Bamberg no le es fácil conseguir voluntarios para enviarlos contra Munich. Los obreros se niegan y en los soldados no se puede confiar. Los mismos campesinos rehusan formar parte de la expedición. Para vencer esta resistencia, el gobierno de Hoffmann empieza la propaganda. Se publican en los diarios horribles historias sobre los proyectos del gobierno de Munich. A los campesinos tratan de convencerlos de que los rojos les robarán sus casas y animales; a los ciudadanos les confiscarán sus ahorros en los bancos, que destruirán la unidad de la familia, que incendiarán los conventos y matarán a curas y monjas. La eficacia de esta propaganda se multiplica con promesas de grandes sueldos en campaña. El gobierno blanco se ve obligado a pedir ayuda al Reich. En primer lugar intervienen las tropas de Wurtemberg. Ocupan Lindau y Augsburg y atacan a Munich desde el Oeste. Bien pronto son los generales los dueños de la situación. El gobierno blanco de Bamberg no es más que un instrumento en sus manos. Cien mil soldados bien equipados atacarán Munich. Nosotros sólo disponemos de unos pocos miles. La cuestión es: ¿debemos resistir o evitar el combate? ¿Debemos retirarnos dos pasos para poder, más tarde adelantar uno, cuando seamos más, estemos unidos y tengamos más experiencia? No tenemos el derecho de sacrificar las vidas de los obreros en una lucha en la que seguramente sucumbiremos frente a la fuerza numérica. Sería un derramamiento de sangre inútil. Mientras el enemigo no sepa con qué fuerzas contamos, mientras tengamos to-

davía una apariencia de poder, debemos salvar de las organizaciones obreras lo que se pueda salvar.

También los comunistas saben que nuestra situación es insostenible pero insisten en provocar un encuentro con el enemigo. Tener una solución por las armas. Toda negociación con el gobierno de Bamberg lo consideran una traición. Confían obtener de la derrota enormes estímulos para la revolución; creen que el proletariado ganará en actividad y en experiencia al ser derrotado. Pero el pueblo ha aguantado ya demasiadas derrotas. Sufrimientos, miserias y opresiones sirven de acicate solamente el tiempo necesario para que el hombre se convenza de que son necesarios para mejorar su situación.

Cuando se hacen costumbre o parecen ser poderes sobrenaturales inevitables, entonces el hombre se convierte en juguete de todo charlatán que le promete el paraíso terrenal; en jornalero o peón de todo filibustero que le promete el pan para el día siguiente.

Renuncio a mi puesto de comandante en jefe de las tropas rojas. Ya no puedo responsabilizarme a trabajar en común con el Congreso Central y el Estado Mayor general, cuya política discuto y combato. Los jefes de las organizaciones obreras no llegan a saber nada sobre el verdadero estado de los sucesos y es peligroso seguir callando.

En la reunión general de los consejos de obreros, soldados y campesinos, realizada el 26 de abril, las opiniones contrarias llegan a degenerar en conflicto. Después de un voto de censura, renuncia el Consejo Central comunista. Los delegados de los consejos forman un nuevo gobierno

surgido de su seno pero los comunistas invitan a los obreros a no acatar las disposiciones que el mismo adopte, y los guardias comunistas del palacio Wittelsbach se niegan a defenderlos. Hay dos gobiernos en Munich y la lucha de los revolucionarios entre sí crece de minuto en minuto.

Las negociaciones con el gobierno en Bamberg no llegan a ningún resultado. Los viejos generales no quieren ningún arreglo. Odian a Baviera. Solamente aquí fue poderosa la república, solamente aquí defendió el pueblo la revolución de noviembre. Al destruir la república soviética se pretendía herir a la república alemana.

Desiertas, sin un alma, están las calles de Munich durante la noche del 30 de abril. La guardia roja ha encerrado a mucha gente en los últimos días. Debemos liberarlos. Telefono a las prisiones. Los hechos desesperados de la comuna francesa no deben repetirse. Los parlamentarios enviados a Bamberg vuelven, los generales exigen la entrega incondicional de la ciudad, y la entrega de todos los jefes de la revolución. Saben perfectamente que los soviets no pueden aceptar estas condiciones. La desconfianza mutua en las filas revolucionarias es tan grande que algunos ya no se atreven a dormir en sus casas, cada uno ve en el otro al enemigo, y teme ser detenido.

Una compañera me trae un salvoconducto para que huya. Rompo el salvoconducto. Hasta el final he confiado que la espantosa carnicería sería evitada. Ahora ya no se trata de defensa o retirada. El gobierno blanco nos obliga a aceptar la lucha. Hemos naufragado todos. Todos com-

etimos faltas, a todos no alcanza la culpa, todos fueron inaccesibles. Los comunistas igual que los independientes. Nuestra intervención fue en vano, nuestro sacrificio sin objeto. Los trabajadores confiaron en nosotros, ¿cómo podemos responsabilizarnos ahora ante ellos? En mi desesperación voy al Ministerio de Guerra. Como soldado se me permitirá volver a Dachau. Trasnochado, con las mejillas hundidas y ojos ardientes por el insomnio, está sentado Eglhofer en su gabinete de trabajo del Ministerio de Guerra. Soldados entran y salen. Siempre nuevas malas noticias.

– Augsburg ha sido ocupada por los blancos.

– Los regimientos rojos se disuelven.

– En todas partes se forman milicias ciudadanas.

– En las aldeas, los campesinos desarmen a los guardias rojos, los apalean y los fusilan.

Silenciosamente recibe Eglhofer los informes; silenciosamente me da el pase. Abandono el Ministerio de Guerra y voy de la calle Schoenfeld a la de Ludwig.

– Toller, Toller.

Me doy vuelta y veo a Eglhofer en la ventana. Me hace señas, vuelvo a su gabinete de trabajo.

– Ya no conseguirás llegar a Dachau, nuestras tropas ya están en franca retirada. En Karlsfeld están los blancos. Todas las posiciones de los rojos han sido destruidas. Acaba de llegar el aviso telefónico.

Mientras nos miramos en silencio entra precipitadamente un soldado.

– Los blancos ocupan la estación del ferrocarril de Munich – grita.

Sale al corredor y lo vuelve a gritar, entra en las demás oficinas y repite el grito. Antes de que comprendamos lo que dijo queda desierto el Ministerio de Guerra. Únicamente el ayudante de Eglhofer, un marinero de 20 años quedó. Entra en la habitación y se para a lado de Eglhofer. Éste se pone la gorra, mete un revólver en el bolsillo y toma dos granadas de mano, que están sobre la mesa de trabajo.

—¿Qué vas a hacer? —le pregunto.

—Quedarme.

El joven marinero se para a su lado y dice:

—Yo también me quedo Rodolfo.

Suena el teléfono.

—La información estaba equivocada, los blancos no han llegado aún a Munich.

Los enemigos de Eglhofer lo consideraban un “perro sangriento”; en realidad era un hombre sensible a quien endureció y quitó toda compasión el acontecimiento de la revuelta de los marineros de Kiel.

Por la noche se reúnen por última vez los consejos. Impotentes ven llegar el fin. Su poder ha terminado, las corporaciones obreras se desmoronan, el ejército rojo está en plena disolución. Resuelven pedir al proletariado de Munich que deponga las armas y acepte silenciosamente la ocupación de la ciudad por los blancos, pues la revolución está vencida.

En ese momento salta un hombre sobre la tribuna y grita que en el gimnasio Luitpold han sido fusilados nueve prisioneros blancos, ciudadanos de la ciudad de Munich.

El terror se apodera de la asamblea. Todos estos obreros saben que tal vez mañana serán parados contra una pared y fusilados en represalia. Qué consecuencias desastrosas tendrá esta acción desesperada. Cientos de hombres de nuestro lado expiarán esta grave falta. Voy corriendo al gimnasio de Luitpold. Las tropas acuarteladas en él ya lo han abandonado. Encuentro solamente unos cuantos jóvenes y dos ex prisioneros rusos que ingresaron en el ejército rojo. Aconsejo a los jóvenes a retirarse y a los soldados a despojarse del uniforme y a ocultarse. A los rusos no les valieron las ropas civiles. Un día más tarde sirvieron de blanco viviente a los burgueses cuyos apetitos sanguinarios se desencadenaron con la entrada de las tropas blancas. En uno de los suburbios de Munich fueron asesinados más de veinte rusos. Silenciosos y valientes como eran en el ejército rojo, en la misma forma se portaron ante los caños de los fusiles dirigidos sobre sus pechos.

Detrás de una puerta cerrada oigo gritos.

– Ahí hay más prisioneros – me dice alguien.

– ¿Dónde está la llave?

Nadie lo sabe. La puerta no cede. Tenemos que forzarla. Los gritos y llantos son más fuertes e inconsolables. Cuando la puerta cae vemos hincados en un rincón a seis personas con el terror de la muerte retratado en sus semblantes. No quieren creer que venimos a salvarlos y no a causarles daño.

¿Quiénes son los prisioneros? No son jefes de la contrarrevolución como podría suponerse. Gente pobre, insignificante, entre ellos un viejo cargador cuyo delito

consistió en arrancar de la pared un cartel de la guardia roja para cubrir la mercadería que llevaba porque llovía. Un dueño de hotel al que un mozo despedido denunció como blanco, etc.

Un soldado me lleva al almacén donde están los fusilados. No eran rehenes como más tarde informaron los diarios. Se les habían encontrado pases con sellos y firmas falsificadas. Cuando llegó la noticia de que los blancos invadían a Munich, el comandante del destacamento sin consultarlo con ningún superior, había ordenado el fusilamiento, en represalia porque le habían informado que los blancos fusilaban a todo soldado rojo, hasta a los de sanidad.

El soldado que me acompaña me informa cómo murieron, erguidos y sin temor enfrentaron al pelotón de ejecución. Uno de ellos encendió un cigarrillo y murió con él en los labios. Con el mismo valor morirán mañana los nuestros. Mientras estoy parado ante los muertos pienso en la guerra, en el *Caldero de las brujas* en el Priesterwald, en los incontables asesinados en Europa. ¿Cuándo terminará la humanidad de perseguirse, martirizarse, asesinarse?

De otro de los locales sale un rayo de luz. Entre bolsas y cajones con víveres está sentado nuestro tesorero de Dachau detrás de sus libros.

—Estoy terminando de cerrar los libros. Los blancos no podrán decir que los revolucionarios no llevaban en orden sus libros de cuentas. Tengo una diferencia de cincuenta centavos, tengo que encontrar el error, no me interrumpas.

Sigue calculando. Aquí está sentado el revolucionario alemán, bonachón y confiado, suma cantidades y con-

trola existencias para que esté todo en orden cuando sea fusilado.

— Si te encuentran los blancos aquí, serás fusilado.

— ¿Te haces cargo tú de la responsabilidad si yo me voy?

— Sí.

Tristemente mira las cuentas no terminadas, al llegar a la puerta se vuelve, apurado regresa a la mesa, con una regla tira una línea bajo las cuentas y escribe: “Falta una partida de cincuenta centavos que no se puede encontrar”. Firma y se va.

Tengo que encargarme de que sean retirados esta misma noche los cadáveres de los fusilados. Si los blancos los llegaran a encontrar motivaría orgías sangrientas de venganza. Voy a una clínica quirúrgica y hablo con el asistente del profesor Sauerbruch. Le ruego mande retirar inmediatamente los cadáveres, me lo promete. No ha cumplido su promesa.

Al día siguiente, después del triunfo de los blancos, escriben los diarios y se anuncia por medio de carteles en las calles que los cadáveres fueron encontrados horriblemente mutilados. Los órganos genitales cortados estaban tirados en cajones de basura. Dos días después se publicó que la carne encontrada en los cajones provenía de la matanza de cerdos para el consumo, que ninguno de los cadáveres estaba mutilado, pero ya la infame mentira había tenido trágicos resultados. Cientos de personas inocentes sufrieron dolores inhumanos y una muerte cruel.

En el amanecer del primero de mayo camino por las tranquilas calles sin saber dónde ir. Encuentro soldados que me informan del desastre del ejército rojo en el frente. Uno me enseña el periódico *La bandera roja*. En él los comunistas hacen un llamamiento a la población para defender a Munich.

—¿Por qué no la defienden ellos? — me dice.

Me acuerdo de mi amiga de los tiempos de la universidad. Vive en Schwabing; allí podré dormir algunas horas. Me acuesto vestido. Rendido pienso:

—Hoy es el primero de mayo.

FUGA Y DETENCIÓN

En anchas líneas de tiradores entran los blancos en Schwabing. Los habitantes abren jubilosos sus ventanas, aplauden y colman de regalos a los soldados. Una mujer vestida pobremente se dirige a un oficial y le ofrece una rosa. Un grupo de soldados se apostea ante la iglesia, frente a nuestra casa.

Primero de Mayo.

Me paro delante de la ventana; mi amiga me toma de la mano.

—Nos vigilan. Al subir hace un rato por la escalera, se abrió una puerta en el tercer piso, alguien debe haberlo visto y sospechar de usted.

—En la otra calle vive un amigo, el doctor Berut.

—Iré a buscarlo.

Minutos más tarde el doctor Berut está a mi lado.

—Debes huir. Un hombre fue muerto a palos sólo por tener una vaga semejanza contigo. El populacho no sabe que tú querías salvar a los prisioneros, te creen el asesino.

—¿Dónde debo ir?

— Ven conmigo, aquí no puedes quedarte. Esta casa pertenece a un extranjero, con toda seguridad será registrada.

Me pongo el sobretodo y levanto el cuello y las solapas, bajamos la escalera. En el tercer piso se abre una puerta.

— Sigue — me dice en voz baja Berut.

Ante la puerta de calle hay dos oficiales parados.

— Yo voy adelante — dice Berut —, tú me sigues.

Uno de los oficiales me mira desconfiado, me dirijo a él y le pregunto:

— ¿Es prusiano o bávaro usted?

— Bávaro, naturalmente — contesta.

Lo saludo, él contesta. Sigo andando.

Sobre la ciudad vuelan aviones y arrojan papeles. No me atrevo a agacharme y levantar uno. Berut me espera en el zaguán de su casa. A lado suyo está la portera que lee uno de los papeles arrojados por el avión.

— Se podría ganar buen dinero si se supiese dónde están metidos Leviné y Toller.

— ¿Quisiera ganar usted ese dinero?

— Si lo pudiera lograr, sí.

Subo rápidamente la escalera que lleva al domicilio de Berut.

A lo lejos suenan disparos de cañón. De manera que a pesar de todo se combate.

— Los rojos rodeados por los blancos se resisten en Stachus.

— Tengo que ir a Stachus.

—No podrás llegar, serás reconocido y fusilado, ¿cómo quieres atravesar el cordón de tropas?

Berut se va y regresa poco más tarde acompañado de un desconocido.

—No soy compañero suyo —dice el desconocido— tampoco soy socialista. Quiero ayudarlo porque se le quiere asesinar. Venga a mi domicilio, allí se quedará hasta que pueda seguir el viaje.

—¿Por qué tiene la seguridad de que su domicilio no será revisado?

Berut sonríe y dice:

—Su padre es príncipe bávaro. Huyó por temor a los rojos. Si en alguna parte estás seguro es allí.

Espero que se acerque la noche y voy a la casa de uno de los tantos hombres ignorados que siempre están presentes donde se les necesita.

—A la cocinera le diré que usted es un amigo de Berlín y que a causa de encontrarse enfermo no puede viajar.

Al día siguiente me visita Berut y con una amplia sonrisa me dice:

—Tu cadáver está en la morgue.

—¿Mi cadáver?

—Aquí está el diario con el informe oficial. Fuiste fusilado y llevado a la morgue. La policía buscó al chofer que te llevó a Dachau. Te reconoció y lloró de emoción. Por unos cuantos días estarás tranquilo, no te buscarán.

Leo la noticia de mi muerte y pienso en mi anciana madre. También ella leyó la noticia; tres días lloró al hijo muerto, al cuarto supo que todavía vivía.

La única persona que me visita en mi refugio es Berut. También la policía averiguó en el interín que yo todavía vivía. Un día no viene Berut, ha sido detenido. En la oficina policial un funcionario le pone el revólver en la frente y le amenaza con matarlo si no dice dónde estoy oculto. Berut lleva a la policía a un domicilio falso, luego declara haberse equivocado y no recordar el lugar. Un oficial amigo lo salva de ser fusilado.

En las calles de la ciudad han pegado carteles en los que ofrecen 10 mil marcos de gratificación a quien entregue vivo o muerto a Ernst Toller. La fotografía de mi cabeza que publicaron en los carteles es mala, además me he dejado crecer el bigote, pero en la cocinera no se puede confiar. Voy a tener que buscar otro escondite. Nadie quiere albergarme. Los intelectuales están asustados, las casas de los obreros son registradas todos los días.

Una mañana me despiertan los sonoros pasos de una patrulla militar. Corro a la ventana y veo que se han detenido ante la casa. Ha llegado mi hora, pienso.

Mi protector está nervioso.

—Seremos fusilados los dos —dice. Me indica los barrotes de bronce de las cortinas y me dice que están huecas y llenas de munición. Sus padres la ocultaron allí cuando los rojos ordenaron a la población civil que entregaran las armas y municiones que tuvieran en su poder. Se ha puesto los lentes, los vuelve a sacar, los limpia y mirándome con sus ojos de miope palidece.

—Hay que tratar de hacer algo —le digo— ¿tiene usted un traje elegante?

—Sí.

—Póngaselo. ¿Tiene monóculo también?

—Éste de mi padre — dice abriendo un cajón.

—Colóqueselo.

Sorprendido, con la boca abierta me mira sin comprender.

—Tal vez estos requisitos nos salven. Ante un traje elegante y un monóculo se inclina todo oficial —le digo.

Mi ocurrencia es ridícula, lo comprendo. Las seis de la mañana no es hora apropiada para que un señor que viste elegantemente y usa monóculo abra la puerta de su casa. Sin embargo, ayudo a mi amigo a vestirse, le elijo una corbata de acuerdo con el traje. Tiene una gran presencia, imponente y nada sospechoso.

Mientras tanto los soldados registran la casa. Empiezan arriba, en la buhardilla en la que vive un pintor, conocido nacionalista. Antes de que pueda darse a conocer recibe una serie de bofetadas.

—Un pintor — grita el sargento —, con seguridad un rojo.

Sobre nuestro techo, en el otro piso, se oyen los pesados pasos de los soldados. Pronto llegarán a nuestro piso. Del patio llegan gritos. La mujer del portero llora, los soldados han arrestado a su marido y lo empujan brutalmente a la calle. Esperamos, cambiando palabras sin importancia. Fijamos la vista en la puerta de entrada. Suena el timbre.

No es en nuestra puerta. La tensión es enorme, ninguno de los dos habla ya. Inaguantables se extienden los segundos.

Oigo voces de mando. Corro a la ventana. No puedo creer lo que veo: los soldados forman y se retiran llevando entre ellos al portero con los brazos levantados. ¿Están tan seguros de tenernos? ¿Habrán dejado centinelas ante la puerta? Nadie viene. Más tarde nos enteramos que el oficial, al leer en la chapa de la puerta el nombre y título del padre de mi amigo hizo señas a los soldados de retirarse.

El ejército alemán sabe a quién debe respetar.

El destino me ha respetado nuevamente, pero ahora debo irme, no hay que perder ni un minuto.

¿Dónde ir?

Fusilamientos, maltratos y detenciones han diseminado a los más valientes. Al fin, al anochecer, una mujer joven está dispuesta a ocultarme por esa noche en casa de sus padres.

Ante la casa en que vive hay soldados. Están enamorando a la sirvienta. Vacilo, pero ya no puedo volverme atrás. Sin ser reconocido paso a su lado y entro en la casa. El padre de la joven es médico y vive en una de las alas del piso; en la otra está el consultorio y las habitaciones de la hija. Si el padre se entera me denuncia.

Cansado por las emociones del día, me acuesto sobre el sofá. Cada vez que estoy por dormirme oigo la voz de la joven:

- Abren la puerta de calle.
- Ahora han golpeado.
- Viene gente.

Escucho. Nada. Miro la hora: las cinco y media. La joven está parada en mi habitación.

—En seguida vendrá la sirvienta a limpiar, escóndase. Estoy acurrucado en el suelo cubierto con la ropa de cama, sábanas, cobijas. Apenas puedo respirar. Oigo a la sirvienta trabajar en la habitación contigua.

No me puedo mover. Por el espejo de la otra habitación se puede ver lo que pasa en ésta. La sirvienta se ha ido.

—En seguida vendrá mi padre a darme los buenos días. Escóndase en el cuarto de baño, métase en la bañera y cúbrase con la toalla.

Estoy sentado dentro de la bañera fría. Escucho: oigo pasos, una puerta que se abre. Espero. Oigo otra vez pasos que se alejan, me deslizo rápidamente en la habitación donde está el sofá.

Mi padre no ha notado nada, pero usted no puede permanecer otra noche aquí.

—¿Sabe usted de alguien?

—Tal vez acepte recibirlo Rainer María Rilke. Le preguntaré.

A la tarde viene Rilke. Cada vez que lo veo pienso en un cuadro que vi no sé en qué libro. Mostraba un tártaro que, cargado de botín, galopaba por el desierto, cansado, abrasado por el sol. A la joven le trae rosas. Se advierte que han sido elegidas cuidadosamente, pues ya no son pimpollos y todavía no son flores abiertas. Ojos grises bajo pesados párpados me observan. Triste y cuidadosa es su mirada. Baja la vista y dice:

—Siento muchísimo. En mi casa no estaría usted bastante seguro, ya dos veces la han revisado. Usted había

puesto mi casa bajo la protección de la república soviética y yo olvidé retirar el cartel. Esto me fue fatal. Hace dos días estuvieron nuevamente. Encontraron en una carpeta mi fotografía a lado de la suya. Esta casualidad es motivo de gran desconfianza.

Rilke se va. A los pocos días es deportado de Munich. Nunca se ocupó de política, pero el hecho de ser poeta bastó para que la policía desconfiara de él.

Al fin hay una persona dispuesta a recibirme. Es el pintor Lech, no debo vacilar más tiempo, pero ¿cómo llevo hasta su casa? Todas las paredes tienen el cartel con mi fotografía. Mi cara es conocida por demasiada gente. Me disfrazo. El artista Werin me ayuda a caracterizarme. Me pongo una levita; el cabello y las cejas son pintados y espolvoreados de blanco; unos minutos más tarde abandona la casa con menudos pasos un señor anciano algo jorobado.

El pintor Lech vive en una casa con jardín. Tres semanas permanezco oculto allí. De día me deslizo agachado por las habitaciones para que nadie me vea a través de las ventanas; de noche me arriesgo a salir algunos minutos al jardín para respirar el aire primaveral. Lech y su señora no tienen mucho para comer, lo poco que tienen lo dividen conmigo. Sin variantes transcurren los días. Leo en los diarios que la policía me sigue buscando; no hay casi una ciudad en la que no se afirme haberme visto, trenes de ferrocarril son detenidos, aldeas rodeadas. Se me busca en Austria. El castillo Ottesheim, situado a la orilla del Danubio y en el cual viven parientes míos, es invadido por soldados. Las autoridades de la frontera suiza detienen a un

médico inculpándolo de haberme ayudado a cruzar secretamente la frontera. Amenazan a mi hermano que vive en Alemania Oriental. Detienen a mi primo a pesar de que es teniente de la guardia blanca, en Epp, y que juró en público que me mataría sin compasión en la primera oportunidad que me tuviese a tiro.

Los carteles en los que se pide mi detención están pegados hasta en las más pequeñas aldeas de Alemania. Obreras y obreros procuran ayudarme rompiendo mi fotografía en los carteles. Se me busca en el estudio del pintor Sohn-Rethel, el cual tiene que presenciar la búsqueda con las manos levantadas. Al no encontrarme lo abofetean y maltratan.

Policías, soldados y soplones quieren ganarse el precio de mi cabeza: diez mil marcos.

En una casa de la calle Romer penetran policías; mientras revisan las habitaciones suena la campanilla de la puerta de calle, la puerta es abierta cuidadosamente por el policía Gradl. Afuera hay soldados del gobierno de Hoffmann.

— Éste es Toller — grita el jefe de la patrulla. Suenan tiros y el policía cae muerto.

Leo todas estas noticias en los diarios; sé lo que me espera. A pesar de todo no quiero abandonar la ciudad. Pero me tengo que defender.

Con agua oxigenada destiño mi cabello, con unas cuantas aplicaciones toma un color rojizo. Cuando me miro al espejo, apenas me reconozco.

Desde el estudio del pintor se puede pasar a una galería pequeña sin ventanas, por una puertita disimulada

en el empapelado de la habitación. La disimulamos más aún colgando cuadros sobre ella. Nadie fuera del pintor conoce este escondite. Una noche me visita una mujer. Dice que desde hace años es miembro del Partido, me quiere ayudar a salir de Munich. Ya ayudó a otros compañeros que ahora están en seguridad. Se hace mostrar la casa, el estudio también y también la galería detrás de la puerta disimulada.

A la mañana siguiente, más o menos a las cuatro, golpean violentamente la puerta de calle. Me levanto, corro a la ventana y veo la casa rodeada por soldados y policías.

— Están ahí — le grito a mi amigo —, yo iré a la galería, uno de ustedes tiene que meterse en mi cama.

Mis ropas las había llevado como de costumbre a la galería. En pijama corro al escondite y cierro del lado de adentro. Se acercan pasos, oigo voces, oigo cómo golpean las paredes de las habitaciones. Los golpes se acercan cada vez más, ahora me descubren. Golpean una, dos veces sobre la puerta secreta. Contengo la respiración, los golpes se alejan, oigo pasos, después de un momento silencio absoluto. No me han encontrado. Es extraño. No estoy alegre, sé que me van a encontrar. Con tal que no me martiricen como a Landauer, a Eglhofer, a los otros.

De afuera me dice Lech en voz baja:

— Quédese ahí, todavía están en la casa.

Otra vez se acerca gente, oigo una voz gruesa que pregunta:

— ¿Dónde está la puerta tapizada que vimos en la misma casa del primer piso?

Otra voz grita:

– Allí.

Descuelgan los cuadros; por entre las rendijas veo luz, abro la puerta y me enfrento con policías y soldados.

– Ustedes buscan a Toller. Soy yo.

– Arriba las manos – grita un soldado.

Los policías me miran fijamente, no me reconocen, un soldado hince una rodilla en tierra, levanta el fusil, corre el cerrojo y me apunta.

– ¿Es usted?

– Sí, yo soy Toller. No huiré. Si me matan ahora, todos serán testigos de que no he sido muerto durante la fuga.

Los policías se me arrojan encima y me colocan esposas en las manos.

– ¿Pretenden los señores que los acompañe hasta la guardia, en pijama?

Me quitan las esposas y me permiten vestir. Cuando al llevarme, paso delante del pintor y su señora, digo para evitarles una detención:

– Estas personas ignoraban quién era yo.

De nada valió. Lech fue condenado a muchos meses de prisión.

Vamos por las calles semidesiertas a esa hora temprana. Adelante tres soldados, a los costados, llevándome de las esposas, los dos policías y detrás con el fusil listo para disparar, otros tres soldados. En la calle Luitpold toca la hora un reloj. Son las cinco. Una señora anciana se en-

camina con pasos menudos a misa. En la puerta de la iglesia se da vuelta y me ve.

—¿Lo tienen al fin? —grita. Baja la vista, repasa el rosario y agrega después con su boca desdentada.

—Mátenlo.

UNA CELDA, UN PATIO, UN MURO

En el corredor, ante mi celda, se apostaron dos soldados con bayoneta calada. La noticia de mi detención circuló rápidamente por todos los lugares del edificio de policía. En todos los pisos a través de las rejas de las ventanas de las celdas se ven rostros; manos que me saludan, viejos camaradas que me gritan palabras de estímulo. Hasta las muchachas de la calle, detenidas en una gran celda común gritan con voz fuerte:

—Somos políticas, viva la república soviética.

Ante mi celda desfila gran número de funcionarios policiales y judiciales. Por la mirilla de la puerta, un ojo observa a cada instante. Qué espantoso es el ojo humano cuando de él no se ve más que la pupila y lo blanco. Doy la espalda a la puerta. Abren la puerta de la celda y penetran en ella dos funcionarios: el consejero de policía Lang y un herrero.

—¿Qué cadenas? —pregunta el herrero.

— Como a Leviné — contesta Lang.

El herrero toma una gruesa cadena, remacha un extremo a mi muñeca y el otro a mi tobillo. Me río.

— La risa la perderá bien pronto.

— Si usted pudiera encadenar mis pensamientos, tal vez.

La puerta se cierra con estrépito. Me siento extrañamente contento y aliviado; la horrible tensión de las últimas semanas ha desaparecido.

Ya no me deslizo agachado y vigilante, puedo enderezar libremente el cuerpo, caminar erguido por la celda. Me conducen ante el fotógrafo, me hacen sentar en una silla que lleva mi número de delincuente. El fotógrafo me encasqueta una gorra mugrienta y me retrata por todos lados. Esa fotografía retocada, con labios gruesos y repelentes, ojos de asesino y gesto terrorífico, aparecerá más tarde en los diarios.

— Si las fotografías salen bien, guárdeme un par de ellas.

— Antes de que estén listas los gusanos estarán ocupándose de su cuerpo.

Cuando uno de los empleados quiere sacarme las impresiones digitales, protesto:

— No soy ningún criminal.

— Bandido, atorrante, aquí no se protesta.

Toma mi mano, la planta sobre la tinta y me toma las impresiones.

Me someten al primer interrogatorio. Delante de la mesa está sentado el fiscal de Estado, Lieberich, un hombre

chico y delgado, con rostro hundido y cruzado por innumerables arrugas, ojos chatos rodeados de patas de gallo, labios delgados y afilados.

—¿Dónde están los soldados? —grita.

A derecha e izquierda de mi silla se paran soldados con la bayoneta calada.

—¿No me quitan las cadenas? —le pregunto.

Breve y cortante es la contestación:

—No, tendrá que declarar contra Leviné.

—¿Contra Leviné? Leviné es inocente en el fusilamiento de los prisioneros.

—¿En la república soviética usted lo combatía?

—Sí, de este lado de las barricadas.

La voz de Lieberich se torna melosa:

—Señor Toller, es ahora el momento de mejorar su situación.

—Por favor, protocolice mis declaraciones.

—Como usted quiera. ¿Qué confesión tiene que hacer?

—No tengo confesiones que hacer.

Se vuelve a la taquígrafa:

—Escriba: judío, sin confesión por ahora. ¿Así que usted quiere defender el crimen?

—¿Quién ha asesinado? ¿Quién mato a Gustavo Landauer? ¿Quién fusiló a innumerables inocentes?

—No le permito ese tono. Gustavo Landauer era un rebelde, fue ajusticiado con buen derecho.

Horas enteras dura mi interrogatorio. El señor Lieberich toma notas, luego dicta un sumario que

en algunos casos desmiente mis declaraciones y en otros altera su intención. Después del interrogatorio pido se me conceda la lectura de periódicos.

— En interés de sus nervios no le puedo conceder el permiso. Cuídese, no se altere. Llévelo.

Por la noche, en mi celda, despierto y veo inclinado sobre mí a un hombre desconocido.

— ¿Ha firmado usted este decreto?

— Déjeme dormir, no le contestaré a usted ahora.

— Lo hago por su bien. ¿Quiere fumar un cigarrillo?

— Quiero dormir.

Me doy vuelta contra la pared y guardo silencio.

La mirilla de la puerta se abre. Afuera están parados dos centinelas. Dos obreros de Stuttgart. Conversamos como camaradas, sobre la guerra, sobre la revolución. Ya no soy prisionero, ya no son guardianes.

Uno de los soldados me trae un paquete de manteca. Dos horas más tarde es relevado y castigado. Por la noche se vuelve a abrir la mirilla, alguien me da unos diarios.

Leo: “Leviné fue fusilado”. Cesa de latir mi corazón. Este fusilamiento es un crimen de la justicia que los viejos socialistas han tratado de evitar. El ministro de Guerra que salió de garantía empeñando su cabeza por la república soviética, guardó silencio cuando en el Consejo de ministros se trató el indulto. El hecho de que los jefes socialdemócratas no procuraran evitar este crimen de la justicia, demuestra su impotencia, su debilidad, su derrumbe moral. A pesar de eso, los millones de adherentes no los expulsaron con escarnio y vergüenza.

La sentencia de muerte de Leviné fue construida sobre una infame maquinación. Cuando Leviné fue miembro de la república soviética, que en un principio había combatido, ésta hacía ya una semana que se mantenía. El aparente crimen de alta traición ya había sido cometido.

La actuación de Leviné era, de acuerdo a conceptos jurídicos, solamente complicidad en el delito de alta traición. Delito penado con prisión o cárcel, pero nunca con la muerte. Pero a Leviné había que matarlo, y los jueces complacientes supieron componérselas. La primera república soviética fue, según ellos, únicamente una revuelta. Recién con la intervención de Leviné comenzó la alta traición. Fue despojado de su honor y condenado a muerte. Ayer todavía estos mismos jueces condenaron a prisión perpetua y a muerte a hombres que habían intervenido en lo que ellos hoy consideraban una revuelta. Y todavía se extrañaban estos hombres de que el pueblo perdiera la confianza en sus fallos. Tan frágiles de memoria eran, que se levantaban indignados en sus asientos cuando oían que algunos los acusaban de ejercer justicia de clases.

En Munich, en todos los órdenes, gobiernan los de antes. Los mismos que antes, por encargo de la monarquía perseguían a los socialistas y pacifistas; hoy, por orden de la república persiguen a los revolucionarios y mañana encerrarán a los mismos que hoy les dan de comer.

Algunos días más tarde me condujeron a la prisión de Stadelheim. En el automóvil estoy sentado entre dos policías; frente a mí, dos oficiales revólver en mano, listo para disparar. Nos sigue un camión lleno de soldados con ametralladoras.

Vamos por la calle Maximiliano. ¡Qué distinto aspecto tiene la ciudad! Por las veredas pasean militares cargados de condecoraciones, el monóculo en el ojo; damas elegantes coquetean con ellos. La burguesía está de parabienes; en los barrios obreros hombres y mujeres cohibidos miran de reojo nuestro cortejo. ¡Han visto pasar tantos prisioneros en los últimos tiempos!

Ante los portones de la prisión de Stadelheim nos detenemos, con tiza blanca, escritos en las paredes se lee lo siguiente: *Aquí hacemos salchichas con la sangre de los espartaquistas; sin gastos de ninguna clase mandamos a los rojos a la muerte.* Con gritos y alaridos insultantes nos recibe la soldadesca. Un empleado de policía quiere ayudarme a llevar mi pequeño baúl. Los soldados se oponen gritando:

— A este perro no se le ayuda. Lo fusilaremos cuanto antes.

En la mesa de entrada tengo que desnudarme, me palpan en todas direcciones; mis ropas, mi peine, fósforos, pañuelo, espejito de bolsillo, todo me lo quitan. Me conducen a una celda, la puerta se cierra; los pasadores rechinan. Me recibe el silencio mortal que reina en las celdas de la prisión de Stadelheim.

Estoy alojado en el corredor de los grandes criminales. Vacías y grises sin consuelo son las paredes. La ventana de vidrio opaco está muy arriba, cerca del techo. Cuando la abro veo un pequeño trozo de cielo.

Una mesa de alas, un banco, una tarima con un trozo de tela gruesa y gris, y en una esquina, el balde apestoso de las necesidades personales.

En la prisión policial sentía la vida de los muchos compañeros que compartían mi suerte, veía sus caras, oía sus voces y algunas noches se percibían los ruidos de la ciudad. Aquí me siento muy solo, entre este silencio pesado me acomete el temor del abandono. Por oír una voz humana hablo en voz alta. Las palabras suenan a hueco y sin eco. En medio de la frase se quiebra mi voz.

Me pongo a leer el reglamento de la prisión. Busco en las paredes nombres y señas de presos. Encuentro nombres de personas que han permanecido años enteros en esta celda. En un rincón leo, escrito con lápiz, las siguientes palabras: *En seguida me vendrán a buscar para fusilarme. Muero inocente. 2 de mayo de 1919.*

Sin ruido se abre la mirilla. Un joven guardián de uniforme militar mete su cabeza en la celda:

— Compañero...

Corro hasta la puerta. No estoy solo...

— Fui guardia rojo. Cuando entraron los blancos arrancamos nuestros distintivos. Estás en la celda de Leviné.

La mirilla se cierra. Esta celda fue ocupada por Eugenio Leviné, antes de marchar a pararse contra el muro frente al pelotón de ejecución. Enfrente, en la prisión de mujeres, estaba su esposa. En una celda, gritando desesperadamente y tapándose los oídos para no oír los tiros que separarían para siempre a esos dos seres.

Se oye ruido en el edificio. Sonidos metálicos de los pasadores al ser corridos. La mirilla se abre y me alcanzan la comida. Un trozo de tocino que apesta y repollo agrio, fermentado.

— ¿Quién ocupa la celda de mi derecha? — pregunto.

— Un ladrón y asesino que está esperando su ejecución.

— ¿Y a la izquierda?

— Un condenado a prisión perpetua.

— ¿Dónde están los otros detenidos políticos?

— Enfrente, en la otra ala del edificio.

Durante la noche me despierta el ruido de disparos de ametralladoras.

¿Qué significa eso? ¿Nuevas luchas? ¿Vendrán a liberarnos? Los tiros cesan y empiezan de nuevo. Tiros aislados se oyen en la noche, golpean salvas contra las paredes de piedra. Por la mañana me cuenta el guardián que todas las noches se oyen tiros. Los soldados lo hacen para entretenerse. Él ya se ha acostumbrado al ruido y lo mismo me pasará a mí. Me recomienda que de noche no me asome a la ventana, pues inmediatamente sonarán los disparos.

El fusilamiento de Leviné ha agitado a la humanidad. Temen que otro tanto ocurra conmigo. En todo el mundo se han puesto en movimiento las fuerzas de solidaridad.

Al segundo día de mi estancia en la prisión me llevan al patio para un pequeño paseo. Completamente solo camino en el reducido cuadro empedrado que forma el patio. Dos guardianes me vigilan. En las ventanas de la prisión hay soldados que me insultan. La sombra de los camaradas muertos vaga a mi alrededor. Veo el muro contra el que han sido muertas treinta y seis personas; agujereado por innumerables disparos, tiene en algunos lugares adheridos trozos de carne seca y de cerebro; al pie de él grandes

manchas oscuras señalan los lugares donde sangraron tantos cuerpos. Miro los agujeros más bajos y me explica el guardián que los soldados, ebrios de locura no tiran al pecho, sino que a las rodillas y a la parte baja del vientre, diciendo:

– Perro espartaquista, no debes reventar en seguida; un tiro en la panza te hará bien.

Estoy parado delante de la pared y tiemblo de frío. Aquí ha sido fusilado un niño que fue sorprendido llevando municiones a un rojo.

Aquí murió una mujer que por salvar a su amado escondió una granada de mano sobre su pecho. Aquí se desplomó Leviné al grito de: “Viva la revolución mundial”. Una pequeña puerta nos separa de la prisión de mujeres en la que fue muerto a palos Gustavo Landauer.

Cruza el patio un hombre joven con cara de niño.

– El conde Arco, el asesino de Eisner – me dice el guardián.

Así que este niño sonriente es el asesino de Eisner. A la hazaña de este niño siguieron “los tiros contra Auer, las confusiones, la república soviética, la derrota, las furias de los blancos.

No puedo dormir, oigo una voz que se lamenta:

– Soy inocente, soy inocente.

Hacia el amanecer se hace el silencio.

Mientras paseo por el patio, cruzan dos mujeres. Una joven que se apoya en otra ya anciana. Esta última está silenciosa, sus labios se aprietan uno contra otro. La joven grita continuamente:

— Mi esposo, mi esposo, quiero a mi esposo.

Los guardianes llevan a las mujeres a un pequeño almacén en un ángulo del patio. Ataúdes de madera rústica están depositados allí, en existencia. Todos los días los miro. La joven se arroja sobre uno de los ataúdes y vuelve a gritar:

— Quiero a mi esposo, devuélvanme a mi esposo.

De repente se incorpora.

— ¿En un ataúd tan feo y ordinario lo habéis puesto?

Un día el guardián me conduce a una oficina para declarar. En el corredor de la planta baja veo a seis hombres con uniformes de soldado, estudiantes y oficiales; se les conoce en la cara y en los gestos.

— Ahí está — grita uno de ellos.

Después del interrogatorio el guardián me vuelve a conducir arriba.

Los seis soldados que todavía están en el corredor me siguen insultando.

— Perro rojo, bandido rojo, bestia espartaquista, espera un poco, la bala ya está dirigida sobre tu pecho infame, tu hora ha sonado.

El guardián abre la puerta de hierro que da paso al corredor de las celdas. Los seis soldados se detienen ante ella. Una hora después abre el guardián la mirilla y me dice:

— Señor Toller, no permita que lo lleven a pasear al patio, estuve ante la pieza en la cual fue interrogado y oí lo que se proponen hacer los seis soldados, dijeron que ahora es el mejor momento para eliminarlo. Uno de ellos

preguntó cómo hacer, otro le contestó que lo mejor sería esperar a que lo lleven a pasear al patio, “lo seguimos, le pisamos los talones y cuando salte lo fusilamos: la ley de fugas”.

El guardián del corredor grita: “paseo al patio”. Lo sigo.

Ante la puerta de hierro del corredor están efectivamente esperando los seis. Bajamos la escalera, los seis nos siguen en silencio. Por segundos me invade el temor. Muchas veces he leído sobre la famosa ley de fugas. Me sobrepongo y ya no siento más nada, miro y veo. Veo que en algunas partes, a lo largo de la pared ha caído el yeso, veo que el cuello del uniforme del guardián está grasiento, veo que sobre la oreja izquierda del guardián se ha formado un grano purulento.

Estamos ante la puerta de reja de hierro que da al patio. El viejo guardián Müller, que como el joven conoce el plan de los seis soldados pero no se atrevió a advertirme, tenía que conducirme al patio para el paseo; la reglamentación así lo exigía, pero al llegar a la puerta no procede reglamentariamente, la abre, me da un empujón, sigue rápidamente y cierra la puerta del lado de adentro. Me ha salvado la vida.

Me presento al director de la cárcel y lo pongo en antecedentes del incidente y del plan de los seis.

Algunas semanas más tarde me hace llamar y me informa que mis manifestaciones han sido corroboradas por los dos guardianes, pero que no se ha podido establecer cuál era el cuerpo que ese día prestaba guardia en

la prisión. Toda investigación para establecer quiénes eran los seis soldados ha resultado vana.

Me enfermo. Es imprescindible una operación. En la clínica quirúrgica estoy acostado en la sala de los prisioneros. La ventana está guarnecida por gruesos barrotes. Hasta del afiebrado se desconfía. Ante la puerta hay soldados de guardia con revólveres y granadas de mano. En la habitación contigua están de guardia los policías. Durante la primera noche, después de la operación, insomne, hago sonar la campanilla y pido un vaso de agua. Me martiriza la sed, no me puedo mover. Una joven hermana de caridad abre recelosa la puerta, se detiene a la entrada al lado de la pila de agua bendita, humedece sus dedos y se persigna.

— Por favor, un poco de agua.

Se retira apurada, al rato regresa y en sus temblorosas manos trae un vaso de agua. Su rostro está extraordinariamente pálido. Temerosa tropieza al caminar; se detiene con ojos desorbitados por el terror.

— ¿Puedo hacerle la señal de la santa cruz? — murmura.

La miro sin comprender.

— Todas las hermanas dicen que usted es el diablo.

Río. La risa me causa dolor. Ella enrojece, baja la copa precipitadamente.

— Permítame hacerlo — dice en forma de ruego. Hace la señal sobre mi cama, me da de beber y se retira.

A la noche siguiente vuelve para ver si necesito algo. No he llamado, y ahora viene todas las noches. Ya no tiene ningún temor, se sienta en mi cama y llena de confianza

me habla de su aldea natal en Baviera, de su hermano que posee una granja, de la forma miserable en que vive, cómo se tiene que sacrificar trabajando rudamente todo el día.

Tiene a su cargo a la vieja madre. La vaca da muy poca leche y los que viven en la ciudad no quieren pagar nada por los productos que manda al mercado. Tiene también un caballo blanco. Antes era ella la que le daba de comer. Cuando la veía cruzar el patio en dirección al pesebre relinchaba de alegría. No, ahora ella ya no volverá a casa; es novia de Jesús y se despidió del mundo. En una ocasión me pregunta si creo en Dios. Antes de que le pueda contestar, sigue hablando. En su voz advierto que teme por mi respuesta.

— Mucha gente dice que usted no cree en Dios y sin embargo Dios vive en su corazón.

La noche anterior al día en que me dan de alta, se inclina sobre mí y me besa. Por la mañana, frente al portón, ya espera el coche celular.

Se acerca cohibida una novicia y entregándome un paquete me dice:

— De parte de la hermana Ottmara. Es una pequeña cruz, muy sagrada; es una reliquia y lo protegerá siempre, toda su vida.

CONSEJO DE GUERRA

Un día antes del juicio me visita el barbero. Me recorta los cabellos teñidos, las puntas rojizas deben quedar, me dice. Lo encargó especialmente el fiscal acusador para que los señores jueces y los periodistas puedan darse una idea cabal del refinamiento empleado por mí para eludir la acción de la justicia.

— Consuélese — me dice el barbero — tener el cabello en dos tonalidades está muy de moda hoy, todo el mundo lo usa así.

Por la mañana, en un automóvil seguido de un camión con soldados, me conducen al edificio del tribunal. Escoltado por dos gendarmes penetro en la sala y me siento en el banquillo de los acusados. No veo a nadie, ni a los periodistas ni al público. Veo únicamente un gran cuadro con marco dorado del buen rey Ludwig. Está colgado, sobre el sitial aún vacío que ocupará el juez.

—De pie, el tribunal —murmura uno de los gendarmes.

Entran los jueces en solemne marcha de gansos, tres civiles y cuatro militares. De los trajes y uniformes surgen cabezas, cabezas con ojos.

Ojos duros de disecadores, ojos fríos de pescado, ojos curiosos y ojos acerados de muñecas. Es ridícula la forma ceremoniosa con que actúan; no puedo dejar de pensar que actúan de jueces, en la misma forma en que nosotros cuando niños jugábamos a los pastores o a los directores de orquesta.

Una mujer del pueblo que me traía cada día un termo con sopa, para que tuviera algo caliente, me hablaba de las acusaciones.

Los jueces del Consejo de Guerra califican lo que yo hice de alta traición al Estado, y con sus dedos señalan sobre el libro imperial de las leyes, de acuerdo al cual juzgan, despreciando la sana inteligencia humana. Deben ser más sabios que la vieja mujer del pueblo, quien comprende perfectamente que el artículo de alta traición al Estado, de ese libro de leyes, debe defender la monarquía, y que la monarquía ya hace rato que ha sido destronada.

La acusación de que yo he echado por tierra la Constitución también tiene sus bemoles. La vieja Constitución la han echado por tierra los ministros que hoy me hacen juzgar, y todavía no hay una nueva. Eso lo sabrá la vieja mujer del pueblo, pero los jueces no necesitan saberlo, tampoco necesitan saberlo los cuatro oficiales que en uniforme de gala flanquean a los pálidos señores que

visten negra toga, a los que le debe faltar aire por cuanto sacuden sus blancos pañuelos.

Pobres acusados, sois arrancados de la tibieza de la vida cotidiana, llevados ante vuestros jueces y debéis responsabilizarnos de vuestros hechos. Os demostrarán que este hecho tiene un fundamento, que está en pugna con las leyes; debéis nombrar ese fundamento, no lo conocéis, conocéis muchos fundamentos y muchos no, han entrado en juego los sentimientos, las ambiciones, los recuerdos, tal vez también el sol, el temporal, una comida, una bebida, los antepasados. Una luz puede apagarse por muchos motivos; la mecha puede estar carbonizada, faltar aceite, ser soplada por el viento; puede ser ahogada por la lluvia. Pero las palabras del hombre ante el juez tienen un solo sentido, sus hechos un solo motivo y tienen un solo fundamento, su camino es recto, tiene una sola vía; su vida sencilla e ingenua.

Un hombre joven mató en la taberna a un amigo, lo hizo en un instante de pasión. Después del hecho, tabernero y parroquianos huyeron temerosos. Sólo él quedó con el muerto. Ya no comprendía lo que había hecho; sentía sed, un gran deseo de beber, fue hasta la llave de la cerveza y se llenó un vaso, lo bebió de un sorbo. Miró al suelo, vio el cadáver, vio el cuchillo; era su cuchillo. Comprendió y se fugó.

Para el juez el hecho de haber bebido cerveza no demostraba que sufriera sed, demostraba su salvajismo, las circunstancias atenuantes de emoción violenta le fueron negadas. El vaso de cerveza le costó caro, le costó muchos años de cárcel.

En esto pienso mientras los jueces me interrogan. Por mi delito de alta traición no parecen interesarse mayormente. Les es de suma importancia saber si he tenido relaciones íntimas con tal o cual artista, si he tenido enfermedades sexuales, se contemplan con miradas de importancia, dan solemnes cabezadas. Yo no alcanzo a comprender qué relación puede tener entre delitos de alta traición y enfermedades sexuales. No sé si esto me sirve de atenuante o agravante.

La seriedad del acto es interrumpida por un incidente pintoresco. Como primer testigo es interrogado el campesino Eisenberger, que es diputado. Se presenta de pantalón corto, medias hasta las rodillas y un sombrero verde con una pluma. Uno de los jueces le indica que su indumentaria no está de acuerdo con la seriedad del acto ni con la majestad de la justicia.

—¿Así que no está de acuerdo? —dice—. Le voy a decir una cosa. Con esta vestimenta asisto a la asamblea nacional como diputado y creo que la asamblea nacional tiene mucha más majestad que este tribunal, y además no tengo ninguna obligación de declarar como testigo, ni el tribunal de llamarme a declarar como tal. Soy diputado y como tal inmune, pero a pesar de todo estoy dispuesto a declarar.

No tiene nada que decir, habla de su concepto personal y de su propia experiencia.

—Una de dos, o nosotros los viejos ya no sabemos nada de nada o los otros son más inteligentes. Al fin y al cabo no soy más que un campesino.

El presidente del tribunal le dice que campesino y todo es un hombre inteligente. Entonces declara bajo juramento que el prisionero siempre le ha hecho una impresión bien pobre. Con un: *Quede usted con Dios, señor presidente*, se despide. Antes de salir pregunta dónde puede retirar sus dietas. No tiene disponible mucho tiempo, pues tiene que partir para Weimar a integrar la asamblea nacional para que de una vez el pueblo alemán tenga su Constitución.

Mis defensores quieren demostrar por medio de testigos que los ministros del actual gobierno han tenido intervención en la creación de la república soviética y fomentaron, por lo tanto, la alta traición. Esta cuestión tan simple les parece complicadísima a los jueces y salen del paso declarando que nada tiene que ver en el asunto que se está tratando. Mayor importancia tiene para ellos saber si los libros del ejército rojo en Dachau han sido bien llevados y si yo, como lo demostrará más tarde un testigo, ciudadano de Dachau, al partir para el campo de batalla no le di propina a la sirvienta.

Muchos testigos son interrogados. Unos dicen buenas, otros malas cosas de mí. Aprendo que por medio de preguntas ingeniosas se consiguen las contestaciones deseadas. Cuando pregunta el fiscal acusador, el testigo llora; pregunta el defensor, el testigo ríe. Tengo que defenderme de la acusación de haber sido un cobarde, porque no me hice matar, tengo que luchar para que se me reconozca responsable, porque sé que con motivo de mi estadía en una clínica psiquiátrica el año anterior, se me quiere hacer pasar por irresponsable. Si se me quita la responsabilidad será condenado el partido del cual yo era dirigente.

Confieso que Thomas Mann, Bjor Bjornson, Max Halbe, Karl Hauptmann alaban mis poesías y me avergüenzo de que estas alabanzas puedan servir para conseguir una condena más benigna.

La admisión de pruebas se ha cerrado. En ese momento el fiscal acusador quiere presentar nuevos testigos que demostrarían que una orden militar que yo negué haber dado, lleva mi firma. Esta orden militar no me perjudica gran cosa, a pesar de eso por un instintivo impulso de temor niego. Pienso que si ahora soy descubierto en una mentira, el fallo será más inexorable. El valor me abandona, mis palabras se confunden, quisiera ser fuerte y me siento pequeño; mientras hablo pienso que ya una vez me sentí empequeñecido. Fue cuando no quise reconocer que había escrito el boletín de huelga. Los jueces me creen y la admisión de pruebas queda cerrada.

Tiene la palabra mi defensor, Hugo Haase. Por última vez defiende derecho contra prepotencia. Poco después es asesinado como tantos otros hombres de la nueva Alemania.

—“Es una idea inconcebible —dice— que los revolucionarios de ayer puedan arrastrar ante los estrados de la justicia a los revolucionarios de hoy, acusándolos de alta traición ante los mismos jueces que fueron nombrados para defender la constitución de la monarquía. Es una ridiculez que el gobierno que está en el poder debido a una revolución, envíe a la cárcel o al patíbulo a hombres acusados de alta traición por haber hecho lo que él mismo hizo. Cuando el Parlamento, después de la muerte de

Eisner, emprendió la fuga, se eliminó a sí mismo como órgano dictador de leyes. También el viejo ministerio suspendió sus funciones. Los ministros ya no se dejaron ver, únicamente tres de ellos negociaron con el Consejo Central de los soviets de obreros y soldados. Con eso quedó demostrado que en lugar del parlamento eran los soviets la suprema autoridad de Baviera. Las resoluciones de estos fueron consideradas, en general, como competentes. La república soviética fue concebida y creada a petición del partido socialista cuando Toller no estaba en Munich. Él no hizo más que conformarse con el estado de cosas existentes y trabajó para ellas. Nunca me olvidaré que después del 9 de noviembre de 1918 el mariscal Hindenburg, el general Groener, el ex secretario de Estado de la cartera del Exterior, von Hintze y muchos otros altos funcionarios y militares afirmaron categóricamente que se conformaban con la situación creada y ofrecieron sus servicios al gobierno revolucionario. ¿Sostendrá el señor fiscal que todos estos señores cometieron el delito de alta traición? Uno de los más nobles espíritus que también se ha distinguido en la guerra, Romain Rolland ha abogado calurosamente por Toller. El 7 de julio, los estudiantes socialistas franceses lo designaron su presidente honorario. El fiscal ha creído rebajarlo al llamarlo "extraño al país".

La concepción mezquina me parece especialmente crasa en estos momentos en que la nueva constitución del Reich insiste más que nunca en el axioma de que cada alemán está en su casa en cualquier lugar de Alemania en que se encuentre. La manifestación del fiscal llama tanto

más la atención porque con toda seguridad cuando el prusiano Toller se enroló como voluntario en un cuerpo del ejército bávaro no se le consideró extranjero. Los camaradas bávaros, los oficiales bávaros que aquí intervinieron como testigos y declararon sobre su camaradería, valor, coraje y cumplimiento del deber, están situados bien lejos del estrecho punto de vista del fiscal. Aun el órgano del viejo partido socialista de Munich, el *Munchener Post*, ha escrito que Toller fue el hombre de confianza de las masas obreras. Es mi más íntimo convencimiento que Toller debe ser absuelto.”

Digo mis últimas palabras de acusado, me he serenado y orientado.

—Señores jueces, todos mis hechos surgen de motivos fundamentales, los he realizado con fría serenidad y reclamo que se me tenga por responsable de estos hechos. No me llamaría revolucionario si dijese que nunca se me ocurrió cambiar por la fuerza las circunstancias existentes. Nosotros los revolucionarios reconocemos el derecho de la revolución cuando vemos que ya no son tolerables estas circunstancias existentes, entonces tenemos el derecho de derribarlas.

No pretenderán de mí que de acuerdo con mi punto de vista pida clemencia al Consejo de Guerra. Yo me pregunto: ¿para qué se constituyen consejos de guerra? Se cree tal vez, que si a algunos de los jefes se les encarcela o fusila, el intenso movimiento revolucionario de la explotada población obrera del mundo entero será reprimido. Qué poca consideración ante estos movimientos colectivos elemen-

tales, qué consideración demasiado elevada para nosotros los jefes. La revolución se parece a un recipiente lleno de las pulsaciones de millones de obreros. El espíritu revolucionario no habrá muerto hasta tanto los corazones de esta muchedumbre hayan cesado de latir. Se dice que la revolución es un movimiento en relación con los jornales del proletariado y con eso se la quiere hacer despreciable.

Señores jueces: si alguna vez van ustedes a los obreros, entonces comprenderán por qué esta gente tiene que satisfacer antes que nadie sus necesidades materiales. Pero en esta gente alienta también una lucha profunda por su liberación espiritual, un ansia profunda por el arte y la cultura. La lucha ha empezado y no será dominada por las bayonetas y consejos de Guerra de los gobiernos capitalistas unidos de todo el mundo. Estoy convencido que ustedes pronunciarán la sentencia de acuerdo a su mejor saber y conciencia, pero de acuerdo a mis opiniones, deben ustedes reconocer que este fallo no lo puedo aceptar yo, como un fallo del derecho sino como un fallo del poder.

Fui condenado a cinco años de prisión. Había cometido el delito de alta traición al Estado por motivos honrosos.

IMÁGENES DE LA LUCHA Y LA REPRESIÓN*

Quinientos o seiscientos obreros defienden las estaciones ferroviarias, calles y plazas de Munich, del ataque de mi ejército de cien mil soldados.

La plaza de Stachus está rodeada por dos regimientos. Mi amigo Alisi, con cuatro hombres y dos ametralladoras, la sostiene durante dos días enteros. Las ametralladoras cubren las calles de entrada, cuatro hombres detienen una división. No fueron derrotados por la superioridad numérica del enemigo, lo fueron por la antigua patrona de Alisi. El hecho ocurrió de la siguiente manera:

Al tercer día se acercó a la plaza de Stachus un oficial de las tropas blancas como parlamentario. Alisi se le enfrentó a mitad de camino. Ante un hotel de la calle Sendlinger iniciaron las negociaciones.

—Ponga usted su revólver sobre la acera —le gritó el oficial.

—Puedo hacerlo —le contestó Alisi.

—Si abandonan la plaza le concedemos a usted y sus hombres la libertad.

—¿Con o sin armas? —preguntó Alisi.

—Sin armas.

—No acepto. Una vez que estemos desarmados nos liquidaríais uno por uno.

—A una de las ventanas del hotel se asomó un enorme pecho, detrás del pecho una cabeza de mujer gesticulante.

—¿Que no quieres hacer la paz, maldito bandido? Desde hace dos días los huéspedes del hotel no pueden entrar ni salir. Ya cuando limpiabas el calzado en el hotel me he hecho mucha mala sangre contigo. Decías que los zapatos estaban limpios y brillantes y no lo estaban, ya te dije más de una vez que nunca se podría hacer nada bueno contigo y luego te pasaste a los rojos. Inmediatamente haces la paz o bajo yo.

Lo que no consiguió el ejército enemigo, lo consiguió la señora Sonnenhuber. Alisi fijó su vista confuso y cohibido sobre la ventana y dijo:

—Si usted lo manda, señora Sonnenhuber —y dirigiéndose al oficial:— Ahora tenéis vuestra paz, malditos.

Se volvió tristemente a la plaza y desapareció con sus compañeros por sobre los tejados.

Los últimos defensores son dominados, luchan heroicamente pero la superioridad numérica del enemigo era excesiva.

Bestialmente se desata el terror blanco. Setecientas personas, hombres, mujeres y niños, son fusiladas;

miles son detenidas. Nadie está a salvo de los delatores. Los depósitos de cadáveres resultan chicos para contener la enorme cantidad de víctimas, se cavan fosas comunes como en tiempo de guerra.

Wilhelm Creowdy, un amigo del conde Arco, informa sobre los asesinatos cometidos en el patio de la prisión de Stadelheim.

Doce hombres que serán fusilados, no tienen la menor idea de que se les quiere eliminar. Son llevados en filas de dos y de tres con las manos levantadas, están ante la iglesia, uno de los hombres ríe y dice:

—¿Qué irán a hacer con nosotros? ¿Nos meterán en la cárcel?

Llegan a la pared trasera de la cárcel y ven los numerosos muertos que cubren la tierra; comprenden y empiezan a llorar. Las descargas mortíferas ya suenan. Llegan dos mujeres que encontraron en la calle los cadáveres de sus maridos que fueron fusilados sin ser juzgados, a base de una simple denuncia. Las dos mujeres se arrojan gritando sobre los cadáveres. Un soldado grita:

—Fusilad a las mujeres, ellas también tienen que ver en el asunto.

Se las llevan a Stadelheim; un fraile capuchino las precede orando en voz baja, las dos mujeres con rostros alterados, cabellos sueltos, vacilan detrás. Con la palabra "Jesús" en los labios caen acribilladas a balazos. Los cadáveres son desnudados, a las muertas les roban los relojes, anillos y aros.

El licenciado en derecho Schleusinger de Starnberg cuenta:

“Ya no puede existir duda alguna: el derrumbe se produce. A las seis de la mañana me despierta el cañoneo; bien pronto distingo los disparos de ametralladora y de infantería. A las ocho suena el teléfono, un empleado subalterno del tribunal de la ciudad me avisa que las tropas del general Epp han llegado a Starnberg y que fusilan sin consideración a todos los revolucionarios.

“A las nueve empieza la última sesión del Consejo de obreros. Se toma la siguiente resolución: Ningún miembro del Consejo de obreros abandonará su puesto. Inmediatamente después de la reunión al querer separarse los consejeros, llega el jefe de las tropas rojas con su ayudante. No puede sostener a Starnberg, se ve obligado a retirarse. El torbellino del desastre arrastra también a los socialistas. Starnberg es la llave de la capital. Si cae, Munich estará expuesta, sin protección, a los ataques que por el norte le hagan las tropas blancas. Calculamos; a la una estarán las tropas del general Epp en Starnberg, por lo tanto a la una debe encontrarse reunido en el ayuntamiento el Consejo de obreros.

“Las tropas blancas entran a las doce; me sorprenden durante el almuerzo; oigo pasos pesados que suben la escalera. No son soldados blancos, son dos jóvenes miembros de la milicia ciudadana los que de pronto ayudan a las tropas blancas a detener a los revolucionarios.

Al salir con ellos a la calle dobla la esquina próxima un teniente con una docena de soldados con casco de acero. El teniente viste uniforme *de paz*, el monóculo en el ojo.

“Con voz chillona me pregunta:

— ¿Es usted el señor Schleusinger?

— Sí, señor teniente.

— Está arrestado.

“Hace una seña. Los dos miembros de la milicia ciudadana se retiran. Dos de los soldados con casco de acero, se colocan en el medio y adelante.

“Al poco tiempo estoy en presencia del jefe de las tropas de vanguardia.

— ¿Es usted el que preside el Consejo de obreros Revolucionarios?

“El mayor pega con el pie en el suelo y grita:

— Saque la mano del bolsillo.

“Tengo un brazo lisiado cuya mano llevo de ordinario en el bolsillo.

— Señor mayor, usted no es mi superior.

“No he terminado de decirlo cuando de todos lados se desencadena una lluvia de golpes, con los cabos de las granadas de mano, con las culatas de los fusiles, con las puntas de las botas militares, me golpean hasta que me desplomo sangrando. Me hubieran matado a golpes en el mismo lugar si un conocido de Starnberg, ex oficial austriaco no me hubiera arrancado de entre esas fieras y elevado su protesta contra ese procedimiento bárbaro. Semi inconsciente me llevan a la prisión.

“No soy el único detenido. Guardias rojos, todos ellos más o menos heridos y también algunos obreros, están ya en la cárcel. Después de las formalidades del caso me conducen a una celda en el primer piso. No pasan diez minutos cuando se abre la puerta y empujan dentro de la

celda a mi amigo Maier, miembro del Consejo de obreros; la cabeza vendada, bajo las vendas corre sangre. Por él me entero que casi todo el Consejo de obreros está detenido en esta misma prisión. Al abandonar el ayuntamiento fueron insultados y golpeados por la multitud.

También la escolta militar se ensañó con él, uno de los soldados le dio con la culata del fusil un golpe en la cabeza.

“Después de media hora me acompañan a una de las oficinas del edificio de la prisión. Un capitán y un suboficial están sentados delante de una mesa sobre la que se ven algunos decretos y disposiciones firmados por mí. Me preguntan si he sido yo el que los firmó.

— Sí — contesto.

— Entonces ha cometido usted el delito de alta traición. Llévelo.

“Ha sido un interrogatorio inusitado. Más tarde me entero de que ése era el tribunal de campaña. Un tribunal integrado por un solo juez.

“Mientras tanto han dado las cuatro, y empieza para mí la más horrible hora de mi vida.

“Me sobresalto. Abajo ante la prisión se oyen rumores y voces de mando. El paso vacilante del guardián se acerca a mi celda, abre la puerta y dice:

— Señor Schleusinger, no están bien las cosas para usted.

“Dos cascos de acero suben a la carrera las escaleras, me gritan:

— Usted será fusilado.

“Un teniente, en el descanso de la escalera, me empuja y me hace caer a todo lo largo de ella, al mismo tiempo que dice:

– Afuera, bandido.

“Me incorporo, salgo a la calle. Un oficial se abalanza sobre mí y grita:

– ¿Qué hace usted ahí? Adentro, rápido a las filas.

“¿A las filas? Ah, sí, ya las veo, más o menos veinte guardias rojos y obreros, en su mayoría heridos y vendados están parados en fila, flanqueados por soldados blancos: el pelotón de ejecución. Ignoro cuánto tiempo estamos parados. El jefe del pelotón parece esperar algo. De pronto aparece el presidente del tribunal con un lápiz y una libreta en la mano. Anota cuidadosamente, con linda letra el nombre de cada uno de los condenados a muerte; también el mío. Se oye una voz de mando y un corto redoble de tambor.

“En este momento se apodera de mí el terror. Automáticamente conservo mi actitud como una muñeca a la que se le dio una postura determinada; el pelotón se pone en marcha, cruza la plaza principal. Hay cientos de espectadores en las calles. Nos acercamos al lugar de la ejecución: es una bella pradera.

“Ahora viene algo espantoso. En medio de la calle un carro, grande y gris, espera al pelotón y luego marcha delante de él.

“Un olor especial, como de formol y otros desinfectantes, emana del carro.

“El carro parece agrandarse cada vez más y tengo la impresión de que este carro gris y gigantesco es el fin de mi vida.

“Estamos parados en la pradera. Al oeste se ve un terraplén de ferrocarril, a una distancia de más o menos cien metros hay una multitud de curiosos.

“Nos paran con la espalda contra el terraplén. Los soldados toman posición frente a nosotros a una distancia de ocho metros. De las filas salta un hombre joven, se atropella al hablar, se dirige al teniente que manda el pelotón y le dice:

—Durante la guerra he sido marinero en un submarino de la marina imperial; después de la desmovilización, sin trabajo, igual que mi padre, mi madre enferma, no sé lo que pretendía el ejército rojo, pero como el hambre es mala consejera me enrolé en él.

“Pide, ruega, de nada le vale. Es empujado nuevamente a la fila por los soldados.

“En este momento ocurre algo inesperado, la confusión que produjo el marinero al salir de las filas es aprovechada por otro hombre que resueltamente se adelanta a saltos. Dos cascos de acero vacilan y caen, un tercero recibe un golpe en la cara y la sangre le brota por la boca y la nariz; el momento de sorpresa colectiva que se produjo lo aprovecha el hombre para huir a grandes saltos. Algunos soldados disparan sobre él sus fusiles sin tocarlo; otros lo persiguen a la carrera pero con eso impiden que los que quedan puedan seguir disparando. El prófugo al que el temor a la muerte parece poner alas en los pies lleva buena ventaja sobre sus perseguidores, si llega a alcanzar los altos juncos que bordean la pradera puede considerarse a salvo. En el último momento parece

que un hombre que sale de las filas de los curiosos conseguirá detenerlo, pero centuplicando las fuerzas el fugitivo, le da un violento empujón que lo envía rodando por tierra, y con tres últimos saltos desesperados alcanza los juncos salvadores.

“La atención de los verdugos se dirige nuevamente a nosotros. El oficial me señala y dice:

—Ha sido el cabecilla, por lo tanto tiene que mirar primeramente cómo se hace esto.

“Me sacan de la fila y me llevan a un costado.

—Arriba las manos.

Los pobres levantan las manos.

—Habéis levantado armas contra el gobierno legalmente constituido y eso es penado con la muerte.

Se oyen gemidos, el corazón me da un vuelco, me doy vuelta para no ver tamaña injusticia; nunca, al igual que la mayoría de esos infelices, he llevado armas. Se oye la voz del oficial:

—Un revólver a cada lado de su cabeza. ¡Ya te obligaremos a mirar, perro inmundo!

“Tengo que ceder y veo cómo los pobres desgraciados se desploman como sacos. Después de la descarga se oyen todavía tiros aislados; uno grita pidiendo un segundo tiro para no sufrir, se le acerca a dos metros de distancia uno de los soldados y le dispara el tiro de gracia.

“El oficial se dirige hacia mí. En ese momento llega alguien corriendo, sin aliento casi, grita:

—Señor Schleusinger, a usted no lo... señor teniente, espere que... —e indica a la calle por la cual vinimos. Se ve

llegar corriendo a un hombre que agita en sus manos un papel blanco. Es un correo. Sin palabras alcanza el papel al teniente, éste lo lee y hace un gesto desilusionado.

—Este hombre debe ser llevado nuevamente a la prisión, será juzgado por un tribunal en regla.

“Me devuelven a la prisión. Cuando estoy de nuevo en mi celda caigo rendido sobre la tarima. Estoy salvado.

“A las diez de la noche me visita un buen amigo. Por él me entero que se ha salvado otro más de los condenados a muerte. Recibió dos balazos en los pulmones, pero a pesar de eso no murió; varias horas después de la ejecución dio señales de vida. Soldados salvajes querían rematar al desgraciado que como todos sus compañeros muertos había sido despojado de todos sus bienes; los defensores de la ley les habían dejado solamente camisa y pantalones. Un joven maestro que con su hermano pasaba por ese lugar, evitó el crimen y transportó al herido al hospital; a los soldados que momentos más tarde exigieron la entrega del herido, les fue negada la entrada por el director del hospital.

A las once es fusilado mi buen amigo el jefe de la estación ferroviaria de Starnberg, acusado de haber querido colocar una bomba en uno de los puentes del ferrocarril. Sé que se ha cometido un nuevo asesinato. Hace quince días, cuando se constituyó la república soviética, este hombre nos dijo:

“Compañeros, soy funcionario, soy jefe de estación; tengo familia y no puedo arriesgarme a dejarla sin pan. Es-

toy moralmente con ustedes.

“No lo obligamos a quedarse. Ahora está muerto a pesar de todas sus precauciones. Ha sido legalmente fusilado, pero ese hombre nunca, en su vida, hubiera llegado a hacer saltar un puente de ferrocarril.

“A las cinco traen tres nuevos a la prisión. Son tres guardias rojos.

Los tres cubiertos de sangre han sido bárbaramente golpeados. Uno de ellos, el más joven está irreconocible: la cara hinchada y con todos los colores del arcoiris, dos veces fue parado contra la pared pero se defendió desesperadamente, golpeaba a su alrededor como un loco furioso, mordía, se tiraba al suelo y volvía a incorporarse.

“Los blancos no preguntan a qué partido pertenecen sus víctimas, ante los caños de sus fusiles todos los republicanos son iguales, comunistas, socialistas, demócratas, independientes y sin partido, todos son revolucionarios.

Eglhofer fue asesinado. La esposa de un médico quiso salvarlo en su automóvil. Al detenerse en un cruce de calles fue reconocido, detenido y llevado a un sótano de la residencia real. No se amilanó ante los golpes que llovían sobre él. Unos cuantos oficiales se reunieron para un Consejo de guerra. Les bastó que Eglhofer reconociera ser tal. La sentencia fue: a muerte.

Los oficiales abandonaron el sótano. Con Eglhofer quedó de guardia un joven soldado el cual, una vez solos sacó su revólver de la funda, lo puso al alcance de Eglhofer y se dispuso a dejarlo solo. Eglhofer lo llamó y le dijo:

— Camarada, olvidas tu revólver, ¿no has pensado que te puedo atacar?

— Sé perfectamente quién eres. Si no quieres... — y se encogió de hombros.

“El soldado volvió a guardar su revólver. Minutos más tarde la sentencia se cumplió.”

Asesinaron a Gustavo Landauer, que fue el hombre más puro de la revolución alemana, uno de sus espíritus más selectos. Un obrero que acompañó a Landauer en sus últimas horas informa:

— A los gritos de ¡Landauer!, un grupo de soldados bávaros y wortemburgueses traen a la carrera a Gustavo Landauer; en el corredor ante la sala de admisión un oficial golpea a Landauer en la cara. Los soldados gritan: “Este agitador debe desaparecer, matémoslo”. A culatazos lo llevan al patio. Landauer les dice a los soldados: “No soy un agitador, vosotros mismos no sabéis cuán agitados estáis”. En el patio el grupo se enfrenta con el miembro de la nobleza, mayor von Gagern, el cual con una varilla en forma de cachiporra golpea despiadadamente a Landauer hasta que éste cae al suelo. Se levanta y quiere hablar, pero uno de los sargentos presentes le dispara un tiro que le da en la cabeza. Landauer sigue respirando. El sargento dice: “Este infame tiene dos vidas”. Otro sargento, éste, del regimiento de la guardia, dice: “Saquémosle el capote”. Le arrancan el capote y como todavía da señales de vida lo acuestan boca bajo, al grito de “atrás, que le haremos pasar otro plomo”, le vuelven a disparar un tiro en la espalda.

Landauer se sacude en los estertores de la agonía, mientras el sargento le destroza la cabeza con el tacón de sus botas. Desnudan el cadáver y lo arrojan al lavadero.

Ludwig Sporer, al que encontré en la prisión, no podía hablar ni oír. En la frente, entre las dos cejas, tenía una cicatriz roja y profunda, le rogué me anotara en un papel su historia.

“Fui guardia rojo; el 2 de mayo fui detenido. Guardias blancos me llevaron a presencia de un oficial que me tomó los datos personales entregándome seguidamente a un sargento. Éste me arrastró al patio de una escuela y dijo: ‘¿Para qué hacer procedimientos largos? Párate contra esa pared’. Yo me paré contra la pared; tenía miedo, lo reconozco, pero todo fue tan rápido que no me dio tiempo para pensar. El sargento saca su revólver apunta y dispara sobre mí. Caigo con la cabeza para atrás; siento algo mojado, me parece haber caído en un charco, abro los ojos y veo sobre mí el cielo estrellado. Pienso en lo que ha ocurrido. El sargento sacó su revólver, apuntó y disparó, eso no lo he soñado. ¿Cómo es que vivo entonces? ¿Estaré herido? ¿Pero dónde? Quiero levantar mi cabeza pero no debo hacerlo; a lo mejor el sargento me está vigilando y en cuanto me mueva, me mata, esta vez de veras. Horas enteras permanezco tirado. Oigo voces, se acercan pasos: Ahí hay un rojo. Siento cómo me meten las manos en los bolsillos y me despojan de todos mis efectos. Debo haber hecho un movimiento porque uno de ellos dice: Todavía vive, le daré el tiro de gracia. Siento una cosa fría que se apoya en mi frente. Cuando despierto estoy en una gran sala sobre una

mesa de operaciones. Veo hombres de batas blancas y hermanas de caridad. Veo que mueven los labios pero no oigo nada. Quiero hablar y no puedo. De repente me acuerdo. Estoy muerto. Hago señas, la gente a mi alrededor se da cuenta de que estoy mudo y sordo. Me doy cuenta de todo.

“El tiro del sargento dio de lleno sobre mi cigarrera. De susto y miedo me desmayé. El soldado que me dio el tiro de gracia apoyó el caño de su arma en mi frente pero como mi cabeza estaba echada para atrás, la bala resbaló a lo largo de mi frente sin penetrar; tan profunda es la cicatriz que se puede meter un dedo en ella. Me dejaron por muerto. Por la noche fui arrojado con otros muertos en un carro que nos llevó al cementerio. Al ser depositado sobre la tierra debo haber hecho un movimiento, un pastor me vio y dispuso que se me enviase a una clínica quirúrgica.

“El tribunal del pueblo me condenó a un año y tres meses de prisión por complicidad en el delito de alta traición al Estado.”

El gobierno bávaro condenó a un hombre que dos veces tuvo que sufrir el tormento de la muerte, que por dos veces tuvo que morir de verdad y lo sepultó en un presidio.

El ministro de Justicia de esa época era demócrata, se llamaba Müller-Mainingen. Ningún acontecimiento ilumina más claramente el espíritu de nuestra justicia. La Edad Media conocía el fallo de Dios, si el destino deparaba al preso la vida ante la ejecución, la justicia terrenal lo ponía en libertad.

Vivimos en el siglo veinte y estamos orgullosos de nuestra humanidad y de nuestra civilización.

Sólo cuando veintiún miembros de una sociedad católica que fueron detenidos y masacrados en un sótano por soldados blancos, recién entonces se impuso el gobierno bávaro a los sanguinarios generales y evitó que en adelante se matase a ningún prisionero que no hubiese sido condenado por un tribunal competente. Eran los mismos jueces que un año más tarde reclamaron aumentos de sueldos fundando esta petición en el hecho de que durante la revolución defendieron al gobierno con energía y sacrificios.

El ministro de la Defensa Nacional del Reich, Noske, agradeció al comandante en jefe de las tropas blancas con el siguiente telegrama:

Por la forma prudente y llena de éxito con que dirigió las operaciones en Munich, expreso a Ud. mi completo reconocimiento y a las tropas mis sinceras gracias.

* Este capítulo está basado en testimonios que Toller recogió en la prisión de sus compañeros de combate.

CINCO AÑOS

Suena el silbato de la locomotora. El tren abandona lentamente la estación de Munich. Empleados, guardias, obreros y obreras, cargadores se han reunido en un gran grupo, agitan sus pañuelos, me gritan "Hasta la vista". Los pasajeros que en libertad recorren todos los países, contemplan extrañados esta manifestación. "Hasta la vista, dentro de cinco años", contesto yo. "Te sacaremos antes", grita con voz fuerte un conductor de locomotoras, cuyo tren está en una vía adyacente.

Qué distinto fue el viaje a la prisión militar en el año de guerra de 1918. El muchacho que entonces gritó "Asesino"; el abandono sin consuelo, la enemistad de las cosas y la gente.

Hoy me rodea el calor de la camaradería; me eleva, duplica mis fuerzas. No estoy solo, veo las manos que de todos los ángulos tratan de estrechar las mías. Cinco años, un tiempo largo. Siento una extraña alegría, ni siquiera envidio al pasajero del coche dormitorio que mañana cuando despierte se encontrará en el gran canal de Venecia. Hasta los mismos empleados de policía que me acompañan son cordiales. Conocen la versatilidad del clima político, nunca se puede saber. Me dicen que ellos mismos no son más que obreros que cumplen con su deber, que si de ellos depen-

diera otra cosa sería. También ellos tienen que sacrificarse, no es tan fácil escalar los altos puestos de la policía. Me piden que si vuelvo a ocupar otra vez posiciones de gobierno no los olvide ni los culpe. Uno me ofrece un cigarrillo, el otro pregunta si no me gustaría un trozo de queso casero.

En el compartimiento vecino va una muchacha que también es llevada a la cárcel. Le pregunto:

— ¿Cuántos años?

— Seis años.

— Un año más que yo.

— ¡Bah — dice riendo —, los hago como nada!

En la Alemania imperial las cárceles políticas eran ocupadas por oficiales y duelistas, también uno que otro que había insultado a su majestad. Todos ellos se daban buena vida, paseaban durante el día por las calles de la ciudad, coqueteaban con la hijas de los burgueses. Esa prisión llevadera y alegre ha desaparecido por completo; el ministro de Justicia bávaro estudió una prisión política muy especial para nosotros los socialistas revolucionarios; un término medio entre prisión y cárcel como dice el ministro de Justicia del Reich, señor Radbruch. Ya no nos podemos pasear, nuestras mujeres y nuestros amigos no pueden ya visitarnos libremente, cada carta que sale o entra es abierta por la censura, comemos la vulgar comida cocinada al vapor de todas las cárceles.

Nuestra detención se asemeja en un solo punto a la prisión política a que nos condenaron los jueces: somos tratados de *señor* y *usted* por empleados y guardianes, como prueba de que todavía tenemos honor.

Con todo, no sabemos si los derechos de los que hoy gozamos los tendremos todavía mañana, todo es tan incierto y variable. El rigor de las leyes se estira y se encoge de acuerdo a la situación política; si el gobierno está en situación fortalecida, sentimos sus rigores, si la oposición es fuerte, lo notamos en las franquicias que se nos conceden.

Al principio estamos todos distribuidos en distintas cárceles; después de unos meses nos reúnen en la vieja cárcel de Niederschonfeld, en Rain a orillas del Lech. En la planicie nebulosa y pantanosa entre el Lech y el Danubio está construida la cárcel con sus celdas frías y sus patios rasos con altas murallas. Las celdas son angostas, si el preso se apoya en la pared puede con los brazos extendidos tocar con las manos la pared del frente. De día las celdas permanecen abiertas. Caminamos ida y vuelta por la jaula del estrecho corredor; de abajo arriba, de arriba abajo, recorremos ese corredor cuyo extremo está vigilado día y noche por los guardianes.

La cárcel de Niederschonfeld aloja en su interior a centenares de presos políticos, hombres de todas las clases sociales, de todas las profesiones. La mayoría confía que estará detenida poco tiempo, creen que bien pronto una nueva revolución los pondrá en libertad, mañana, pasado mañana, la semana próxima. Si los diarios informan de una huelga, creen de inmediato que seguirá la huelga general que les abrirá las puertas de la prisión. Si alguno se atreve a opinar en contra, es perseguido por el odio exacerbado de los demás. Un camarada me dice:

— Es culpa tuya que todavía estemos aquí, porque no quieres creer.

Durante los primeros meses todos los presos viven fraternalmente, dividen entre sí los alimentos y dinero que reciben de sus casas; dividen sentimientos y pensamientos. La fiebre de la confesión se apodera de ellos, confiesan mutuamente sus vidas, sus hechos, sus culpas. Todos deben saber todo, hasta los más ocultos sentimientos son revelados.

Se muestran las cartas que reciben de sus esposas o de sus madres, nada debe quedar oculto o ser desconocido. Pronto se conocen todos, conocen sus vidas, sus pensamientos, su forma de expresarse, la automaticidad de sus sentimientos, su olor y el tono de su voz, se sabe cómo contestará a esta pregunta y cómo a esta otra. Si al principio cada uno estaba ansioso de fundirse amistosamente con el otro, ahora está cansado de su vecindad, ya no lo puede tolerar, le reprocha lo que el otro en espontáneo arranque le confió. La detención lo enferma, la soledad lo envilece, la actualidad pesa como un bloque de granito, se la rechaza; únicamente el pasado merece el honor de ocuparse de él. Cada día, cada hora desde que la revolución comenzó es despertado a nueva vida, se sueña con luchas que ya han sido olvidadas, con palabras que hace tiempo fueron aventadas; con sentimientos que murieron hace mucho tiempo.

Durante la comida en común se suscitan discusiones políticas con endemoniado fanatismo. Sólo un tema es de todos conocido: la república soviética; sólo una esperanza: la revolución mundial. Pobres de aquellos que no creen que una aurora revolucionaria iluminará el próximo día: son traidores, burgueses, contrarrevolucionarios.

En Alemania se desmorona el movimiento obrero, los partidos se dividen una y otra vez, grupos y sectas son creados; lo mismo exactamente se reproduce en la cárcel, pero mientras en el exterior el proceder de la gente es regulado y guiado por realidades efectivas, falta aquí, en el ambiente enrarecido de la prisión, toda posibilidad de corrección.

Se forman grupos de partidos que se persiguen mutuamente, se calumnian y hasta se golpean. El odio es tanto más fuerte cuanto más de común tiene entre sí. Uno de los grupos comunistas impide a sus adherentes conversar con los componentes de otro grupo de la misma tendencia. En la Edad Media, por una letra se mataban los monjes.

Un joven estudiante con el que he intimado, es puesto en libertad; desconfiado y temeroso, mirando recelosamente en todas direcciones, se desliza hasta mi celda, antes de irse vacila y me ruega:

—Por favor, no digas a mis compañeros de partido que me he despedido de ti.

Los más intolerantes son ciertos intelectuales con ribetes bizantinescos. Adoran a los proletarios al extremo de formar un culto de ellos y les enseñan a despreciar a los otros intelectuales. Adoptan formas y costumbres de la vida proletaria. Las que el obrero adoptó únicamente obligado por las circunstancias. Uno de los presos, ex oficial del ejército imperial viene a comer con los pantalones y el saco rotos y despedazados, él mismo los rompió para estar en armonía con los obreros.

A menudo, mientras converso con los obreros, veo cuán superficial es el barniz de la doctrina partidaria que

los cubre; debajo de ella se albergan los instintos que la sociedad gobernante les inculcó en la vida diaria de la escuela, de la familia, y de los círculos en que actuaron.

Cuando en el año de 1917 falleció el socialdemócrata Stadthagen, deliberaron los obreros de una gran fábrica en Berlín, si sus tres delegados, que debían concurrir al entierro y colocar una corona de flores naturales sobre la tumba, asistirían al acto con levita y sombrero de copa. Uno de los delegados, obrero de diecinueve años no poseía sombrero de copa y se negaba terminantemente a comprar uno. Al fin, después de una discusión que duró horas, se tomó la siguiente resolución revolucionaria: que este obrero no tenía que comprarse un sombrero de copa, pero para que el prestigio de los obreros de esa fábrica no sufriera menoscabo, se le prestaría uno.

Un campesino de Hollerdau es pacifista convencido. Cuenta que para la Navidad de 1919 les leyó a otros campesinos el sermón pacifista de Eisner: Que en ese momento se dieron cuenta lo que era la guerra, que habían abierto los ojos de espanto, que las lágrimas les corrieron por las curtidas mejillas, también a él. Media hora más tarde conversamos de la guerra, luchamos en el mismo frente, en Pont-au-Mousson.

— ¿Cuándo estuviste allá? — me pregunta.

— En 1915.

— ¿En 1915? Entonces ya no era nada eso, era guerra de trincheras. Cuando estuve yo sí que había movimiento; era una alegría. A los franceses les hundíamos el cuchillo en la panza que era un contento.

Un obrero creó para su uso particular una teoría propia. “Las mujeres burguesas son la misma peste — decía — todas ellas merecen ser colgadas de los faroles de las calles; estas mujeres son orgullosas y de costumbres licenciosas, los hombres no son tan peligrosos como ellas.”

En una ocasión me cuenta de su hermana:

— Está de sirvienta en casa de gente muy rica, una familia burguesa de las buenas. Los domingos cuando mi hermana tiene salida, la señora le da la mano al irse.

Un hombre llamado Adolfo Hitler fue condenado en Munich a varios meses de prisión por querer turbar una reunión del partido monárquico bávaro. Bajo su dirección fue invadida la sala y blandiendo sillas asaltaron la tribuna de los oradores. Se produjo una lucha en la que hubo heridos. Alrededor de este hombre, de Adolfo Hitler, se agrupan descontentos de la pequeña burguesía, ex oficiales, estudiantes antisemitas y funcionarios que fueron declarados cesantes. Su programa es primitivo y sencillo: Los marxistas y los judíos son los enemigos internos, y culpables por lo tanto, de toda desgracia que pueda acontecer. Apuñalaron por la espalda a la Alemania no vencida y convencieron después al pueblo de que Alemania había perdido la guerra. Los enemigos externos son los franceses; una raza degenerada, con sangre negra en sus venas.

La guerra contra los franceses es inevitable y, por lo tanto, necesaria. La raza alemana, nórdica, es superior a todas las otras. Había sido designado por Dios para exterminar marxistas y judíos.

Hitler incita al pueblo a un nacionalismo furioso. No recuerdo haber oído el nombre de Hitler cuando hace dos

años nosotros, los *enemigos internos* de Alemania, empezamos a combatir las injusticias del tratado de paz de Versalles. También durante la revolución permaneció silencioso, nadie se enteró de su existencia.

Un preso me cuenta que se encontró con el pintor austriaco Adolfo Hitler durante los primeros meses de la república en un cuartel de Munich. El hombre le había llamado la atención por la forma educada y ampulosa de hablar. Le había producido el efecto de uno que ha leído muchos libros sin haberlos digerido. Pero no lo había tomado en serio porque un suboficial de sanidad le había confiado que Hitler al volver del frente durante la guerra había sufrido seriamente de los nervios y estuvo ciego en un hospital. De repente había recobrado nuevamente la vista.

Esta ceguera nerviosa me hace cavilar. Qué enorme fuerza de voluntad debe poseer un hombre que puede cegarse ante una época que no quiere ver.

Ricos industriales y poderosos fabricantes apoyan a Hitler. Su odio se dirige también contra las corporaciones obreras y los industriales piensan utilizarlo como *chivo emisario*.

El tiempo transcurre. Con mayor violencia giran las conversaciones, los pensamientos y los sueños de los hombres alrededor de las mujeres.

De noche, desesperados hundimos nuestras cabezas en la almohada, hambrientos de calor femenino. Estamos cansados de leer libros, horas enteras hojeamos revistas

ilustradas, contemplamos fijamente las figuras de mujeres desnudas, de pechos desnudos, de piernas desnudas.

En la cárcel de Eichstädt dormían mujeres detenidas sobre nuestro pabellón. Eso excitaba a los hombres. De noche golpeaban contra el cielo raso, las mujeres contestaban; por medio de los caños de desagüe se enviaban cartas, pliegos enrollados que subían y bajaban por medio de cordeles. El amante nunca veía a su amada. Con palabras torpes procuraban explicarse mutuamente por escrito cómo eran sus caras y sus cuerpos. Se solicitaban pruebas de amor, mechones de cabello, pelos de los órganos sexuales, pequeños trozos de género que habían tenido durante toda la noche sobre su pecho.

En el patio de la cárcel había un pequeño lavadero en el que trabajaban por turno las mujeres vigiladas por guardianes femeninos. En una ocasión es llamada la mujer encargada de la vigilancia y la presa queda sola. Inmediatamente se adhiere a la reja y procura individualizar la celda de su hombre, el que hace semanas le escribe y al que ella le contesta: lo ama. ¿Lo reconocerá si lo ve? Pero el hombre ya la reconoció y le hace señas con la mano, procura hacerle comprender que él es el elegido de su corazón. Incrédula lo contempla la muchacha, él señala su castaño pelo rizado, su nariz curva, la cicatriz sobre la oreja. Al fin le cree ella, le sonrío amistosamente, extiende hacia él sus brazos, cuánto daría por poder tocarlo, abrazarlo aunque sólo sea una vez. Vano deseo. Las rejas los separan. Entonces, en un segundo de sentimiento desbordante, se retira de la ventana, sus manos se ocupan en el uniforme

de gruesa tela que lleva puesto, lo abre y muestra su cuerpo desnudo, sus pechos pequeños pero duros, sus bien torneadas piernas, llora y ríe de alegría, de satisfacción por poder hacer algo por él, demostrarle cuánto lo quiere, estaría dispuesta a hacer todo lo que le pidiera, con esto se lo ha demostrado. Ninguno de los dos observa que la guardiana ha visto todo, y la muchacha paga caro ese gesto de amor. Debía salir en libertad la semana siguiente pero sufre un recargo considerable en su condena.

En Niederschonfeld no hay mujeres pero hay muchos jóvenes. Un joven marinero adorna sus tobillos y muñecas con cintas azules, camina balanceando femeninamente sus caderas, incita a los hombres y estos se dejan incitar. Una noche trae a sus redes a un guardián. Otros jóvenes lo imitan, se producen escenas de celos apasionados. Los enamorados se escriben misivas inflamadas de pasión, se dedican poesías, enrojecen cuando se miran, derraman lágrimas y vuelven a reconciliarse. Los jovencitos afeminados son colmados de regalos por sus adoradores. Más de uno pasa hambre por ceder su parte al adorado. De noche se visitan en sus celdas, ningún castigo los arredra, el ardiente deseo de conceder y recibir amor quiebra consignas y costumbres hasta que un día la intensa tensión se deshace en un espectáculo grotesco. Algunos presos, funcionarios ortodoxos y espíritus lascivos forman un tribunal, en sesiones interminables tienen que comparecer amantes y amadas y realizar los actos amatorios ante la concentrada atención de los jueces.

Un obrero que se reconcilió con el pasado de su mujer que había sido prostituta, me visita en mi celda y dice:

— ¡Oh, Toller!, si mi familia supiera con qué clase de gente estoy encerrado.

Baviera y el Reich se combaten intensamente en contiendas periodísticas. El *Correo de Baviera* manifiesta saber al fin de dónde parten todas las noticias contrarias a Baviera: de la cárcel de Niederschönfeld.

Yo soy el espía secreto que informa a su primo, el comisario de Estado de Berlín, Weissmann. Ni estoy emparentado ni conozco al señor Weissmann y mis cartas son censuradas. Eso se lo escribo al diario berlinés *Libertad*. Las autoridades de la cárcel confiscan mi carta. Me quejo telegráficamente al presidente del consejo de ministros. He resultado electo diputado al congreso bávaro y aunque no se me permita ejercer el cargo, tengo derecho de dirigirme al presidente del Consejo de ministros. El telegrama es confiscado y se me comunica que no hay personal disponible para ocuparlo en el envío de telegramas. Contesto a eso que las autoridades de la cárcel no tienen derecho a proceder en esa forma. El jefe de guardianes me toma de los hombros y me saca violentamente de la dirección.

— Usted no me debe poner la mano encima, me quejaré de su procedimiento.

— No lo he tocado, usted miente.

— No soy yo el que miente.

Una hora más tarde me llama el director de la cárcel y procurador de Estado, Hoffmann. Un padre cariñoso, más de una vez lo observé a través de las rejas de mi ventana cómo jugaba con su hijito. Ahora está sentado ante su escritorio serio e imponente, su mano izquierda tam-

borilea sobre la mesa, con su derecha sacude amenazador un papel.

– Aquí hay una comunicación de que usted ha llamado mentiroso a un ciudadano alemán.

– También yo como el jefe de guardianes, soy ciudadano alemán.

– Conteste a mi pregunta.

– Sí. El jefe de guardianes ha dicho una inexactitud, él me ha...

– Usted lo reconoce, los detalles no interesan por ahora. Queda castigado con tres días sin cama, sin patio, sin escribir y las demás penas accesorias.

Guardianes me llevan a la celda aislada. Por minutos no puedo concebir que un hombre tenga tamaño poder sobre mí. Reacciono, grito, golpeo contra las puertas y las paredes. El guardián abre la puerta, tomo el banco y comprendo en el mismo momento cómo se llega al crimen, cómo nadie está exento de ser un asesino. Tengo que hacer algo, tengo que demostrar a este señor procurador de Estado que su poder tiene límites, inicio la huelga de hambre.

Hambre no duele el primer día, el segundo día se siente un dolor punzante en el estómago, el tercer día empieza el hombre a afiebrarse. Deprimido y sin sentido olvida el hambre.

Al cuarto día por la noche me levantan el castigo. Los diarios se ocupan de mí. Resuelvo terminar la huelga de hambre y pido un poco de comida. El guardián me trae una taza de cacao con agua y un trozo de pan. Devoro el pan. Ahora vuelven los dolores del hambre. Los agunto

media hora pero más no los tolero y le ruego al guardián me traiga un trozo de pan.

—El señor director no permite traerle más de lo que ya ha recibido.

Se desliza otra media hora, enloquezco de hambre.

En esta noche se representa por primera vez en Berlín mi drama *Hombre masa*. Un trozo de pan me agradecería mucho más. Llamo al guardián:

—¿Qué quiere?

—Le exijo que le pregunte al director si me puede traer más pan.

Como un perro que oye la voz del amo se estremece el guardián.

Mi tono autoritario despertó en él al subordinado, une sus tacones y va a ver al director.

Un cuarto de hora más tarde se abre la puerta de la celda. Al fin me traen pan.

—El señor procurador de Estado manda decir que solamente autorizó un trozo de pan y en eso queda, no debía haber iniciado la huelga de hambre, también le manda decir que el castigo se lo ha ganado.

El guardián cierra la puerta y apaga la luz. Nunca olvidaré esta noche.

En la oscuridad me llevo hasta mi mesa y empiezo a juntar las migas de pan que han quedado sobre ella. A la mañana siguiente, mi estómago devuelve el café.

Los señores procuradores de Estado que fueron trasladados desde Munich a Niederschonfeld no nos perdonan que los hayamos visto empequeñecidos, llenos de temor ante nosotros los revolucionarios, que todos ellos sin

excepción estaban dispuestos a aceptar los *hechos consumados*, cuando hoy nos pueden perjudicar, lo hacen, vengándose de su propia cobardía.

Una editorial de Londres me envía la edición inglesa de *Hombre masa*.

El libro es confiscado por estar escrito en idioma extranjero.

El editor de una antología me pide una colaboración. Le envío un pequeño cuento. El cuento es confiscado. Como no tengo copia ruego me sea devuelto el original. El procurador de Estado contesta: "Concedido, siempre que Toller se comprometa a no mencionar nunca el hecho de la confiscación."

Pido al procurador de Estado el permiso para conseguir una caja de cartón para mi sombrero. "Denegado por razones de seguridad — dice la contestación — el sombrero se puede envolver en papel de diario o enviarlo a casa si no se necesita".

A un amigo de Berlín le envió una postal que dice: "Muchos saludos le manda E. T." La postal es confiscada por "contenido velado".

De acuerdo a los reglamentos los presos políticos están autorizados a recibir los diarios. En el curso de un mes es secuestrada veintidós veces la *Frankfurte Zeitung*, *La Libertad* veinte veces y *Bandera Roja* treinta veces.

M. es castigado con celda aislada por haber movido el pie izquierdo durante la revista diaria; el director consideró ese movimiento de pie como ofensivo para él.

El preso Walter es castigado con celda aislada para establecer su *debilidad de carácter* por haberse encontrado

flojo uno de los hierros de su cama. Walter se queja. Al día siguiente se le dictan ocho días sin cama por haberse quejado. Walter se queja directamente ante el procurador de Estado. Por haberse atrevido a quejarse nuevamente le es impuesto el castigo de tres días a pan y agua.

El preso Erich Mühsam se permite llamar la atención del director sobre el estado mental de W.; Mühsam es castigado con siete semanas de celda aislada. El informe del director dice: "Es para dar oportunidad a Mühsam de reflexionar si le corresponde adoptar posturas de jefe al mezclarse en los asuntos de los otros presos". Semanas más tarde W. debe ser internado en una clínica psiquiátrica.

Al preso Ta. se le imponen durante un año los siguientes castigos: 149 días de celda aislada, 243 días de prohibición de escribir, 70 días sin paseo al patio, 168 días de prohibición de recibir visitas, 217 días de prohibición de recibir paquetes, 14 días sin cama, 8 días en arresto de cámara oscura y 24 días sin comida. En el Reichstag justificó el procurador de Estado bávaro, Emminger, la severidad de nuestro tratamiento en la cárcel de Niederschonfeld con la aclaración de que los presos eran *bestias rojas*.

El conde Arco, asesino de Eisner, no está con nosotros. Para él se eligió una prisión política especial; un castillo en Landsberg, para él no rigen castigos severos. Se divierte en la ciudad y en las fincas rurales de los alrededores.

No concibo los agravios que mutuamente se causan los seres humanos. ¿Son tan crueles por naturaleza, que no están en condiciones de sentir personalmente los sufrimientos que día a día, hora a hora sufren sus semejantes?

No creo en la naturaleza mala del hombre; creo que comete aberraciones por falta de fantasía, por pereza del corazón.

Yo mismo, cuando he leído en los diarios los estragos del hambre en China, las masacres en Armenia, los presos martirizados en los Balcanes, he dejado el diario y sin preocuparme mayormente he reanudado mis tareas. Diez mil muertos de hambre, mil fusilados, ¿qué significaban para mí esas cantidades? Las leía y una hora más tarde las había olvidado. Por falta de fantasía. Cuántas veces no he ayudado a quien necesitaba ayuda. Por pereza de mi propio corazón. El hombre dejaría de ser el peor enemigo del hombre si los que actúan y los sin acción meditaran profundamente sobre lo que hacen y lo que dejan de hacer. El deber principal de las escuelas del futuro debe ser despertar en los niños la fantasía humana, ensanchar su capacidad de comprensión, combatir y dominar por natural la pereza de su corazón.

Más de un socialista se burla de la idea de la libertad como de una ilusión popular. No distingue entre libertad como sentimiento de vida, como conciencia, que confiere al hombre dignidad y respeto a sí mismo y libertad como orden de vida, como forma de vivir. Cada forma significa limitación. Toda normalidad política y social forzosamente tiene que limitar libertades individuales. Decisivo es únicamente el grado de limitación. Obreros y campesinos tienen para eso un instinto más refinado. También la diferencia de clase en la humanidad. Naturalmente que el socialismo reconocerá igualdad en un terreno: cada uno ten-

drá el mismo derecho a alimentos, vivienda e instrucción. Pero en otro terreno será justamente el socialismo el que ha de crear una diferencia escalonada de clases, de rangos. Hombres capacitados para administrar estados políticos: sociales y culturales, formarán una aristocracia, no de nacimiento sino de genio, de la capacidad, del rendimiento. Llamados a desempeñar obligaciones superiores, no les serán otorgados beneficios materiales.

Los diarios liberales no cesan de hacer resaltar las injusticias que ocurren en Niederschonfeld. Para contrarrestarlas inventa el gobierno bávaro un complot entre los presos. En diarios alemanes, bajo el título de *Nuevas tentativas de complot de Mühsam y Toller*, se lee lo siguiente: "En los últimos tiempos se sospechó, por ciertos puntos de referencia, que en la cárcel de Niederschonfeld se tramaba un amplio complot, cuyo fin era el derrocamiento del actual gobierno y la constitución de una república soviética. La traicionera tentativa ya había sido elaborada y estudiada en sus más mínimos detalles y debía comenzar después del desarme en las milicias ciudadanas. Una amplia investigación ha confirmado en todos sus puntos la sospecha".

Más de un lector de estas noticias en los diarios se debe haber preguntado cómo era posible que en una cárcel rodeada de altos muros, guarnecida con alambres de púa, con centinelas a granel, con cañones y ametralladoras en sus almenas, se pudiera elaborar un vasto plan de tal magnitud. La alarmante noticia no estaba destinada para el interior de Alemania, tendía a demostrar a Francia la necesidad de que persistiesen las milicias ciudadanas por cuanto este último país había exigido repetidamente el

desarme de las mismas. A nosotros los presos no se nos permite leer los diarios. Una mañana son abiertas nuestras celdas, vestidos únicamente con nuestras camisas, somos llevados por guardianes extraños a celdas extrañas. El más severo aislamiento nos es impuesto a todos sin excepción. Sólo después de varias semanas nos enteramos de nuestro plan, un diario francés que la censura de la cárcel deja pasar, informa de él.

Después del asesinato de Rathenau se acuerda el Reichstag de los republicanos que sufren en las cárceles y prisiones. Una amnistía general los pondrá en libertad. Cuántas esperanzas suscita esta noticia. Al fin gozaremos nuevamente de libertad, después de tres años de encierro.

Nuevamente libres, olvidados están los días grises, las noches insomnes, los tormentos del corazón, las privaciones del espíritu; olvidadas las horas de desesperación, de decaimiento. ¡Cuántas veces estuvimos más cerca de la muerte que de la vida! Pronto podremos volver a respirar bajo cielo abierto, ver brillar las estrellas en cálidas noches de verano, sí, ya hemos olvidado cuán suavemente acaricia la leve brisa nocturna. Estaremos junto a nuestros camaradas, encontraremos mujeres a las que amaremos y que nos amarán. Ansiosos esperamos la comunicación que nos ha de abrir las puertas de la cárcel. Toda diferencia está olvidada, embalamos nuestros efectos de uso personal, nos vestimos con ropas de paseo, así cuando llegue la orden ya estaremos preparados para no permanecer más de lo necesario en la cárcel.

Un guardián me trae un despacho telegráfico. Un diputado me telegrafía que la amnistía ha sido aprobada.

Dominados por la felicidad nos estrechamos silenciosamente las manos.

¿Qué ha ocurrido? Días enteros no recibimos diarios, no recibimos cartas.

Al fin nos enteramos: el gobierno de Baviera declaró en el Reichstag que el Reich no tiene derecho ninguno de decretar amnistías en Baviera y amenazó con no poner en ejecución el decreto. El Reichstag se doblegó. Todos los detenidos políticos de Alemania son puestos en libertad, menos los de Baviera. Al recibir esta noticia uno de los presos es víctima de calambres epilépticos, otro intenta ahorcarse, los demás se retiran en silencio a sus respectivas celdas. Las paredes parecen unirse como si nos quisieran aplastar.

Las guardias en el exterior de la prisión son reforzadas; no se nos distribuyen diarios ni cartas, vivimos en una perpetua intranquilidad y no sabemos qué es lo que ocurre en el *exterior*. A nuestras preguntas contestan los guardianes que todo lo que se hace no es por castigarnos sino por protegernos. Finalmente conocemos la verdad de los hechos.

Adolfo Hitler, cuyos partidarios aumentaron considerablemente en los últimos años, había organizado con ayuda del general Ludendorff, un movimiento subversivo que tuvo realización el día 7 de noviembre. En una cervecería de Munich declaró derrocado al gobierno y se proclamó a sí mismo como dictador. Durante la noche hizo detener a una cantidad de ciudadanos judíos, todos ellos personas respetables, anunció su marcha sobre Berlín y juró que el día de mañana lo verían vencedor o muerto.

El entusiasmo en la cervecería era enorme. Al día siguiente, cuando Hitler y Ludendorff, encabezando una manifestación, marchaban por la calle Luitpold, se les enfrentaron tropas del gobierno y abrieron fuego contra ellos. Varios nacional socialistas cayeron muertos. Ludendorff y Hitler se echaron boca abajo, lo que nadie puede criticarles. Y emprendieron la retirada con sus partidarios. El ministro de Justicia tuvo conocimiento de que un grupo de nacional socialistas tenía proyectado un asalto a la cárcel para matar a todos los presos políticos. De ahí las medidas de precaución y las guardias reforzadas.

Hitler ha sido acusado del delito de alta traición al Estado. Se nota ostensiblemente que los jueces republicanos simpatizan con él. Es condenado a cinco años de prisión, en realidad debía habersele acumulado la anterior condena que quedó en suspenso, cuando atacó la reunión monárquica, pero de eso nadie se acuerda; no se habla del asunto.

En qué distinta forma se trata a mis amigos socialistas. El joven de 18 años de edad, Lorenzo Popp, que había sido condenado a quince meses de prisión, de los cuales había pasado doce en Niederschonfeld, me envió una carta después de haber sido puesto en libertad, en la que me informaba que ahora escribía artículos sobre problemas culturales del proletariado en un diario socialista. Su carta fue confiscada y él mismo detenido nuevamente.

A las filas del nacional-socialismo pertenecen los asesinos de Erzberger y Walter Rathenau. Existe en el partido, según escriben los diarios, una organización secreta cuya misión es "eliminar" contrarios peligrosos.

Sufro una infección dental muy dolorosa. En Niederschonfeld no hay dentista. Acompañado de un guardián viajo hasta Neuburg. No sería muy difícil escapar, pasamos por una callejuela angosta y silenciosa con la que se cruzan tres calles; puedo dar un empujón al guardián, correr en dirección de la estación ferroviaria, tomar un tren y descender en la próxima estación. Me ayudarán los amigos y huiré a Austria. La próxima vez llevaré a cabo el plan.

Antes de volver nuevamente a Neuburg he comenzado a escribir mi drama *Hinkemann*. Esta vez vendrá otro preso más que también tiene que ver al dentista. Le revelo mi plan de fuga, huiremos juntos, pero le impongo una condición, tiene que esperar hasta que termine mi drama.

Unos días más tarde me dice el preso:

—Ya no espero más, mañana iré a ver al dentista; quéjate de sufrir dolores, así me acompañarás y fugamos los dos.

He llegado a la mitad del tercer acto, mañana por la mañana pienso escribir las últimas escenas, ya las he concebido en la mente, las veo en figuras ante mí. Mañana conseguiré captarlas, más tarde ya no lo sé. No debo abandonar, no debo interrumpir la obra. No puedo dormir, ¿debo huir o debo escribir? No me anoto para la visita al dentista, mi amigo viaja solo, huye y la fuga le resulta. El mismo día prohíbe el ministro de Justicia las visitas al dentista.

Un día me remuerde la conciencia el haber rechazado el indulto que me fue ofrecido después de seis meses de detención. En Berlín se representaba mi drama *La transformación*. Más de cien veces se puso en escena. El ministro

de Justicia de Baviera quiso, en un gesto de magnanimidad, ponerme en libertad. Renuncié al indulto; aceptarlo hubiera significado apoyar la hipocresía del gobierno. Me repugnaba salir en libertad mientras los obreros permanecían encarcelados.

No todas las tentativas de fuga resultaban. La más curiosa la realizó mi amigo K. En el patio hay un pequeño retrete. Todos los días entra K. durante media hora en él, afloja las tablas del piso y con las uñas cava la tierra; la que consigue aflojar la echa en el inodoro y vuelve a sujetar las tablas. Cuando la excavación es lo bastante profunda para permitirle permanecer acurrucado en ella, se introduce y coloca las tablas del piso sobre su cabeza. Abandonamos el patio; él queda en su escondite: cuando oscurezca piensa salir y tratar de escalar los muros para emprender la fuga. Los guardianes ya notan la falta de un preso antes de que lleguen a nuestras celdas. Se busca en todo el edificio de la cárcel, en vano, no es encontrado. El patio está desierto, un guardián entra en el retrete y al presionar con sus pasos las tablas del piso se desprende polvo, en este momento tose mi amigo K. El guardián sorprendido mira a su alrededor y por un momento cree haber sido él mismo que tosió. K. vuelve a toser por segunda vez y es descubierto.

Mi vecino de celda se llama Hans. A menudo estoy sentado con él en su celda, me cuenta historias de su vida. Una de ellas la he anotado. Es la siguiente:

“Con tres marcos cincuenta centavos empecé; en la calle Schawanthaler compré con ese dinero un reloj que el mismo día vendí por siete marcos; con este dinero compré

dos relojes y así seguí. En algunas ocasiones me reunía con otros negociantes, los cuales me ponían al tanto de nuevos trucos. Uno de ellos negociaba con figuras de santos y tenía botellitas en las que flotaba un trocito de madera en alcohol. Me contó que estas botellitas las conseguía por muy poco dinero y las vendía a muy buen precio a los campesinos religiosos; les hacía creer que el trocito de madera era una astillita de la cruz de Cristo. Esto naturalmente se podía hacer únicamente en regiones donde todavía no llegaba el ferrocarril y donde los campesinos estaban por completo bajo la influencia de los curas. Escribí de inmediato a María Huld, la comerciante de Munich, para que me enviase figuras y estampas de santo, me envió gran cantidad a Zwiesel. Compré también gran cantidad de tubitos de vidrio y los preparé como reliquias. Por una de éstas me pagaron en una ocasión 40 marcos; a menos de 10 marcos nunca las daba. Las estampas que me costaban pocos centavos las vendía a 50 centavos y además de eso me daban carne, huevos, manteca en cantidades, de manera que podía vender una buena cantidad en las posadas. Entre los campesinos tenía fama de ser un santo. Para poder ejercer este comercio con mayores ventajas aún, me hice falsificar por un obrero italiano un certificado que atestiguaba que había estado en Roma. Una vez que hube recorrido detenidamente la campiña de Baviera, me fui con mis relojes y mis estampas a Tirol, donde también hice buenos negocios.

Mientras comerciaba con las estampas llegué una vez a casa de un campesino y como ya tantas cosas me habían resultado bien, me hice más sirvergüenza y pensé que si esa gente estaba tan obsesionada con las estampas,

bien, podía yo exigir algo especial. Al campesino le hice el cuento de que había estado en Roma, por lo cual se mostró muy extrañado y le dije:

—Hay que andar vendiendo estas cosas, lo que de por sí ya es un pecado; caminar todo el santo día para únicamente poder satisfacer su apetito material, lo que el hombre también necesita para vivir, las satisfacciones sexuales le están vedadas a los peregrinos en los bosques y campos de Baviera. A un campesino bávaro nunca se le va a ocurrir la idea de ofrecer su mujer al peregrino para satisfacer en ella sus ansias sexuales, como es costumbre generalizada en toda Italia.

—Es que eso no se debe hacer nunca —dijo receloso el campesino.

—En Italia son honrados en toda forma los peregrinos y no hay un solo campesino que además de la casa y la comida deje de ofrecer su propia mujer al viajero de Roma.

—Si mi mujer no fuera tan delicada en esta cuestión... Yo hablaré con ella y veremos qué es lo que se puede hacer.

Por la noche estaba yo acostado en la gran cama matrimonial, el campesino en el medio y a ambos lados su mujer y yo. De inmediato se durmió o fingió dormirse. Yo le dije a la mujer: De un peregrino tendrás que aceptarlo, y lo aceptó con verdadero gusto”.

Cuanto más me acostumbro al cautiverio, tanto más fuerte me dominan los acontecimientos de la revolución. Me consideraba un fracasado, he creído siempre que el socialista despreciaba la violencia, que nunca debe utilizar la violencia y yo mismo utilicé violencia e incité a otros a utilizarla. Odié el derramamiento de sangre y personalmente,

sin embargo, derramé sangre. Pero cuando en la prisión de Stadelheim se me presentó la oportunidad de huir, deseché el plan de fuga porque costaría la vida a uno de los guardianes. ¿Qué es lo que espera al hombre, me pregunto, que quiere intervenir en los destinos del mundo, el militante político, por ejemplo, que quiere corporizar las ideas éticas que le parecieron justas, en las luchas de las masas? Tenía razón Max Weber al afirmar que si no queríamos eliminar las calamidades con violencia, debíamos vivir como lo hizo San Francisco de Asís. ¿Tiene que ser siempre y siempre culpable el que procede? ¿O hundirse si no quiere ser culpable? ¿Son las ideas éticas las que mueven las masas o es la miseria y el hambre las que las ponen en movimiento? ¿Podrá alguna vez triunfar si abandona la lucha a cambio de las ideas éticas? ¿No es el ser humano individuo y masa al mismo tiempo? ¿La lucha entre el individuo y la masa se desarrolla siempre en la sociedad o también en lo íntimo del ser humano? Como individuo procede de acuerdo a la idea moral reconocida como buena. A ella se dedicará aunque el mundo se hunda. Como masa es guiado por impulsos sociales, quiere alcanzar la finalidad aunque tenga que renunciar a la idea moral. Este contrasentido me parece sin solución, lo he experimentado actuando y busco de formarlo. De ahí nace mi drama *Hombre masa*.

La abundancia de acontecimientos sentimentales fue tan grande que solamente pude dominarlos por medio de la abstracción.

En pocos días escribo la obra. A las nueve de la noche se apaga la luz en las celdas; tener luz particular está pro-

hibido. Tapo la mesa con una manta, me extiendo sobre el piso y escribo a la luz de una vela hasta mañana. En un teatro de Nuremberg se representa el drama. Tiene una suerte extraña. Unos dicen que es contrarrevolucionario porque desecha la violencia, otros afirman que es bolchevique porque la heroína sucumbe a la falta de violencia. El gobierno bávaro prohíbe las representaciones de *Hombre masa* aun en los círculos privados. Para esto se basa en la reclamación formulada por la sociedad central de ciudadanos alemanes de creencia judía, la que se siente ofendida por la escena de la bolsa.

La confiada cercanía con tantos hombres enriquece mis conocimientos; averiguo sobre los obreros más de cuanto pudieran decirme mil libros y estadísticas. Leo las cartas de las mujeres e hijos, las contestaciones de los hombres, observo sus necesidades y sus alegrías, sus debilidades y sus virtudes. ¡Cuán magníficas fuerzas están arrumbadas en este lugar! Más de uno tiene aquí en la cárcel la primera oportunidad de leer libros, y con qué ansias indaga. Uno que apenas sabía lo que significaba la palabra filosofía, empieza a estudiar a Kant. Al principio la lectura de las primeras líneas le produce dolores de cabeza, pero pronto está en condiciones de profundizar y entender las más difíciles preguntas filosóficas. Otros, desengañados de la política, se retiran de ella y se dedican a estudios religiosos. También el comunismo fue para ellos un anhelo metafísico; hoy toleran sonrientes que los camaradas los llamen renegados. La figura objetiva que yo me había formado del proletariado se desmorona.

Comienzo a verlo tal cual es del otro lado de la demagogia política.

El proletariado activo del siglo veinte creado por las grandes ciudades y las máquinas no es ni un santo moral, ni un Dios, es el histórico portador de una idea, del socialismo. Su especie está atada al tiempo y a las clases. Si el socialismo se realiza y anula las clases, también desaparecerá el proletariado. ¿Están más fortalecidas las masas ilustradas del siglo veinte que las ignorantes del siglo diecinueve? Con qué facilidad se dejan las masas guiar y desviar todavía hoy. Disposiciones de ánimo, promesas, esperanzas sobre nuevas ventajas las llevan y las traen. Hoy aplauden entusiastamente al jefe, mañana lo maldicen; hoy defienden su causa, mañana la abandonan. Qué fácil es para los grandes oradores públicos arrastrarlas a realizar los actos de ciega pasión. He aprendido a ver el fondo social que origina estas vacilaciones espirituales, la gran miseria del día que anula la fuerza, la dependencia de los hombres del mercado de trabajo, de las máquinas. Creí que la fuerza del razonamiento fuera tan fuerte que el que una vez hubiera reconocido lo razonable le seguiría siempre. Los reconocimientos son olvidados, el camino del pueblo es penoso, no es el enemigo el que le infiere las peores heridas, es él mismo el que se las causa.

Estos conflictos y el choque de rebeldes y revolucionarios, la lucha del hombre contra la máquina y su peligrosidad procuro pintarlos en mi drama *Los destructores de máquinas*. El día de su estreno en el teatro Max Reinhardt en Berlín, fue asesinado Rathenau por estudiantes na-

cionalsocialistas. Cuando en el último acto del drama el pueblo inducido por un traidor mata a su jefe, se levantan de sus asientos los 5000 espectadores, el escenario fue una tribuna de la época.

En la pared de mi celda titilan dos círculos luminosos, dos manchas como monedas. ¿Cómo vería la vida el hombre al que la guerra despojó de sus atributos masculinos? ¿No está ciego el hombre sano? Minutos más tarde escribo la fábula de mi drama *Hinkemann*.

También el socialismo liberará a la humanidad solamente de aquellos agravios que provienen de lo inaccesible de los sistemas sociales, siempre quedará un resto. Pero agravios sociales son insensatos, no necesarios, redimibles.

Cuando se representó la obra en el teatro de Dresden, se originaron grandes tumultos organizados por un señor Mutschmann, nacional-socialista. De una caja Pro Salud Pública extrajo dinero y compró ochocientas entradas que distribuyó entre estudiantes, escolares y empleados.

A cada uno de estos entusiastas por los tumultos e incidentes se les entregó un boleto que llevaba anotadas las frases contrarias a la guerra que figuraban en mi drama y pronunciadas por los personajes en escena, servirían para iniciar el escándalo. La primera escena se representa. Las palabras no son pronunciadas; el director de escena al tanto de lo que ocurría las tachó. Los ochocientos juramentados se miran sorprendidos.

En la segunda escena es pronunciada la palabra esperada y ya no hay quien contenga la ola de salvajismo: silbidos y gritos parecen no tener fin. Por sobre todo se

levanta el canto de Alemania. Uno de los episodios de la obra se desarrolló en el interior de un palco. Un hombre cae de su silla como herido por el rayo. Ataque al corazón. Los que lo acompañan ruegan a los exaltados quieran tener consideración con el moribundo. Uno se inclina sobre el caído, estudia con ojo conocedor sus facciones, ve la nariz ganchuda y dirigiéndose a los demás dice:

— No es más que un judío.

Sus compañeros continúan con las manifestaciones tumultuosas.

Pienso en mi juventud, en el dolor del niño cuando sus compañeros le gritaban “judío”, en mi conversación a solas con la estampa del redentor, en la extraordinaria alegría que experimentaba cuando no era reconocido como judío, en los días del comienzo de guerra, en mi vehemente deseo de demostrar, por medio del sacrificio de mi vida que era alemán, nada más que alemán. Desde el frente de campaña había escrito al tribunal rogándole me borrara de la comunidad judía. ¿Fue todo en vano? ¿O me he equivocado? ¿No amo yo esta tierra, no he temido por ella envuelto en el maravilloso paisaje del Mediterráneo?

¿No me conmovieron los versos de Goethe y de Holderin, los que leí cuando niño? ¿El idioma alemán no es mi propio idioma, en el que siento y pienso, hablo y procedo, parte de mi ser, Patria que me alimentó y en la que crecí?

¿Pero no soy judío también? ¿No pertenezco a ese pueblo perseguido desde hace miles de años y que continúa siendo corrido; martirizado y asesinado, cuyos pro-

fetas gritaron al mundo pidiendo justicia, al que adoptaron los miserables y oprimidos y siguieron llevando por todos los tiempos, de los que los más valientes prefirieron morir antes que doblegarse? Quise renegar de mi madre, estoy avergonzado.

Que un niño fue inducido a pisar el camino de la mentira, qué acusación formidable contra todos los que en ello intervinieron.

¿Soy por eso un extranjero en Alemania? ¿Tiene solamente la ficción de la sangre la fuerza testimonial? ¿No el país en el que nací, el aire que respiro, el lenguaje que hablo, es espíritu que me formó? ¿No luchó yo como escritor alemán por la pureza de la palabra, la claridad de la figura? Quedaría mudo si alguno me preguntara: ¿dónde están tus raíces alemanas y dónde tus raíces judías?

En todos los países se agita un nacionalismo engeguedo, una ridícula altivez de razas. ¿Tengo que tomar parte en la ilusión de este tiempo, en el patriotismo de esta época? ¿No soy acaso también socialista porque creo que el socialismo vencerá tanto el odio de las razas como el odio de las naciones? Las palabras “Estoy orgulloso de ser alemán” o “Estoy orgullosos de ser judío” me parecen tan insensatas como si un hombre dijera “Estoy orgulloso de tener ojos castaños”.

¿Debo aceptar el desvarío de los perseguidores y en lugar de la arrogancia alemana adoptar la arrogancia judía? Orgullo y amor no es uno y si alguno me preguntara dónde pertenezco, le contestaría: una madre judía me ha dado a luz, Alemania me ha alimentado, Europa me ha instruido, mi cuna es la tierra, el mundo mi Patria.

Nuestro amigo Hagemeister ha muerto.

Enfermó hace una semana. Presintió la cercanía de la muerte; rogó se le transportase al hospital. El Ministerio de Justicia no lo consintió.

Lo arrancaron de entre nosotros y puesto que en esta cárcel de honor no hay enfermería, lo colocaron en una celda aislada. Le dieron una granada vacía para que golpeará en ella si necesitaba algo. El médico de la cárcel lo consideraba un simulador. Dos días antes de morir lo visitó su mujer. El hombre enfermo de muerte no pudo estar a solas con ella.

En Munich luchó por la vida de su esposo. Vio a procuradores de Estado, a fiscales, a autoridades, y en todas partes encontró oídos sordos.

Murió de noche, completamente abandonado. "Se ha dormido suavemente", dijo el director de la cárcel. Nos permiten despedirnos de nuestro querido compañero muerto. Sentado en la celda, el rostro del hombre de cuarenta y cuatro años está caído sobre el pecho, una mano crispada sobre la mesa, a lado de la granada vacía, la otra cae sobre el respaldo de la silla. Los guardianes están alterados. El director de la cárcel teme un motín. Es impresionante nuestro silencio. Hace colocar una ametralladora sobre el techo que domina el patio. Vamos al patio, ninguno habla una palabra; protestamos en forma silenciosa de ese crimen. Uno camina detrás del otro.

Silenciosamente. Mudos. Una hora caminamos así. La guardia ante la cárcel ha sido reforzada, los guardianes han sido alarmados, alrededor de la ametralladora hay un grupo de soldados.

No les prestamos atención. Caminamos uno detrás de otro por el patio cuadrado de la cárcel. Silenciosamente. Mudos.

Una pareja de golondrinas ha anidado en mi celda. Todo un verano viven conmigo. La hembra empolla, el macho la entretiene trinando. De los huevos salen pichones, los padres los alimentan, les enseñan a volar. Un día ya no vuelven. Otra vez crían pequeñuelos, pero el frío que llega antes de tiempo los mata. Mudos uno a lado del otro; apesadumbradas quedan las golondrinas viejas hasta que en el otoño vuelan a los países del sur. No puedo expresar con palabras la alegría que me proporcionaron este verano. Los ariscos animalitos se habían acostumbrado tanto a mi persona que cuando trabajaba sentado a la mesa, se sentaban sobre la lámpara a piar y jugar. Estoy quieto, soy feliz, estoy agradecido. Lo que he visto y observado lo escribo en un pequeño libro que titulo *El libro de las golondrinas*. Es un librito realmente inocente, pero el procurador de Estado no lo considera así, me lo secuestra y en el frío estilo burocrático informa a sus superiores que es un libro peligroso, que traería inconvenientes para el régimen de las prisiones, que contiene en tal cantidad lugares que sirven de agitación que es un verdadero peligro permitir su impresión. En una larga carta me quejo al Reichstag; escribo lo siguiente:

“Nunca he pedido clemencia para mí. Tampoco hoy quiero clemencia de Uds. Espero que Uds. me ayudarán a conseguir el derecho que como prisionero político me corresponde. Bajo el bárbaro régimen del knut del zarismo,

les era posible a los escritores, presos políticos en Rusia, salvar la libertad del espíritu. En el Estado libre de Baviera en el año 1923 la libertad del espíritu es considerada delito. He callado cuando el director de la prisión en forma contraria a los reglamentos me prohibió hablar sobre el estado de mi salud con una doctora pariente que me visitó. He callado también, por sentimiento de desprecio, cuando las autoridades bávaras desde las tribunas del congreso bávaro y la prensa me cubrieron de oprobio, a mí, el indefenso. He callado por sentimiento de desprecio cuando el director de la cárcel impidió por medio del secuestro de los diarios que me enterara del estado real de los acontecimientos. Me he limitado a apoyar y firmar todas las peticiones presentadas por los prisioneros políticos de la cárcel a las distintas autoridades del Estado y del Reich. Debo reconocer que una vez no callé, fue cuando la horrible muerte de Augusto Hegemeister. Acusé ante el primer fiscal de Estado en Neuburg al médico de la cárcel de asesinato por negligencia. Entonces tuve que reconocer que para los presos socialistas en Baviera no hay ningún derecho escrito. Yo, como denunciante, ni fui interrogado. Hoy me dirijo al Reichstag alemán. ¿Pueden Uds. tolerar que un funcionario con deberes y funciones delimitadas se tome las atribuciones de reprimir a su antojo obras de la literatura alemana? ¿Tolerarán Uds. que un preso, solamente porque es revolucionario socialista, sea colocado fuera de las leyes en la república alemana?"

El Reichstag no se dignó contestar mi carta. Me ayudo a mí mismo. Un amigo taquigrafió en signos minúsculos *El libro de las golondrinas*, el papel no es más grande que

la palma de la mano, un preso que es puesto en libertad lo lleva sobre su cuerpo y lo envía al editor que lo publica.

El procurador de Estado se venga a su manera. Los pájaros construyen nidos en locales bajo techo únicamente cuando estos tienen ventanas que miran al Este. Tengo que cambiar de celda y ocupar una cuya ventana mira al Norte. A la siguiente primavera vuelven las golondrinas, vuelven de quién sabe dónde, de paisajes boscosos, de ensueños de sol.

Entre cientos de cárceles encuentran nuestra cárcel, entre cientos de celdas encuentran la mía. Empiezan a construir su nido. Los guardianes bajo las órdenes personales del director de la cárcel penetran en la celda y arrancan el nido casi terminado, lo hacen con indiferencia brutal.

Cómo se asustan las pobres golondrinas cuando regresan y ya no ven su nido. Vuelan en semicírculo en el interior de la celda, buscan en los rincones. Al día siguiente vuelven a construir otro nido. También éste corre la misma suerte en mano de los guardianes. El nuevo ocupante de la celda, un albañil del pueblo de Kolbermoor escribe la siguiente carta al director de la cárcel:

“Señor director: Ruego al señor director dejar el nido tantas veces reconstruido por las pacientes y útiles golondrinas. Declaro que no me molestan en lo más mínimo ni en nada me perjudican. Quisiera mencionar de paso que en más de una cárcel hay nidos de golondrinas en las celdas y que los mismos no pueden ser destruidos sin exponerse a severas penalidades. Con mi mayor respeto. Rupert Einzinger”.

El director de la cárcel, señor procurador del Estado, contesta lacónicamente: "Las golondrinas pueden anidar en las cuadras, hay allí lugar suficiente". El nido que mientras tanto va tomando otra vez forma, es nuevamente víctima de los desmanes de los hombres. El preso Einzinger es trasladado a otra celda y ésta es herméticamente cerrada. Confundidas, alteradas hasta el máximo, las golondrinas comienzan a construir nidos en tres distintas celdas a un mismo tiempo, cuando están por finalizar su labor son descubiertas por guardianes sin alma y lo inhumano se produce. En seis celdas construye nidos ahora la pareja de golondrinas. Quién puede saber qué es lo que las guía, qué las induce a hacer esto. Tal vez la esperanza de que los hombres recapaciten sobre su extremada maldad y les concedan uno de los nidos, por consideración, por un poco de bondad. Los seis nidos son destruidos.

No sé cuántos nidos se construyeron en total ni cuántos fueron destruidos. Siete semanas duró la lucha, una lucha heroica y llena de gloria, de funcionarios bávaros defensores del derecho contra el espíritu de rebelión animal. Por unos cuantos días ya no construyen nidos las golondrinas, parecen haber renunciado. En voz baja se corre de un preso a otro la noticia: han empezado a construir su nido en el lavadero, entre los caños del desagüe han encontrado un lugar apropiado donde no los podrá descubrir el guardián que revisa entre las rejas de la ventana ni el otro que con su nariz de perro de presa recorre los ángulos de la cocina. Nunca hubo tanta alegría colectiva en el corredor de las celdas.

Las golondrinas han triunfado en su lucha contra la maldad humana.

Cada uno de los presos se consideraba a su vez vencedor. Pero los vigilantes guardianes también descubrieron una mañana este nido. Ya no construyen nidos el *casal* de golondrinas, pasan la noche en una de las celdas, paradas sobre el cordón de la instalación eléctrica, muy pegaditas una a otra. A la mañana siguiente está sólo el macho, la hembra murió durante la noche.

El último año de prisión. Tan irrefrenable como fue mi ansia de libertad estos últimos años, que ninguna enfermedad, ningún castigo consiguió quebrarla, ahora que ha llegado el tiempo en que empiezo a contar los días que me faltan para salir en libertad ocurre algo curioso: siento cómo decrece mi vitalidad, días enteros permanezco acostado en el interior de mi celda, apático, sin voluntad. No me alegra la perspectiva de la libertad, más bien siento un vago temor ante ella. Temo ante las responsabilidades y los deberes. Aquí está a cubierto, la cárcel era una madre, una madre cruel que ordenaba las horas de mis días, me daba de comer, me libraba de preocupaciones externas. Ahora debo retornar a la vida. Nuevas luchas me esperan. ¿Sabré afrontarlas? Miles de cartas he recibido en estos años, mucha gente me espera, se han formado de mí una opinión que es superior a la realidad. Esperan de mí, realizaciones que forzosamente tendré que desengañar; soy más pobre y débil de lo que creen. Siento debilitarme día a día; ideas de muerte ensombrecen mis noches, siento debilitárseme el pulso, deseo la muerte.

Al no llegar, me confunde la siniestra atracción y una noche estoy cerca de ir en su busca. Al día siguiente desapareció la opresión. Mis fuerzas crecen, seré lo que soy, quiero afrontar la vida y la afrontaré, y si llegase a fracasar, tendré que cargar con el fracaso.

Un día antes de mi liberación, me llaman a la oficina del director.

—Sonriente me contempla.

—Señor Toller, tengo que comunicarle dos noticias: una grata y otra menos grata. Primeramente la menos grata: usted es prusiano; de acuerdo a los informes que obran en poder de las autoridades, usted no ha cambiado de opinión, significando por lo tanto peligro para la seguridad del Estado, el que únicamente puede ser evitado por medio de su deportación. Segundo: para mayor seguridad de que esto se realice, será llevado más allá de la frontera de Baviera. Tercero: las costas del procedimiento son a su cargo. Y ahora la noticia grata: usted debía salir mañana a la una y dieciocho minutos, se le regala un día de libertad. Usted podrá volver hoy a lado de los suyos; estos dos señores —indicó a dos hombres que estaban en el despacho, los que se inclinaron y tocaron el ala de sus sombreros— lo acompañarán hasta la frontera con Sajonia.

—¿Cuándo sale el próximo tren? —pregunto al señor Hoffmann.

—No se preocupe, señor Toller. La ruta de viaje ya la hemos elegido nosotros. Las grandes ciudades, principalmente los centros industriales, serán evitados. ¿Qué significan para usted las manifestaciones de los obreros? Con

toda seguridad lo que usted desea es tranquilidad; a pesar del pequeño rodeo estará usted el 16 de julio por la mañana sano y salvo en la frontera de Sajonia.

No puedo volver a despedirme de mis camaradas. Tengo que desnudarme por completo. Revisan minuciosamente mi cuerpo, mi ropa, mi traje. Vuelvo a embalar mis efectos. Los policías se ponen a mis costados, el portón de la cárcel se abre y respiro nuevamente bajo un cielo sin rejas. Camino a la estación, nos acompañan en bicicletas soldados del cuerpo de cazadores. En la estación paso delante de una compañía de gendarmes armados hasta los dientes.

—¿Por qué tantos honores? —le pregunto a uno de los policías.

—El gobierno tuvo conocimiento de que se planeaba un atentado contra su persona y como es un gobierno de orden y sabe cuánto le debe a usted, ha procurado evitarle cualquier daño.

En la frontera con Sajonia se despiden ceremoniosamente los empleados policiales. Uno de ellos me dice:

—Quede usted con Dios, y conserve un agradable recuerdo de nuestro querido Estado bávaro.

Estoy solo.

Estoy libre.

Miro a través de los vidrios de la ventana del vagón, veo el cielo estrellado y pienso en los versos de mi libro sobre las golondrinas.

No, nunca estuve solo en estos cinco años. Nunca, a pesar del abandono en que me encontraba, estuve realmente solo. Tenía el consuelo del sol y de la luna, del viento

que pasaba rizando las pobres matas del patio. Una buena mirada, los saludos de cariñosos compañeros, la fe en una humanidad justa, libre, más humana, la fe en un mundo sin temores y sin hambre.

Tengo treinta años de edad.

Mi cabello encanece.

No estoy cansado.

EPÍLOGO EN 1933

Pocas veces las biografías son tan complicadas como el ser individual, pues muchos rasgos del “hombre completo” quedan fuera de foco.

Todos los pasajes deben tender a determinar y hacer comprensible cada aspecto, más aún en un libro que, como éste, presenta a un hombre de actuación pública.

No solamente mi juventud está aquí relatada, sino también la juventud de toda una generación y, además un capítulo de historia. Muchos caminos recorrió esta juventud, siguió a falsos dioses y se dejó guiar por falsos apóstoles, pero siempre se preocupó por esclarecer y seguir los dictados del espíritu. El que quiera comprender el derrumbe de 1933 en Alemania debe conocer los acontecimientos de 1918 y 1919, que aquí describo.

¿Había la gente arrancado enseñanzas de los sacrificios y dolores, del desastre y la fatalidad, del triunfo del enemigo y de la desesperación del pueblo? ¿Había comprendido el sentido, la advertencia y los deberes de la época?

Los republicanos que entregaron la República a sus enemigos. Los revolucionarios que sobre tesis y palabras olvidaron sus resoluciones y las necesidades del pueblo. Los funcionarios de las corporaciones que sobre sus cajas

fuertes abarrotadas no veían las crecientes fuerzas de sus adversarios que habían de barrerlos con sus tesoros. Los burócratas que ahogaban la valentía, el coraje y la fe. Los doctrinarios que dejaban de señalar al pueblo, destinos grandes y claros. Los escritores, que creaban cuadros utópicos de los trabajadores en lucha y vacilaban cuando se enfrentaban con el verdadero trabajador, con sus fuerzas y sus debilidades, su pequeñez y su grandeza. Los políticos, sordos a la magia de la palabra, ciegos ante la potencia de la idea, mudos ante la fuerza del genio. Los fetichistas de la economía, que a la fuerza moral del pueblo y a los grandes impulsos de la multitud, a las ansias de libertad, de justicia, de belleza, las llamaban vicios de pequeños burgueses. No. Nada aprendieron en quince años; olvidaron todo sin aprender nada.

Fracasaron nuevamente y se hundieron.

Día a día, mes a mes, año a año, engañaron al pueblo, hasta que éste, cansado de falsas promesas, buscó consuelo en lo inconsolable.

Triunfa la barbarie y el nacionalismo; el odio de razas y el endiosamiento del Estado ciegan los sentidos y los corazones.

Muchos procuramos evitarlo durante años enteros. Pero nuestras voces se perdieron en el vacío.

Y ésa es nuestra culpa, nuestra mayor culpa.

El pueblo confía en falsos apóstoles, no en su propia capacidad, en su propio trabajo, en su propia responsabilidad. Manifiesta alegría frente a las cadenas que por mandato de los dictadores él mismo asegura. Por un plato de

lentejas vende su libertad y sacrifica su razonamiento. Porque el pueblo está cansado de razonar, cansado de pensar y meditar. Y se pregunta: ¿qué ventajas nos ha proporcionado el razonamiento en estos últimos años? Y presta oídos a los que desprecian el genio, a quienes afirman que el razonamiento inhibe la voluntad, destruye las raíces del alma, resquebraja todo fundamento social y aseguran que la miseria, social o privada, es obra del razonamiento.

¿Acaso el razonamiento gobernó alguna vez? Si justamente la falta de razonamiento precipitó a Alemania y a Europa al caos. En todas partes la misma idea ridícula; la misma esperanza loca. Un hombre, el guía, el César, el mesías que venga a realizar milagros, que tome sobre sí la responsabilidad de tiempos venideros, que gobierne, proscriba el terror, acabe con la miseria, forme al nuevo pueblo y el nuevo Estado sin fallas; que con fuerzas sobrenaturales transforme al pobre y débil Adán.

En todas partes el mismo deseo iluso de encontrar al culpable que cargue con la responsabilidad del pasado, al que se le puedan endosar sus fracasos, sus defectos, hasta sus delitos. Es siempre la antigua búsqueda del cordero de sacrificio. Solamente que hoy ya no son bestias sino hombres destinados al sacrificio.

Las consecuencias son terribles. El pueblo se acostumbra a decir “sí” a sus bajos instintos, a sus deseos de prepotencia guerrera. Valores morales y espirituales, logrados después de cruentas luchas, sirven hoy de escarnio y mofa de los gobernantes. “Libertad y Humanidad, Fraternidad y Legalidad”, palabras envenenadas. Fuera con ellas, a la basura.

Aprende de los bárbaros el arte de la guerra. Saquea, oprime al débil, exprímelo brutalmente y sin compasión. No te preocupes por el dolor ajeno. No olvides nunca que has nacido para vengador; véngate pues, por la ofensas de hoy, de ayer y también por las que mañana puedan inferirte. Sé orgulloso. Eres un héroe. Desprecia la vida pacífica, la muerte tranquila. La mayor dicha de la humanidad es la guerra. Aprende que solamente la sangre crea a un pueblo, lo forma y lo enaltece. ¿Quieres saber qué relación puede haber entre sangre y un territorio ocupado por distintos pueblos? No preguntes, límitate a creer. Tu sola pregunta es sospechosa, cuídate que no te arrojemos a las filas de aquellos que debemos exterminar de la superficie de la tierra. Porque nosotros disponemos quiénes deben seguir viviendo y quiénes deben morir.

¿Y Europa?

Como un pequeño corredor de bolsa que espera la última rueda para nuevas ganancias, nuevos beneficios, y un terremoto lo sepulta, así espera Europa. Porque miles de especuladores de guerra ganan miles de millones con granadas y bombas, con gases asfixiantes y bacilos, y estos miles de millones sangrientos se llaman valores nacionales, los pueblos callan.

El médico sabe que en el hombre, al que sacuden crisis físicas y morales, que vaga sin rumbo y que espera sin esperanzas, se despiertan deseos de muerte, que se vigorizan para atraerlo y finalmente sumirlo en un estado caótico. Esta grave enfermedad aqueja a la vieja Europa. En el torneo guerrero que con creciente rumor se anuncia, se precipita Europa en el abismo.

Todo fue en vano. Esfuerzos morales, miserias humanas, trabajo. Todo ha sido anulado. Hasta el sacrificio de los más valientes. Y a nosotros nos queda únicamente el camino de la oscuridad, del sueño mortal. ¿Dónde está la juventud de Europa? Esa juventud que reconoció que las leyes del Viejo Mundo estaban en quiebra, y sufrió cada día y cada hora de su desmembramiento.

Vivía y no sabía para qué. Quería trabajar y los portones de las fábricas permanecían infranqueables. Tendía a un fin determinado, a la realización de sus sueños nobles y arriesgados, y se la consolaba con el rumor de la hojarasca, del vacío.

¿Sigue realmente a los falsos apóstoles? ¿Cree en la mentira y deprecia la verdad? ¿Espera que la guerra aniquile las ciudades, devaste los campos, envenene la gente? ¿Cree que recién entonces sonará la hora de la acción, la hora de su triunfo? ¿No comprende que sobre un fondo deshecho, el mundo tendrá un aspecto distinto al de su sueño? Cuando un temporal en pleno Atlántico convierte a un barco en juguete de los elementos, tiene el comandante muchos medios para suavizar el embate de las olas y prevenir los peligros. Hombres y máquinas les responden y ayudan. No debe temer las consecuencias del hambre, pues en las bodegas guarda víveres, ropas y carbón. Pero si el barco se estrella y se deshace, la gente vagará sobre balsas sin rumbo en la inmensidad del mar. ¿De qué sirve entonces, toda voluntad, energía e inteligencia?

¿Dónde estáis, camaradas de Alemania? Veo miles de ellos que festejan ruidosamente la pérdida de su

libertad y la limitación de su inteligencia. Millares que, engañados y equivocados, creen realmente que el imperio de la justicia y la legalidad está por llegar. Millares que desean imitar y emular a la juventud sacrificada en Flandes y marchan cantando, jubilosos hacia la muerte. ¿Dónde estáis, camaradas míos?

No os veo, y sin embargo sé que vivís. En la guerra mundial hubo un hombre entre millones. Portador de la verdad y la paz, la tumba de la prisión no pudo ahogar su voz. Era Carlos Liebknecht.

Hoy sois sus herederos. Habéis dominado el terror que rebaja y humilla al hombre. En labor silenciosa e incansable, despreciáis la persecución, los malos tratos, la prisión y la muerte. Ni errores, ni culpas, ni abandonos, ni falacias, propios o extraños, serán excusados en este libro. Para ser veraz hay que saber. Para ser valiente hay que comprender. Para ser justo no hay que olvidar. Cuando el yugo de la barbarie aprieta, se debe combatir y no callar. Quien calla en tal momento traiciona su misión humana.

(Escrito el día que en Alemania fueron quemados en acto público mis libros.) *

***En 1933, los nazis ordenaron en Alemania la destrucción de los libros de Ernest Toller. El autor, exiliado en Estados Unidos por la persecución nazi, se suicidó en 1939.**